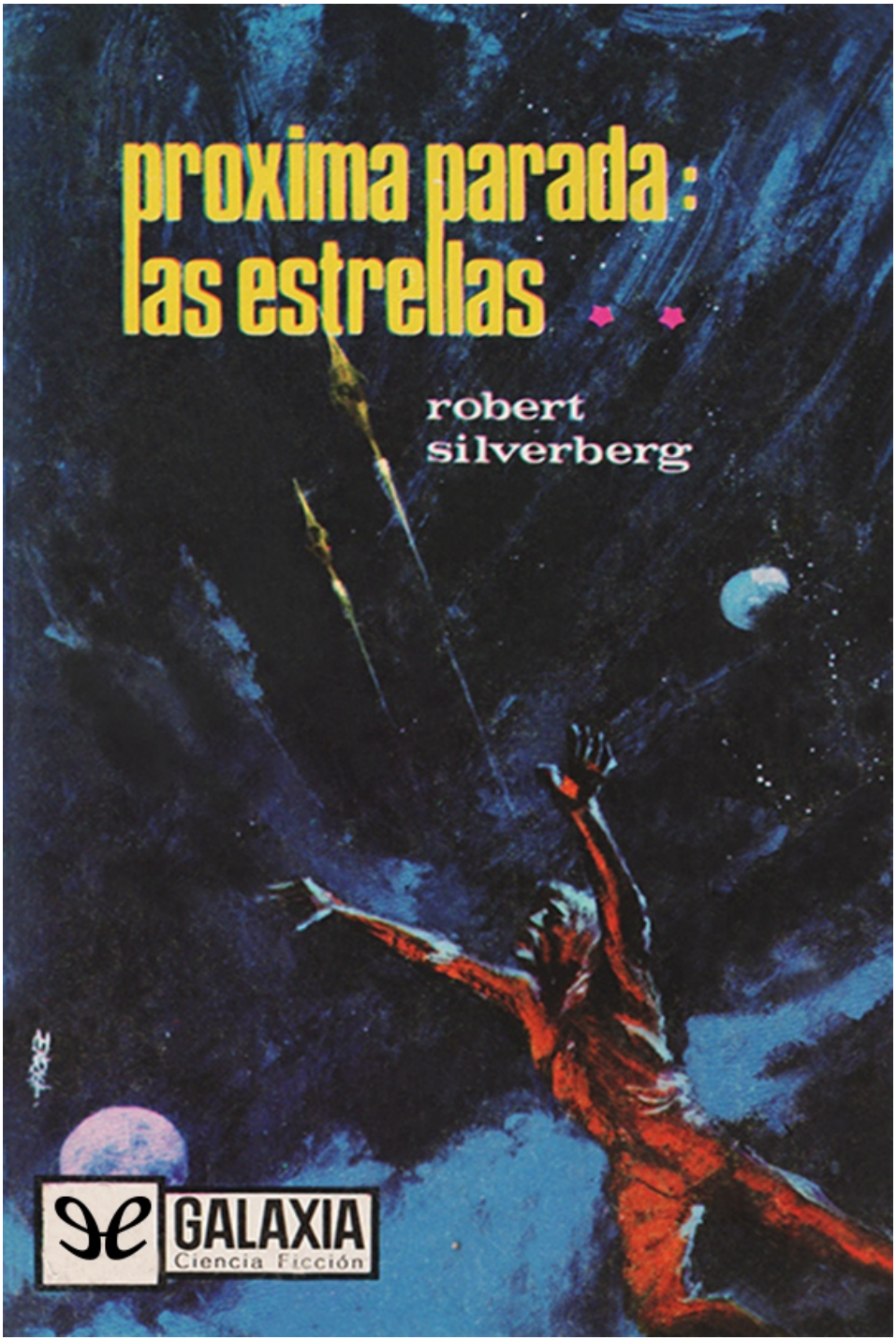
proxima parada: las estrellas . . .

robert silverberg



GALAXIA
Ciencia Ficción

Recopilación de relatos de este autor completada por una historia de J. G. Ballard.

Robert Silverberg

Próxima parada: las estrellas

Galaxia - 59

ePub r1.1
Titivillus 14.07.16

Robert Silverberg, 1966
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓXIMA PARADA: LAS ESTRELLAS

I

Oscuras sombras violeta listaban el cielo y el bosque aparecía feo y amenazador. Lloyd Harkins se apoyó en el tronco de un corpulento árbol rojo-parduzco y miró a su alrededor, desconcertado, intentando orientarse.

Sabía que estaba *allí, no aquí. Aquí* se había desvanecido, tan repentinamente que no hubo sentido de transición o de movimiento… sino un extraño subtono subliminal de *pérdida*, cuando el mundo que conociera se fundió y fue reemplazado por… ¿por qué?

Oyó el lejano estampido del trueno haciendo vibrar el suelo y creciendo en potencia más y más. Los pájaros, con sus relucientes picos dentados y amplias y batientes alas, giraron y chillaron en el sombrío firmamento y el aire se notó frío y húmedo. Harkins se mantuvo firme, agarrándose con fuerza al enorme árbol como si fuese su último bastión de la realidad en un mundo de sueños.

Y el árbol se movió.

Se levantó de su base, osciló hacia adelante y hacia arriba, llevándose consigo a Harkins. El sonido del trueno se hizo más próximo. Harkins cerró los ojos, los abrió, boqueó impresionado.

A unos tres metros a la derecha otro árbol se movía.

Echó atrás la cabeza, miró a lo alto, al cerrado cielo, y comprobó el hecho que deseaba denegar: los árboles no eran árboles.

Eran patas.

Patas de un ser enorme, más allá de cuanto se pudiera creer, cuya cabeza se alzaba a quince metros o más por encima del suelo del sombrío bosque. Un ser que había comenzado a moverse.

Harkins hundió frenéticamente las manos en la pata, colgándose mientras se balanceaba alocado a través de un arco de casi cinco

metros en cada paso de la monstruosa criatura. Gradualmente, el mundo que le rodeaba volvió a tomar forma y poco a poco el hombre restableció su control sobre aquella mente suya petrificada por el miedo.

A través de los manchones de verde brillante de la vegetación pudo ver a la criatura en la que cabalgaba tan precariamente. Era gigantesca de forma de hombre aunque de manera vaga, vistiendo una especie de cazadora y un par de pantalones cortos que terminaban a unos ocho metros por encima de la cabeza de Harkins. A partir del borde de los pantalones, descendía una piel de un pardo rojizo con la textura de la madera. Harkins incluso pudo distinguir de modo impreciso una cara, muy arriba, con rasgos pronunciados propios de una casta extraña no humana.

Comenzó a encajar el rompecabezas que constituía su medio ambiente. Era un bosque… ¿pero dónde? Aparentemente en la Tierra… mas en una Tierra que nadie conoció jamás con anterioridad. La bóveda del cielo por la que cruzaba aparecía llena de ricos y oscuros colores y los pájaros que revoloteaban en lo alto eran criaturas de pesadilla de un aspecto aterrador.

El suelo era pardo y la vegetación verde. Sin embargo, todo lo demás había cambiado.

¿En dónde estoy?, se preguntaba Harkins una y mil veces.

Y… *¿Por qué estoy aquí?*

Y… *¿Cómo podré volver?*

No tenía respuesta a sus propias preguntas. El día comenzado de manera corriente, prometiendo ser poco más o menos idéntico al anterior o a todos los otros días pasados. Después del mediodía del 21 de abril de 1957, emprendió el camino hacia los laboratorios electrónicos de la ciudad de Nueva York, en el planeta Tierra. Y ahora estaba aquí, sin poder precisar adonde era este *aquí*.

Su anfitrión continuó dando zancadas por el bosque, en apariencia sin preocuparse del hombre que se le colgaba de la pantorrilla. Los brazos de Harkins comenzaban a cansarse de sujetar su cuerpo y de pronto un nuevo pensamiento le pasó por la mente: *¿Por qué no soltarse?* Estaba sufriendo una especie de parálisis en su sentido de la iniciativa, pero ya recuperado su equilibrio mental. Se dejó caer.

Dio contra el suelo con solidez y quedó extendido boca abajo. El

piso resultaba cálido y emitía un enorme aroma a fértil, y por un momento quedó agarrado a él como minutos antes lo estuviera al «árbol». Luego se puso en pie y miró de reojo a su alrededor, buscando un sitio donde esconderse y poder reconocer el terreno.

No lo había. Y una mano descendía hacia él… de un color pardo-rojizo, enorme, terminada por uñas afiladas y relucientes que tendrían una longitud de más de quince centímetros. Con suavidad, la mano gigantesca alzó a Harkins.

Tuvo un momento de vértigo mientras subió quince metros, sostenido con ternura por el coriáceo abrazo de los dedos del gigante. La mano se abrió y Harkins se encontró plantado en la palma extendida del tamaño de una mesa grande, mirando con fijeza a un extraño rostro oval de compasivos ojos hundidos y una amplia boca casi sin labios tachonada de dientes triangulares. El ser parecía sonreír complacido a Harkins.

—¿Qué es lo que eres? —preguntó Harkins.

La sonrisa de la criatura se distendió más, haciéndose más melancólica, pero no hubo respuesta… sólo el áspero lamento de los pájaros del bosque y el lejano retumbar del trueno que se aproximaba. Harkins se sintió bajado hasta un lado del gigante y una vez más el ser comenzó a moverse rápidamente a través del bosque, aplastando los matorrales y hierbas bajo sus pies. Harkins, con el estómago revuelto a cada paso, cabalgó acunado en la entreabierta manaza de la criatura.

Después de lo que pareció ser el transcurso de diez minutos o más, el gigante se detuvo. Harkins miró en su torno, sorprendido. El trueno ahora sonaba cerca y sobreimponiéndose a su fragor se oía el sordo batir de los árboles al caer. El gigante estaba plantado completamente inmóvil, las piernas firmemente asentadas como si fueran troncos de árbol, esperando.

Pasaron los minutos… y entonces Harkins vio por qué el gigante se había detenido. Viniendo hacia ellos había una máquina… un robot, advirtió Harkins, de unos cuatro metros y medio de altura. Tenía forma humana, pero se le veía más compacto; un espigón, semejante al cuerno de un unicornio, se le proyectaba desde el centro de aquella frente placada en níquel y en vez de piernas caminaba sobre amplios zancos. El robot marchaba por el bosque, apartando a un lado los árboles que se le interponían, con gestos

casuales de sus descomunales antebrazos, haciéndolos caer a derecha e izquierda sin el menor esfuerzo aparente.

El gigante permaneció inmóvil, mirando a la fea máquina mientras ésta pasaba. El robot no prestó atención al anfitrión de Harkins y siguió barriendo a través del bosque como si siguiera algún rumbo predeterminado.

Minutos más tarde se perdió de vista dejando tras sí una estela de árboles desenraizados. Mientras el tronar del robot disminuía tras ellos, el gigante reanudó su viaje por el bosque. Harkins se mostró paciente, aunque sin atreverse a pensar en nada.

Al cabo de un largo rato apareció un claro… y Harkins se vio sorprendido y complacido al descubrir un pequeño hacinamiento de chozas. Cabañas del tamaño de un hombre, formando un suelto círculo y constituyendo un poblado. Moviéndose por el centro del círculo se veían puntitos que Harkins comprobó eran personas, seres humanos, hombres.

¿Una colonia?

¿Un campo de prisioneros?

La gente del poblado divisó al gigante y se agrupó en una pequeña masa gesticulante y señalando. El gigante se acercó hasta unos cien metros del poblado, se agachó y puso delicadamente a Harkins en el suelo.

Atontado tras el largo viaje en la mano de la criatura, Harkins se tambaleó, vaciló y cayó. Casi se esperaba ver como el gigante volvía a recogerle, pero en su lugar el ser empezó a retirarse hacia el bosque, partiendo tan misteriosamente como viniera.

Harkins volvió a levantarse. Vio cómo la gente corría hacia él… gente de aspecto frenético, peligroso. De pronto comenzó a sentir que se habría considerado más seguro en la mano del gigante.

II

Eran siete, cinco hombres y dos mujeres. Probablemente serían los más valientes. El resto quedó atrás y vigiló los acontecimientos desde la relativa seguridad de sus chozas.

Harkins asentó sus pies en el suelo con firmeza y les aguardó. Cuando los tuvo cerca, alzó una mano.

—¡Amigo! —exclamó bien alto—. ¡Paz!

Las palabras parecieron causar efecto. Los siete se detuvieron y se distribuyeron en semicírculo en torno a Harkins, con algo de nerviosismo. El más corpulento de los hombres, un tipo alto, de amplios hombros, con un crespo y largo pelo negro, rasgos bastos y ojos hundidos, se adelantó.

—¿De dónde eres, forastero? —Gruñó en un inglés reconocible aunque singularmente distorsionado.

Harkins recapacitó y decidió seguir actuando en la creencia de que eran tan salvajes como parecían. Señaló al bosque.

—De allí.

—Eso lo sabemos —contestó el hombre alto—. Vimos cómo te traía el Gigante Estrella. ¿Pero dónde está tu poblado?

Harkins se encogió de hombros.

—Muy lejos de aquí… más allá del océano. —Pensó que aquella era una historia tan buena como otra cualquiera. Y deseaba adquirir más información de aquella gente antes de proporcionar datos acerca de sí mismo. Pero una de las mujeres habló.

—¿Qué océano? —Su voz era desdeñosa. Era una hembra achaparrada, de tez amarillenta que vestía una sucia y rota túnica —. Aquí no hay océanos cerca —se acercó más a Harkins, mirándole con fulminante fijeza. Le olía el aliento. Dijo acusadora —: Eres un *espía*. Vienes de Tunnel City, ¿verdad?

—El Gigante Estrella le trajo —destacó calmosa la otra mujer. Era alta y de aspecto salvaje, con abundante cabellera rubia cuyo aspecto parecía indicar que nunca se la había cortado. Llevaba destrozados pantalones cortos y dos tiras de tela cubriéndola el pecho—. Los Gigantes Estrellas son aliados de los habitantes de la ciudad, Elsa —añadió la mujer.

—Silencio —salto el tipo robusto que hablara primero. Se volvió a Harkins—. ¿Quién eres?

—Me llamo Lloyd Harkins. Vine desde muy lejos cruzando el océano. No sé cómo llegué hasta aquí, pero el Gigante Estrella —por lo menos en esta parte dijo la verdad—, me encontró y me trajo a este lugar —extendió las manos—. Más no puedo deciros.

—Uh, muy bien, Lloyd Harkins —el hombretón se volvió hacia los otros seis—. ¿Le matamos o le permitimos que se quede?

—¡Qué raro es que nos pidas nuestra opinión, Jorn! —exclamó la mujer achaparrada que se llamaba Elsa—. Pero yo diría que le matemos. Viene de Tunnel City. ¡Lo sé!

El llamado Jorn se encaró a los otros.

—¿Qué decís?

—Que viva —replicó un joven de aspecto soñoliento—. Parece inofensivo.

Jorn frunció el ceño.

—¿Y el resto?

—Muerte —contestó un segundo hombre—. Parece poco sincero.

—Pues a mí me parece lo contrario —apuntó un tercer macho.

—A mí también —dijo el cuarto—. Pero voto por la muerte. Elsa se equivoca raras veces.

Harkins se mordió nervioso el labio inferior.

Había ya tres votos por su muerte, dos a su favor. Jorn miraba expectante a la chica del pelo largo y de expresión hosca.

—¿Tu opinión, Katha?

—Que viva —dijo despacio.

Jorn gruñó.

—Sea. Yo también voto en su favor. Puedes unirte a nosotros, forastero. ¡Pero mi voto es decisivo… y si lo cambio, morirás!

Marcharon por el claro hacia el poblado, en fila, Jorn abriendo la marcha y Harkins en retaguardia por Katha. El resto de los habitantes del pueblucho le miró con curiosidad mientras penetró

en el círculo de chozas.

—Este es Lloyd Harkins —dijo Jorn en alta voz—. Vivirá con nosotros.

Tenso, Harkins miró de reojo a cada uno de los presentes. Serían unos setenta, oscilando desde personas de barba gris hasta niños desnudos. Parecían singularmente salvajes y civilizados a la vez. El pueblo constituía una extraña mezcla de algo primitivo y cultivado.

Las cabañas estaban construidas con alguna sustancia plástica poco familiar de color verde oscuro, lo mismo que sus ropas. Una hoguera ardía en el centro de un pequeño cuadro o plazoleta formado por el anillo de chozas. Desde donde estaba, Harkins podía ver la jungla con claridad… espesa, poblada de densa vegetación, que evidentemente no había crecido de la noche a la mañana. Pudo ver el pisoteado sendero que hiciera el Gigante Estrella.

Se volvió a Jorn.

—Soy forastero en esta tierra. No sé nada acerca de vuestro modo de vivir.

—Todo lo que necesitas saber es que yo soy quien manda —contestó Jorn—. Obedéceme y no te llevarás el menor disgusto.

—¿Dónde me voy a alojar?

—Hay una choza para los hombres solteros —contestó Jorn—. No es muy cómoda, pero es lo mejor que podemos proporcionarte —los profundos ojos de Jorn se contrajeron—. A propósito, en este poblado no hay ninguna mujer disponible. Es decir, a menos que quieras a Elsa —echó atrás la cabeza y soltó una potente carcajada.

—Elsa tiene los ojos puestos en uno de los Gigantes Estrellas —dijo alguien—. Esa es la única clase que puede satisfacerla.

—*¡Sapo!* —La mujer regordeta conocida como Elsa saltó contra el hombre que había hablado y la ferocidad de su ataque derribó al individuo por el suelo. Elsa se le sentó en el pecho y comenzó a golpearle la cabeza contra el piso. Un perezoso movimiento de Jorn la desmontó de su improvisada cabalgadura y la lanzó a un lado.

—Ahorra tus fuerzas, Elsa. Te necesitaremos para arrojar los maleficios cuando vengan los hombres de Tunnel City.

Harkins frunció el ceño.

—Esa Tunnel City… ¿dónde está? ¿Quién vive allí?

Jorn giró lentamente en su dirección.

—O bien eres un tonto de capirote o en realidad *eres* un

forastero. Tunnel City es uno de los Viejos Lugares. Nuestros enemigos viven allí, en las ruinas. Nos hacen la guerra… y los Gigantes Estrellas lo contemplan. Eso les divierte.

—Los de Tunnel City… ¿son hombres, como nosotros? Quiero decir, ¿no son gigantes?

—Sí, es cierto, son como nosotros. Por eso luchan en contra nuestra. Los seres diferentes no molestan.

—¿Diferentes?

—Ya lo descubrirás. Deja de hacer preguntas, ¿quieres? Hay que recoger comida —Jorn se volvió a un aldeano joven de pelo color maíz—. Enséñale a Harkins dónde va a vivir… y luego ponle a trabajar en el campo del grano.

Un confuso torbellino de pensamientos fluyó tumultuoso por la mente de Harkins mientras el joven se le llevaba. Poco a poco el rompecabezas iba adquiriendo sentido.

Los aldeanos hablaban una especie de inglés que fomentó la teoría de Harkins de que por alguna razón había sido arrojado hacia atrás en el tiempo. La alternativa, por dura que fuese de aceptar, resultaba clara: él estaba en el futuro, en un mundo extrañamente alterado.

Los Gigantes Estrellas… ¿quiénes eran? Jorn le había dicho que miraban mientras los poblados contendían. Dijo que eso les divertía. Tal detalle presuponía que en este mundo los gigantes eran las fuerzas dominantes. ¿Pero eran humanos? ¿Invasores procedentes de otra parte? Esas preguntas tendrían que aguardar la respuesta. Jorn ni siquiera conocía las contestaciones; o no quería que Harkins las supiera.

El robot del bosque… no tenía explicación. Sin embargo, el Gigante Estrella había mostrado hacia él un saludable respeto.

La tribu de aquí… Jorn la mandaba y todo el mundo parecía acatar su autoridad. Un estado de cosas muy convencional y lindamente primitivo, pensó Harkins. Eso implicaba una ruptura casi total con la civilización en algún momento del pasado. Las piezas iban encajando, aunque existían muchas lagunas.

La Tunnel City, hogar del odiado enemigo. «Lino de los Viejos Lugares», había dicho Jorn. Los enemigos vivían en las ruinas. Eso resultaba bastante claro. ¿Pero qué había de esos «diferentes»?

Sacudió la cabeza. Aquel era un mundo extraño y confuso y

posiblemente cuantas menos preguntas hiciera más seguro se encontraría.

—Aquí está nuestra casa —dijo el nativo. Señaló a una larga choza, baja y ancha—. Los hombres solteros se alojan aquí. Ocupa cualquier cama que no tenga ropas en ella.

—Gracias —contestó Harkins. Se agachó para entrar. El interior de la choza era tosco y desnudo, con jergones de paja desparramados al azar dentro. Eligió uno que parecía aceptablemente limpio y colocó en él su chaqueta. Dijo—: Este es mío.

El otro asintió.

—Ahora a los campos de grano —señaló el claro que quedaba detrás del poblado.

Harkins pasó el resto de aquella tarde trabajando en los campos, usando deliberadamente tanta energía como pudo y procurando no pensar. Para cuando se acercó la noche estaba en extremo exhausto. Los hombres regresaron al poblado, donde las mujeres sirvieron una sencilla pero nutritiva cena comunal.

La vida simple, pensó Harkins. El laboreo y la producción de alimentos y los ocasionales conflictos intertribales. Apenas podía considerarse que sus remotos descendientes hubieran alcanzado una destacada posición, observó con malicia. Y algo había equívoco en la imagen. La ruptura debió haber ocurrido muy recientemente, para que ellos se hubieran hundido en un sistema cultural tan bajo… pero el espesor forestal implicaba el paso de muchos siglos por aquella zona desde que estuvo antiguamente muy poblada. Harkins comprobó que aquí, en su reconstrucción lógica, había un agujero, y se sintió incapaz de rellenarlo.

Llegó la noche. La luna era llena y miró a su rostro lleno de picaduras como de viruela, con añoranza, sintiendo una fuerte nostalgia del mundo atestado y ajetreado del que había sido arrancado. Miró a los tribeños, esparcidos en el suelo, las panzas llenas, los cuerpos cansados. Alguien murmuraba una canción desentonada, sin melodía. Fuertes ronquidos llegaron desde detrás suyo. Jorn estaba tenso en pie, silueteado contra la brillantez de la luna, mirando hacia el bosque, como si esperara alguna momentánea invasión. Desde muy lejos llegaba el retumbante sonido de un robot abriéndose paso a través de los árboles, o

posiblemente de un Gigante Estrella que marchara a alguna misión desconocida.

De pronto, Jorn se volvió.

—Hora de dormir —ordenó—. A vuestras chozas.

Se movió por el claro, dando patadas a los dormidos, y apartando a empujones a las mujeres del fuego. *Es el jefe de acuerdo*, pensó Harkins. Estudió apreciativamente los nudosos y destacados músculos de Jorn y decidió hacer cuanto estuviera en el camino del hombretón durante su estancia en el poblado.

Más tarde, acostado Harkins en su tosco lecho, trató de dormir. Le resultó imposible. Los brillantes rayos de luna penetraban torrenciales por la abierta puerta de la cabaña y además estaba demasiado tenso para que le llegara el sueño. Mirando a su alrededor, vio los seis hombres que compartían la choza con él profundamente dormidos, recibiendo así la recompensa de su duro día de trabajo. Poseían la seguridad, pensó… la seguridad de la ignorancia. Él, Harkins, poseía demasiada perceptibilidad propia del hombre civilizado. Los ruidos nocturnos del exterior le conturbaban, y los estrépitos apagados del bosque despertaban en él terrores profundamente enterrados. Aquel mundo no era apropiado para hombres nerviosos.

Cerró los ojos y volvió a tumbarse. La imagen del Gigante Estrella flotaba ante él, primero el Gigante Estrella como árbol, luego su completa figura, por último aquella cara benigna y singularmente melancólica. Se imaginó a los Gigantes Estrellas reunidos juntos, dondequiera que viviesen, moviéndose con masiva gracia e inclinándose elegantemente haciéndose mutuas reverencias en una especie de fantástico minueto. Se preguntó si el que le había encontrado hoy se dio cuenta de que recogía a un ser inteligente, o si pensó que se trataba de alguna criatura bípeda y pequeña del bosque, demasiado diminuta para tomársela en serio.

La imagen del robot comenzó entonces a acosarle… aquella criatura indomable de cabeza cupulada persiguiendo algún designio incomprensible, marchando incesantemente a través del bosque hacia su oculta meta. Formando una especie de oleaje que batía sus pensamientos principales, estaba el gritar de los pájaros dentados y el atronar sordo del bosque. *Un mundo que yo nunca hice*, pensó cansinamente, y trató de forzar al sueño para que se apoderase de

él.

De pronto, algo le rozó el brazo con suavidad. Se sentó al instante y contrajo los ojos para ver.

—No hagas ningún ruido —le recomendó una voz suave.

Katha.

Ella estaba agazapada junto a su jergón, mirándole con fijeza. Harkins se preguntó cuánto tiempo habría estado allí aquella mujer. Su pelo caía en cascada por encima de sus hombros femeninos y las aletas de su nariz vibraban con ansiosa expectación mientras Harkins hacía un movimiento hacia ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ven fuera —susurró ella—. No queremos despertar a los *otros*.

Harkins la permitió que le guiase al exterior. La luna iluminaba la escena con claridad. El dormido poblado gozaba de un inmenso silencio y los espectrales sonidos de la jungla se percibían con facilidad.

—Jorn está con Nella esta noche —dijo Katha con amargura—. De ordinario soy la mujer de Jorn… pero esta noche no me hizo caso.

Harkins frunció el ceño. Pese a estar tan cansado se dio inmediata cuenta de la situación y no le gustó nada. Katha pretendía utilizarle para expresar sus celos por Jorn.

Ella se le acercó más y apretó su cálido cuerpo contra el suyo. Involuntariamente, Harkins aceptó el abrazo… y luego retrocedió. Sin reparar o tener en cuenta los motivos de Katha, Jorn probablemente le mataría en el acto si despertaba y lo encontraba con ella. La chica era un magnífico animal, pensó con pesar, y quizás en cualquier otro momento, en algún otro lugar…

Pero no ahora y aquí. Harkins estaba a merced de Jorn y le era importante conservar ese estado de gracia. Con suavidad, apartó de sí a Katha.

—No —dijo—. Tú perteneces a Jorn.

Las aletas de la nariz de ella se agitaron convulsas.

—¡Yo no pertenezco a nadie! —murmuró con dureza. Volvió a acercársele. Se percibió el sonido de alguien que se agitaba en una choza cercana.

—Vuélvete a dormir —dijo ansioso Harkins—. Si Jorn nos encuentra, nos matará a ambos.

—Jorn está atareado con esa cría de Nella… pero no me mataría de ninguna manera. ¿Le tienes miedo a Jorn, forastero?

—No —mintió Harkins—. Yo…

—¡Hablas como un cobarde! —De nuevo ella le cogió y esta vez Harkins le separó de un brusco empujón. Ella le escupió en la cara y le abofeteó furiosa. Luego se llevó las manos a la boca y gritó—: *¡Socorro!*

Ante este grito, Harkins eludió a la muchacha y trató de volver a entrar en su choza, pero lo hizo demasiado tarde. Todo el poblado pareció despertar al Ínstate y antes de que Harkins se diese plena cuenta de lo que pasaba se vio agarrado firmemente por la nuca.

—Los demás volved a dormir —era la voz de Jorn, fuerte y autoritaria. En un momento la plazoleta volvió a estar vacía, a excepción de Katha, Harkins y Jorn. El hombretón continuó sujetando a Harkins por el cuello con una mano y a la forcejeante Katha con la otra.

—¡Él me atacó! —acusó Katha.

—¡Mentira!

—¡Silencio los dos! —Las palabras de Jorn sonaron como un latigazo. Soltó a Khata y la arrojó al suelo, donde se quedó, arrodillada sumisamente. La presión de la mano del jefe de Harkins se hizo más fuerte.

—¿Qué pasó? —preguntó Jorn.

—Que te lo diga ella —replicó Harkins.

—Sus palabras carecen de significado. Quiero la verdad.

—Vino a mi choza y me atacó —dijo Katha—. Fue porque sabía que tú estabas ocupado con Nella…

Jorn la hizo callar de una patada.

—Fue ella la que acudió a ti, ¿verdad?

Harkins asintió.

—Sí.

—Me lo imaginaba. Lo esperaba también. Ya ha ocurrido antes —soltó a Harkins e hizo un gesto a Katha para que se pusiera en pie. Luego dijo—: Tendrás que irte de aquí. Katha es mía.

—Pero…

—No es culpa tuya —aclaró Jorn—. Pero tienes que marcharte de aquí. Ella no descansará hasta que te consiga. Vete ahora… y si regresas, tendré que matarte.

Harkins se sintió como atontado por las palabras de Jorn. Lo último que habría querido que sucediera era verse arrojado de aquella especie de oasis hallado en este extraño mundo hostil. Miró a Katha, que le contemplaba fulminante y con amargo odio, sus senos subiendo y bajando a impulsos de la rabiosa respiración. Comenzó a sentirse él mismo irritado ante lo innoble de la situación.

Vio como Jorn se volvía hacia Katha.

—Tu castigo vendrá más tarde. Pagarás caro esto, Katha.

Ella inclinó la cabeza, luego alzó la vista. Asombrado, Harkins advirtió que la muchacha miraba a Jorn con un inconfundible amor en sus ojos.

Jorn señaló el bosque.

—Vete.

—¿Ahora mismo?

—Ahora —contestó Jorn—. Tienes que haberte ido antes de la mañana. Yo no podría permitir que te quedaras en absoluto.

III

La deidad personal, cualquiera que fuese, que estuviera mirando por él se distinguía por el notable mal trabajo que realizaba, pensó Harkins, mientras estaba al borde del bosque. Era una muestra de sadismo ponerle en contacto con una civilización, aunque mínima, y luego, casi inmediatamente, devolverle a la incertidumbre del bosque.

Casi amanecía. Harkins se había pasado la mayor parte de la noche circundando el borde del claro, posponiendo el momento en que tendría que volver a entrar en el bosque. No se mostraba ansioso de abandonar la vecindad mientras aún reinaba la oscuridad, aunque sabía que igual le sería fatal que le encontraran cerca del poblado cuando saliera el sol.

Se retiró al borde del claro y aguardó allí. Durante un rato, se percibió el sonido de un repetido golpear, como si un látigo estuviera en acción, procedente de la choza de Jorn. Luego, silencio. Harkins se preguntó si Katha había recibido, tras el castigo, alguna recompensa.

Jorn tuvo razón al expulsarle, admitió Harkins. En una sociedad tribal de aquella especie, hay que mantener la autoridad del jefe… y cualquier posible competidor, aun cuando fuera tan involuntario como Harkins, debía ser expulsado. Ahora que Harkins consideraba el asunto, comprendió que Jorn se había mostrado con él demasiado y sorprendentemente tolerante al no matarle en el acto.

Sólo que… tener que enfrentarse a solas con este mundo salvaje no tendría nada agradable.

Cuando los primeros débiles rayos del alba comenzaron a irrumpir en el horizonte, Harkins entró en el bosque. Casi de inmediato, el aire cambió, se hizo más fresco y húmedo. La espesa

cortina de vegetación que cubría la selva impedía el paso del sol. Harkins se movió alerta, siguiendo el sendero de maleza aplastada que trazara ayer el Gigante Estrella.

En alguna parte, no demasiado lejos de aquí, estaría Tunnel City. Tendría que estar razonablemente cercana; en una sociedad no mecánica como esta, sería imposible llevar a cabo una guerra a cualquier gran distancia. Y Tunnel City, fuese lo que fuese, estaba habitada. Confiaba ser capaz de localizarla antes de encontrarse con algún apuro en el bosque. Siendo un proscrito del grupo de Jorn, probablemente podría conseguir refugio allí.

De pronto, se oyó el estrépito de los árboles al ser derribados delante de él. Se apretó contra una roca cubierta de líquenes y trató de ver qué ocurría a lo lejos.

Por encima de los árboles era visible la cabeza pardorojiza de un Gigante Estrella cruzando la selva. Harkins consideró momentáneamente la conveniencia de ir hacia el gigante, pero cambio de idea y se metió en un sendero lateral. Los Gigantes Estrellas ya le habían permitido vivir una vez, pero sus actos no eran predecibles. De todas maneras, había poco para elegir; el Gigantes Estrella avanzaba con rapidez, cubriendo trece metros a cada zancada.

Harkins vigiló al enorme ser hasta que lo perdió de vista y luego continuó su marcha. Quizás, pensó, el sendero podría conducirle a Tunnel City. Quizás no. En este punto, tenía muy poco que perder, no importaba qué dirección tomara.

Pero se equivocaba. El otro camino pudo haber sido más seguro que este que se encontraba barrado por una ululante pesadilla.

Se le enfrentaba de pleno, sus seis patas abrazadas entre dos delgados árboles. La criatura tenía un par de bocas que se abrían y cerraban… una en cada aplastada y hocicuda cabeza. Los dientes, afilados como navajas de afeitar, brillaban bajo la débil luz. Harkins se quedó petrificado, incapaz de dar media vuelta y correr o de precipitarse a la ofensiva. El ulular de la criatura se alzó hasta un tono frenético que sirvió como salvaje contrapunto al sordo golpetear del bosque.

La cosa empezó a avanzar. Harkins notó como el sudor le bañaba el cuerpo. El animal, de piel peluda blancuzca, era del tamaño de un lobo grande y parecía hambriento. Harkins

retrocedió, tanteando precavido el camino a cada paso, mientras el animal se agazapaba para saltar.

Sin consciente prepensamiento, Harkins extendió una mano hacia un árbol muerto que había detrás suyo y arrancó una rama. La rama se quebró rociándole de fragmentos de corteza. Cuando el monstruo saltó, Harkins le golpeó con aquella tosca estaca en una especie de golpe de bateador de pelota-base.

Alcanzó la boca abierta de la cabeza más próxima del animal y los dientes se fragmentaron al recibir el golpe de la madera seca. Rápido, Harkins dio un salto y atascó la rama entre las mandíbulas de la otra cabeza, inmovilizándolas. El animal quiso darle un zarpazo a Harkins, pero sus brazuelos superiores eran demasiado cortos.

Tablas. Harkins mantenía el animal a la distancia permitida por su brazo extendido. El bicho rugía y babeaba, impotente, incapaz de alcanzarle. No se atrevió a soltarlo, pero su fuerza no le iba a permitir mantener indefinidamente aquella postura, y lo sabía.

Poco a poco, dando fútiles zarpazos, el animal le obligó a retroceder. Harkins sintió los músculos de su antebrazo temblar por el esfuerzo; empujó hacia atrás y el animal gruñó de dolor. La otra cabeza masticó furiosa sus rotos dientes.

En lo alto, extraños gritos de pájaros resonaban y una vez que Harkins miró hacia arriba vio una fila de plácidas y brillantes aves aguardando impasibles en la rama de un árbol. Sus picos relucían de dientes y no se parecían a ningún pájaro que hubiese visto con anterioridad, pero supo instintivamente qué función desempeñaban en el bosque. Eran buitres, preparados para ponerse a trabajar en cuanto se rompiera la situación de tablas, que muy pronto iba a terminar.

Harkins no podría sujetar mucho rato más al enloquecido animal. Le temblaban los dedos y no tardaría en soltar el tronco o rama. Entonces…

Una relampagueante mano metálica bajó desde alguna parte de arriba y la presión se aflojó de mañera brusca. Asombrado Harkins miró la mano que acababa de izar al animal.

La siguió con la vista. Un robot se plantaba cerniéndose sobre ellos sin rostro, inhumano, contemplando a la fiera bestia que sostenía con su metálica zarpa. Harkins parpadeó. Estaba tan

enfrascado en el forcejeo que no oyó como se acercaba el robot.

El robot asió al animal por cada una de sus dos gargantas y *tiró*. Con indiferencia, lanzó el cuerpo aún vivo sobre unos espesos matorrales, en donde se agitó unos instantes y quedó inmóvil… y luego el robot continuó cruzando el bosque, mientras que los buitres de la rama del árbol caían sobre su presa.

Harkins se dejó caer en el tocón semipodrido de un antiguo árbol y respiró con ansia. Los supertensos brazos le temblaban violenta e incontrolablemente.

Era como si hubiesen enviado allí al robot con la única misión de destruir al carnívoro… y, completada su misión, regresó a su base, no sintiendo más interés por lo que hiciera Harkins.

Soy un simple peón en este juego, pensó de pronto Harkins. La reacción le golpeó con solidez y se sintió agotado. Esa era la respuesta, claro: un peón. Le estaban manipulando. Le habían arrancado de su propia era, metiéndole y sacándole del poblado de Jorn, metiéndole y sacándole de un peligro mortal. Era un pensamiento inquietante y que le robó las fuerzas durante unos cuantos minutos. Conocía sus limitaciones, pero le habría agradado pensar de sí mismo como dueño de su propio destino. Ya no lo era, ahora.

Está bien… ¿adónde iré desde aquí?

No le llegó ninguna respuesta. Decidiendo que su manipulador estaba atareado con cualquier otra cosa o pieza del tablero de ajedrez en aquel momento, se puso en pie y lentamente comenzó a adentrarse en el bosque.

Esta vez caminó alerta, aguzando los ojos para captar cualquier forma de vida. La próxima vez pudiera ser que no hubiese robots que le salvaran.

El bosque parecía de nuevo en calma. Harkins anduvo paso a paso, penetrando más y más en el corazón de la selva, dejando muy atrás el poblado de Jorn. Se aproximaba la tarde y ya comenzaba a sentirse cansado.

Llegó a un burbujeante arroyo y se dejó caer agradecido a su lado. El agua parecía fresca y clara; metió una mano en ella, notando su frescor agradable se humedeció los dedos. Luego se llevó a los labios, tentativo, unas gotas. El agua tenía sabor a pura, pero frunció el entrecejo dudoso.

—Sigue adelante y bebe —dijo de pronto una voz seca—. El agua es perfectamente buena.

Harkins saltó instantáneamente.

—¿Quién dijo eso?

—Yo.

Miró en su torno.

—No veo a nadie. ¿Dónde estás?

—Aquí arriba, en la roca —dijo la voz—. Hacia aquí, tonto.

Harkins se volvió en dirección a la voz… y pudo ver al que hablaba.

—¿Quién… qué eres tú?

—Los hombres me llaman el Vigilante —fue la tranquila respuesta.

El Vigilante estaba subido en la enorme roca a través de cuya base acantilada fluía el arroyo. Harkins vio a un hombre, o a algo parecido a un hombre, con una rugosa piel verde grisácea, ojos pálidos y miopes y bracitos colgantes, sin huesos. La boca era amplia y grotesca, distorsionada por algo que posiblemente pretendía ser una sonrisa.

Harkins retrocedió un paso lleno de aprensión y sorpresa.

—No soy lindo —dijo el Vigilante—. Pero no tienes por qué huir. No te haré daño. Sigue… bebe hasta saciarte y luego hablaremos.

—No —contestó inseguro Harkins—. ¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

Los gruesos labios se retorcieron en un terrible gesto.

—¿Que qué hago *yo* aquí? Llevo en este lugar dos mil años y quizás más. Ahora, soy yo quien debería preguntarte *qué haces* aquí.

—No… no lo sé —repuso Harkins.

—Ya sé que no lo sabes —dijo burlón el Vigilante, Emitió una rugiente risita y su blanda y pálida panza se sacudió de manera obscena—. ¡Claro que no lo sabes! ¿Cómo podía esperarse que lo supieras?

—No me gustan las adivinanzas —observó Harkins, notándose furioso y advirtiendo la extraña irrealidad de la conversación—. ¿Qué eres?

—Antaño fui un hombre —de pronto el tono burlón se había disipado—. Mis padres fueron humanos. Yo… no lo soy.

—¿Padres?

—Hace miles de años. En los días anteriores a la Guerra. En los días anteriores a la venida de los Gigantes Estrellas —la amplia boca decayó con tristeza—. En el mundo que antaño fue… el mundo del que te sacaron a ti, pobrecita cosa mistificada.

—¿Qué es lo que sabes de mí? —preguntó Harkins.

—Demasiado —respondió cansino el Vigilante—. Bebe primero y luego te explicaré.

Harkins tenía la garganta como si se la hubiesen lijado. Se arrodilló y dejó entrar por ella agua fresca del arroyo. Por último, se levantó. El Vigilante no se había movido; permanecía sentado en la roca, sus diminutos e inútiles brazos plegados en parodia bizarra del clásico gesto humano.

—Siéntate —dijo el Vigilante—. Tengo que contarte una historia de dos mil años.

Harkins se sentó en una piedra y se reclinó contra un tronco de árbol. El Vigilante comenzó a hablar.

La historia empezaba en la propia época de Harkins, o poco después El Vigilante siguió el curso de la historia de la civilización que se había desarrollado en los primeros siglos del Tercer Milenio, habló del auge de las ciudades subterráneas y la gente que construyó los robots que aún recorrían el bosque.

La guerra había llegado… destruyendo completamente aquella sociedad, excepto unas cuantas bandas de supervivientes. Algunas de las ciudades también sobrevivieron, pero las mentes que habían guiado los cerebros robots se perdieron y estos robots continuaron desempeñando los servicios que se les encomendara como última orden. Las ciudades subterráneas se habían convertido en tabú, lugares prohibidos, aunque bandas salvajes vivían sobre ellas, sin aventurarse jamás a descender bajo la superficie.

Muy profundamente, en los túneles de las urbes muertas, vivían los mutantes descendientes de los constructores de las ciudades. Eran los Diferentes, aquellos de quienes hablara Jorn. La mayoría habitaba las ciudades; unos pocos vivían en los bosques.

—Yo soy uno de estos —dijo el Vigilante—. No me he movido de este lugar desde el año en que vinieron los Gigantes Estrellas.

—Los Gigantes Estrellas —repitió Harkins—. ¿Quiénes son?

El Vigilante encogió sus carnosos hombros.

—Vinieron de las estrellas, mucho después de que nos hubiéramos destruido nosotros mismos. Viven aquí, vigilando a los supervivientes con gran curiosidad. Juegan con las tribus, las enzarzan en conflictos unas con otras y estudian los resultados con el máximo interés. Por algún motivo no me preocupan. Parece que jamás han pasado por esta parte del bosque.

—Continuarán como hasta el fin del tiempo. Nada puede destruirles, nada puede desviarlos de su actividad… y nadie puede mandarles.

Harkins se inclinó hacia adelante con atención. El Vigilante le había dado todas las respuestas que necesitaba menos una.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

—¿Tú? —El mutante rió con frialdad—. Tú eres el factor azar. Estropearía el juego si te diese demasiadas respuestas. Pero te garantizaré esta información nada más: *podrás volver a tu casa si logras controlar a los robots*.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Averígualo tú mismo —contestó el Vigilante—. Te contemplaré de cerca, pese a ser ciego, pero no te ayudaré más de lo que he hecho ya.

Harkins sonrió y dijo:

—¿Y si te fuerzo a decírmelo?

—¿Cómo ibas a poder hacerlo? —De nuevo los amplios labios se distendieron desagradablemente—. ¿Cómo podrías jamás obligarme a hacer algo que yo no quiera hacer?

—Así —exclamó Harkins en un arranque de furia. Alzó del suelo la piedra sobre la que estuvo sentado y la elevó por encima de su cabeza.

No.

Era una orden, no formulada en palabras. La piedra se escapó de las manos sin nervio de Harkins y cayó al suelo. Harkins se quedó mirando fijamente sus entumecidos dedos.

—Te cuesta aprender —dijo el Vigilante—. Soy ciego, pero eso no significa que no vea… o reaccione. Te lo repito: ¿cómo podrías obligarme a hacer algo?

—No… no puedo —admitió Harkins dudoso.

—Bien. El reconocimiento de la debilidad propia es el primer paso hacia la fortaleza. Comprende que te traje hasta mí

deliberadamente, que en ningún momento durante esta entrevista has obrado bajo tu libre albedrío y que soy perfectamente capaz de determinar tus futuras acciones si así se me antojara. Sin embargo, no tengo gran interés en interferirme.

—¡Entonces… *tú eres* el jugador de ajedrez! —gritó Harkins acusador.

—Sólo uno de los jugadores —contestó el mutante—. Y el menos importante de todos —des-cruzó sus lastimeros brazos—. Te traje a mí sin más razón que la de divertirme… y ahora me cansas. Llegó el momento de que te vayas.

—¿Adónde voy?

—El centro neurálgico de la situación está en Tunnel City —dijo el Vigilante—. Debes pasar por allí en tu camino hacia tu casa. Déjame.

Sin esperar una segunda orden. Harkins se levantó y comenzó a alejarse. A los diez pasos, miró hacia atrás. Los brazos del Vigilante volvían a estar cruzados sobre su pecho.

—Sigue caminando —dijo el mutante—. Ya has servido tu propósito.

Harkins asintió y reanudó la marcha. *Soy todavía un peón*, pensó con amargura. *Pero… ¿un peón de quién?*

IV

Luego de interponer una distancia considerable entre sí mismo y el Vigilante, Harkins se detuvo junto a un importante y descortezado árbol y trató de asimilar los nuevos acontecimientos.

Se estaba desarrollando un juego entre fuerzas demasiado grandes para que él las comprendiese. Se había visto arrastrado al juego por razones desconocidas y, a menos que el Vigilante hubiera mentido, la única salida que le quedaba era a través de Tunnel City.

No tenía idea de dónde estaba aquella ciudad, ni sabía lo que se esperaba que encontrara allí. *Podrás volver a casa si logras controlar a los robots*, había dicho el Vigilante. Y el extraño mutante implicaba con sus palabras que Tunnel City era el centro de control de los robots. ¡Pero también había dicho que nada podría mandar a esos robots!

Harkins sonrió. Debería de haber un medio para que él llegase hasta allí. Le llegó el momento de efectuar algunas manipulaciones por su cuenta. Ya llevaba demasiado tiempo haciendo de marioneta; ahora sería él quien tirara de unas cuantas cuerdas.

Miró hacia arriba. Las sombras de la tarde entrada ya empezaban a caer y el cielo se estaba oscureciendo. Tendría que moverse rápidamente si quería llegar antes de que se hiciera de noche. De inmediato comenzó a desandar lo andado por el bosque, siguiendo el pisoteado sendero que conducía al poblado de Jora. Viajó con rapidez, medio andando, medio corriendo. De vez en cuando vio la calva cabeza de un Gigante Estrella muy por encima de las copas de los árboles, pero ninguno de aquellos seres extrahumanos le prestó atención. En una ocasión oyó el áspero sonido de un robot marchando por entre la maleza.

Aquí había en juego una serie de extrañas fuerzas. Los Gigantes

Estrellas… ¿quiénes eran? ¿Qué querían en la Tierra… y qué parte tomaban en el drama que ahora se estaba desplegando? Parecían remotos, indiferentes, como totalmente desinteresados con el cariz de los acontecimientos, tanto como pudieran estarlo los robots que atravesaban el bosque. Sin embargo, Harkins sabía que eso no era cierto.

Los robots le interesaban filosóficamente. Representaban la Fuerza… una Fuerza imparable, una Fuerza incontrolable, ligada a algún sistema de actividad largamente olvidado y prefijado. ¿Por qué le salvó aquel robot de las garras del carnívoro? Se preguntó si eso formaba parte de la red de acontecimientos, o acaso el juego de ajedrez daba preferencias al sistema de actividad de los robots…

También en las relaciones entre Jora y Katha había un interesante problema personal; un problema que posiblemente tendría que enfrentársele y muy pronto. Katha amaba a Jora, eso era evidente… y con salvaje ambivalencia le odiaba también. Harkins se preguntó dónde precisamente encajaría en esa situación cuando regresara al poblado de Jorn. Katha y Jorn eran multifacéticos e impredecibles, y él dependía de sus reacciones para alcanzar éxito su plan.

Ruedas dentro de ruedas, pensó con amargura. Peones que en un juego distaban los movimientos de otros peones más pequeños. Apretó el paso; la noche se acercaba rápidamente. El bosque se hacía frío.

Por fin divisóse el pueblo, un manchón gris apretado entrevisto a través de las densas frondas de aspecto mortífero cuyas hojas eran púas doradas de la selva. Harkins redujo su marcha hasta convertirla en un paso de paseo cuando estuvo casi encima del campamento.

Era todavía temprano; los nativos aún no habían cenado en comunidad. Harkins se detuvo al borde del bosque, plantándose junto a un árbol del tamaño de un palmo y medio de longitud, y se preguntó cuál era el medio más seguro de acercarse al poblado.

De pronto una rama crujió a sus espaldas. Se volvió rápido.

—Creí haberte dicho que no volvieses nunca más aquí, Harkins. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Vine a hablar contigo, Jora.

El hombretón llevaba un simple taparrabos como único atuendo

y su potente cuerpo ennegrecido por la negra mata de pelo, parecía presto al combate. Un músculo se retorcía incontrolable en la mejilla de Jora.

—¿De qué quieres hablar?

—De Tunnel City —contestó Harkins.

—No deseo ni oír ese nombre —repuso Jora—. Te dije que te mataría si regresabas aquí y lo dije de veras. No te quiero ver jugando con Katha.

—Yo no estaba jugando con Katha. Ella se lanzó sobre mí.

—Es igual —dijo Jorn—. A los ojos de la tribu me estabais traicionando. Eso no lo puedo consentir, Harkins —la potente voz sonaba casi desesperada. Harkins comprendió de repente lo próximo que estaba el ansia de poder de la locura cuando esta ansia de mando se condensaba en la figura de este puro dictador.

—¿De verdad necesitarías a Katha si yo te hiciese señor del mundo? —le preguntó Harkins.

—¿Qué quieres decir con eso? —Jorn parecía receloso, pero interesado a su pesar.

—Hablé con El Vigilante —contestó Harkins. Aquel nombre provocó una inmediata reacción. Jorn se puso pálido, pasándose la lengua por los labios con nerviosismo, sus ojos mirando inquietos de un lado a otro.

—¿Hablaste con… El Vigilante?

Harkins asintió.

—Me dijo cómo conquistar Tunnel City. ¡Si me escucharas, Jorn, podrías hasta conquistar el mundo!

De nuevo Jorn empalideció.

—Explícate —fue su sencilla orden.

—¿Sabes lo que hay debajo de Tunnel City?

—Sí —contestó Jorn con aspereza—. Nosotros no vamos allá. Es malo.

—Yo puedo ir. No temo a esa ciudad —Harkins sonrió triunfante —. Jorn, puedo bajar a esos sótanos y hacer que los robots trabajen para mí.

Con ellos a nuestro lado podremos conquistar el mundo. Podremos…

Al instante comprendió que había cometido un error. Una palabra era la culpable… *nosotros*… mejor dicho, una persona del

verbo: la primera del plural. Jorn se había puesto rígido y comenzaba a arquear la espalda con mortífera intención.

—No haremos nada de esa índole —dijo Jorn fríamente.

Harkins trató de tapar su desliz.

—Quería decir que… ¡haremos que los robots trabajen y tú los controlarás! Serás el jefe; yo sólo…

—¿A quién tratas de engañar, Harkins? Procurarás arrebatarme el poder, una vez tengas los robots. No lo niegues.

—No lo niego. Maldición, ¿no preferirías mejor gobernar la mitad del mundo que *todo* este cenagal que ahora tienes?

Fue otro error… y peor aún que el anterior. Esta equivocación resultaba fatal, porque lastimó a Jorn precisamente allá donde era más susceptible.

—*¡Te mataré!* —gritó Jorn y cargó sobre él.

Harkins retrocedió y se preparó para el choque con el hombretón. Jorn le dio de lleno, derribándole de espaldas y saltando sobre su cuerpo.

Harkins sintió como unas potentes manos intentaban aterrarle la garganta. A la desesperada, se agarró a las muñecas de Jorn y las apartó. El hombretón se movía casi con gracia felina, rodando y rodando con Harkins mientras los pájaros chillaban encantados allá arriba.

El estómago de Harkins acusó los primeros puñetazos. Jorn estaba ahora sentado a horcajadas sobre él, incapaz de agarrarle la garganta para el fatal estrangulamiento, pero decidido a hacerle todo el daño posible en las demás partes del cuerpo. Por entre una niebla de dolor, Harkins logró salir de debajo de Jorn y ponerse en pie, respirando con dificultades. Un reguero de sangre le salía de la comisura de los labios, penetrando en su boca y haciéndole gustar el sabor salino del fluido vital.

Jorn retrocedió. Los dos adversarios se enfrentaban ahora. Harkins sintió frío, casi helor; esto tendría que ser un combate a muerte y sin saber por qué ni cómo adivinaba que en esta ocasión ni los robots ni los Gigantes Estrellas intervendrían.

Habíase equivocado gravemente en su manera de abordar el asunto. Necesitaba la guía de Jorn con el fin de llegar a Tunnel City… pero al implicar una división compartida del poder había hurgado en los nervios desnudos del jefe de la tribu. Y, pensó

Harkins, su observación final había sido de la máxima estupidez; un hombre lógico habría preferido la mitad de un imperio a todo un completo marquesado, pero Jorn no tenía nada de lógico.

—Vamos —dijo Jorn haciéndole gestos con su potente puño—. Acércate hasta donde pueda pegarte.

Harkins pensó en huir, luego abandonó esa idea. Oscurecía; además, probablemente Jorn le alcanzaría.

No; tendría que aguantar y hacer frente a aquel salvaje.

Jorn avanzó, las manazas extendidas provocativamente. Mientras lo hacía, Harkins se apartó a un lado y propinó un fuerte mazazo a la nuca de Jorn. El hombretón se tambaleó acusando el golpe de conejo, pero no cayó. Harkins aprovechó su momentánea ventaja para propinarle tres rápidos e inefectivos golpes a los costados… y de inmediato el salvaje se recuperó.

Agarró a Harkins de un brazo y se lo aproximó. *Lo siento*, pensó Harkins sin el menor asomo de pesar, y alzó una rodilla con violencia. Jorn le soltó y se quedó doblado.

Al instante Harkins estuvo sobre él… pero, para su sorpresa, descubrió que Jorn aún seguía dueño plenamente de sí mismo a pesar del rodillazo. El hombretón agachó la cabeza y cargó. Harkins cayó como si un enorme ariete hubiese chocado contra su abdomen. Se desplomó hacia atrás, tratando desesperadamente de recobrar el aliento. Durante un turbador segundo Harkins creyó estar a punto de ahogarse en tierra firme.

Jorn ahora se disponía a rematarle. Una vez le apresara la garganta todo habría terminado. Harkins vio desvalido como las terribles manazas se le acercaban. Jorn se agachó.

De pronto, Harkins le dio una doble patada y con las escasas fuerzas que le quedaban, *empujó*. Duro. Jorn, pillado desprevenido, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás…

Y ante el horror de Harkins vino a desplomarse sobre el árbol espinoso que crecía al borde del claro.

Jorn gritó… una sola vez… cuando la púa de casi medio metro de longitud penetró por entre sus vértebras. Forcejeó enardecido durante una fracción de segundo, luego quedó inmóvil con la vista fija amargamente y lleno de perplejidad en Harkins, hasta que se le cerraron los ojos. Unas cuantas gotas de sangre se mezclaron con el velludo pecho de Jorn. La punta de la púa apenas era visible unos

milímetros sobresaliendo de entre la tetilla izquierda de Jorn.

Resultaba obvio que le había atravesado el corazón.

Harkins miró sin comprender a aquel hombre empalado durante más de medio minuto, sin darse cuenta todavía que el combate había terminado y que él era el vencedor. Había estado esperando perder, había creído que aquella era su última hora y… en su lugar, Jorn estaba muerto. Todo acababa de suceder con excesiva rapidez.

Una sombra cayó sobre la escena del drama. Harkins alzó la vista. Un Gigante Estrella estaba plantado a un centenar de metros, metido hasta las caderas entre los árboles, con los ojos perdidos en el vacío. Harkins se preguntó si aquel ser extrahumano había presenciado el combate.

Ya la adrenalina iba desapareciendo de su organismo. Calmado, trató de valorar la situación presente. Muerto Jorn, el siguiente paso sería controlar él mismo a la tribu. Y eso…

—¡Jorn! —llamó una voz femenina—. ¿Jorn, estás ahí? Te aguardamos para cenar.

Harkins se volvió.

—Hola, Katha.

Ella miró petrificada más allá de donde Harkins estaba.

—¿Dónde está Jorn? —preguntó—. ¿Qué es lo que hacer tú aquí?

—Jorn está allá —dijo cruelmente Harkins y se apartó para permitirle ver.

La expresión era aterradora. Ella se apartó del cuerpo de Jorn para enfrentar a Harkins y dijo:

—¿Hiciste esto?

—Él me atacó. Parecía que había perdido el juicio.

—Tú le mataste —dijo ella con torpeza—. Tú mataste a Jorn.

—Sí —contestó Harkins.

La mandíbula de la muchacha se endureció y le escupió desdeñosa. Sin más aviso, saltó.

Fue como el salto de una tigresa. Harkins, aún agotado de su encuentro con Jorn, no estaba preparado para la furia de la joven y se vio obligado a alzar las manos frenéticamente para impedir que las uñas femeninas se le clavaran en los ojos. Ella le arrojó al suelo, cruzó sus muslos en torno a su cintura apretadamente y le golpeó, le mordió y le arañó.

Después de casi un minuto, Harkins logró cogerla por las muñecas. *Es más peligrosa que Jorn*, pensó, mientras le doblaba los brazos hacia atrás lentamente y le obligaba a soltar su presa de piernas. Hizo que se levantase y la mantuvo enfrente suyo. Las mandíbulas de la muchacha se movían convulsionadas.

—Le mataste —repitió—. Ahora te mataré yo.

Harkins le soltó los brazos y ella saltó hacia atrás, sacudiendo su larga cabellera, flexionando sus piernas desnudas. Sus senos, cubiertos casualmente por dos tiras de paño, subían y bajaban con rapidez. La contempló asombrado mientras iniciaba la muchacha una salvaje danza guerrera, inclinándose y posándose, circundándole. Era, pensó, un ritual de venganza. La tigresa iba a vengar a su compañero, derrotando al intruso.

De pronto ella cortó en seco la danza y corrió hacia el árbol en el que Jorn yacía clavado. Arrancó una de las púas doradas y, sujetándola como si fuese un cuchillo, avanzó una vez más hacia Harkins.

Harkins miró en su torno, encontró un tronco caído y lo blandió. Ella avanzó, el improvisado cuchillo bien alto, mientras que Harkins aguardaba tenerla a su alcance.

Sus sueltas piernas se inclinaron y la lanzaron a través del aire. Harkins hizo un gesto intuitivo, levantando el brazo izquierdo para parar el golpe y manejando su derecho, empuñando la maza, en un golpe cruzado. El tronco se estrelló debajo de la muñeca de la joven; la chica lanzó un gruñido de dolor y dejó caer la púa. Harkins la apartó de una patada y cogió a su antagonista.

La apretó contra su cuerpo, sujetándole los brazos a los costados. Ella le dio patadas en frustración hasta que, viendo que no podía dañarle, se calmó.

—Ahora me tienes, Lloyd Harkins… hasta que me sueltes.

—No te preocupes, tigresa… te retendré hasta que no te queden ganas de pelear.

—¡Eso no ocurrirá nunca!

—Así sea —dijo Harkins. Se inclinó hasta casi tocarle un oído—. Eres muy hermosa cuando te pones enfadada… deberías saberlo.

—Cuando te busqué, me rechazaste, cobarde. ¿Pretendes insultarme ahora ante el cuerpo muerto de Jorn?

—Jorn se lo merecía —contestó Harkins—. Le ofrecí un

imperio… y lo rechazó. No podía soportar la idea de compartir su poder con nadie.

La muchacha permaneció en silencio durante un instante. Por último, dijo, con voz alterada:

—Sí… Jorn era así.

—Fue matar o morir —continuó Harkins—. Jorn estaba loco. Tuve que…

—¡No hables de eso! —saltó ella. Luego—: ¿Qué es eso de un imperio? —Codiciosa curiosidad parecía sustituir su cólera.

—Algo que el Vigilante me dijo.

Katha reaccionó igual que lo hiciera antes Jorn; el miedo le cruzó el rostro y volvió la cabeza a un lado para evitar la mirada de Harkins.

—El Vigilante me mostró dónde reside el secreto de la fuerza —continuó Harkins—. Le dije a Jorn…

—*¿En dónde?*

—En Tunnel City —contestó—. Si puedo ir hasta allí a la cabeza de un ejército, quizá lograse controlar los robots. Con ellos a nuestro lado, conquistarías el mundo —Si el Vigilante le decía la verdad, añadió en silencio. Y *si* podía encontrar el modo de controlar a los robots.

—Los Gigantes Estrellas nunca te lo permitirán —dijo Katha.

—No comprendo —rebajó la presión sobre los brazos de la muchacha suavemente y ella se puso tensa. Era como estar agarrando a un relámpago, pensó.

—Los Gigantes Estrellas nos mantienen en grupos pequeños —dijo ella—. Cuando hay peligro de que formemos un ejército o una ciudad, lo destruyen. De algún modo se enteran siempre. Así que jamás se te permitirá conquistar el mundo. Ellos no lo consentirían.

—¿De modo que entonces esto es un laboratorio? —preguntó Harkins, mientras un poco más de la imagen total se le aclaraba.

—¿Qué?

—Quieres decir… que los Gigantes Estrellas os vigilan y os estudian. Mantienen reducidos los grupos sociales hasta un tamaño manejable… de setenta u ochenta personas, no más. Experimentan en psicología.

Una imagen se le filtró a través de la mente… el mundo en un tubo de ensayo, sostenido por un curioso Gigante Estrella de rostro

sabio que era incapaz de considerar que algo tan pequeño como un hombre fuese un ser inteligente. Los hombres servirían así como múltiples gusanos para los Gigantes Estrellas… quienes, sin ningún motivo maligno, sólo por interés puramente científico, estaban impidiendo deliberadamente que se formase la civilización humana. Un latir de cólera comenzó a vibrar en su interior.

—No te entiendo —dijo ella—. ¿Nos vigilan sólo porque les gusta?

¿Cómo explicar el concepto de una investigación de laboratorio a una salvaje?, se preguntó.

—Sí —dijo—. Os vigilan.

La chica frunció el ceño.

—¿Pero puedes controlar a los robots? Harkins, quizás los Gigantes Estrellas no sean capaces de detener a los robots. Quizás…

No necesito más sugestión.

—¡Tienes razón! Si puedo controlar los robots, podré destrozar los Gigantes Estrellas… ¡Devolverlos al mundo del que vinieron!

¿Era verdad? No lo sabía… pero valía la pena probarlo. En una súbita excitación dio un salto apartándose de la muchacha y dejándola en libertad.

La joven no se había olvidado de la venganza. Al instante se lanzó sobre él, derribándole al suelo. Él giró, pero ella continuó aferrada. En aquel momento, una profunda sombra cayó sobre ambos.

—Mira ahí arriba —dijo Harkins en tono bajo.

Los dos alzaron los ojos. Un Gigante Estrella estaba plantado encima suyo, sus piernas como árboles entre abiertas, mirándoles con una expresión de gran interés en su rostro gigantesco como el de una escultura.

—Nos está mirando —dijo ella.

—¿Comprendes ahora? Está *observando*… tratando de averiguar qué clase de criaturas son estos animalitos del suelo del bosque —se preguntó brevemente si aquella escena tripartita… Harkins contra Jorn, luego Harkins contra Katha… había sido preparada meramente para edificación de lo monstruosa criatura que estaba plantada sobre ellos. Una nueva imagen cruzó por su mente… él y Katha en un enorme laboratorio, luchando uno contra otro dentro de los confines de una retorta química sostenida por un curioso

Gigante Estrella. Sintió que su carne se le ponía fría.

Katha apartó los ojos del Gigante Estrella y los dirigió sobre Harkins.

—Les odio —dijo—. Les mataremos juntos —con la rapidez de un salvaje, acababa de olvidar toda su cólera.

—¿No más luchas?

Ella sonrió, mostrando sus brillantes dientes blancos y soltó a Harkins.

—Tregua —dijo, y casi no tuvo tiempo de pronunciar la palabra.

Él la apretó contra su cuerpo y puso su boca sobre la de ella, preguntándose si el Gigante Estrella seguía mirándoles.

Ella soltó una risita infantil y mordió con ahínco el labio inferior de Harkins.

—Eso fue por Jorn —dijo, con voz juguetona—. Ahora estamos en paz.

Katha se apretó aún más contra él y le besó la sangre limpiándole con sus propios labios.

V

Cuando regresó al poblado se vio acogido por miradas recelosas y torpes silencios.

—Jorn ha muerto —anunció Katha—. Harkins y Jorn se enfrentaron en combate al borde del bosque.

—Y ahora Jorn está bajo tierra —anunció con una risa cascada la fea mujer llamada Elsa—. Lo vi venir, hermanos. No podéis negar que lo advertí.

—Harkins es ahora nuestro jefe —dijo Katha con firmeza—. Y yo soy su mujer.

El adormilado aldeano que había votado antaño por conservar la vida de Harkins, dijo:

—¿Quién le ha elegido?

—*Yo*, Dujar —contestó Harkins, dobló los puños. En una sociedad como aquella, era preciso arriesgar el resto en cada envite —. ¿Quién se opone?

Dujar miró desvalido a Elsa, la bruja.

—¿Esta bien?

Elsa se encogió de hombros.

—Sí y no. Escoged como creáis oportuno.

El hombre de los ojos adormilados frunció el ceño preocupado, pero nada dijo. Harkins miró alternativamente de un rostro a otro.

—¿Hay alguien que objete a mi jefatura de esta tribu?

—¡Ni siquiera sabemos quién eres! —contestó un hombre de grueso rostro—. ¿Cómo podemos estar seguros de que no eres un espía de la gente de Tunnel City? Elsa, ¿lo es?

—Antes lo pensé —dijo la achaparrada mujer—. Ahora no estoy segura.

Harkins sonrió.

—Ya veremos si lo soy o no lo soy. Mañana nos pondremos en marcha. Preparaos para la guerra… contra la gente de Tunnel City.

—¿Guerra? ¡Pero…!

—Guerra —dijo Harkins. Era una llana afirmación, una orden—. ¿Elsa, eres capaz de hacer mapas?

Elsa asintió de mala gana.

—Bien. Ven ahora a mi cabaña, yo te diré lo que necesito.

La bruja sonrió con malicia.

—¿Qué opinas tú, Katha… confiarás en que tu hombre y yo estemos a solas?

—No… quiero que esté presente Katha también —se apresuró a decir Harkins.

El desencanto fue evidente en el rostro lleno de Elsa; los ojos de Katha habían chisporroteado con cólera momentánea ante la observación de Elsa, aunque no había replicado. Harkins frunció el ceño. Otra relación compleja parecía estar desarrollándose, precisamente una relación peligrosa. Necesitaba el apoyo de Elsa; era una figura potente en la tribu. Pero no sabía si podía o no fiarse de su continuada ayuda.

* * *

Se quedó mirando el mapa esbozando en la tierra alisada de su cabaña.

—¿Entonces, esta es la situación?

Miró de Elsa a Katha. Ambas mujeres asintieron.

Haciendo un gesto con los dedos del pie, Harkins dijo:

—Estamos aquí y Tunnel City queda a una marcha de dos días hacia el este. ¿De acuerdo?

—Eso es lo que he dicho —respondió Elsa.

—Y los Gigantes Estrellas viven en algún lugar de esta parte —continuó Harkins, señalando a una zona vagamente delimitada en el extremo opuesto del gran bosque.

—¿Por qué quieres conocer dónde está la casa de los Gigantes Estrellas? —preguntó Elsa—. Tú venciste a Jorn… pero eso no te da a ti la fuerza de un gigante, Harkins.

—Silencio, Elsa —las puntadas de la mujer comenzaban a irritarle. Y Katha mostraba signos de celos, cosa que le conturbaba.

Era fieramente posesiva, pero igual de fieramente inclinada al odio como al amor y Harkins podía imaginarse fácilmente una situación en la que ambas mujeres se volvieron en contra suya. Reprimió un escalofrío y dedicó su atención de nuevo al mapa.

—Elsa, esta noche dedicarás las plegarias de la tribu por el éxito de nuestra campaña. Y mañana, los hombres partirán hacia Tunnel City.

—¿Y quién de nosotras te acompañará? —preguntó con frialdad Katha.

—Tú —contestó Harkins. Antes de que Elsa pudiese replicar, añadió—. Elsa, harás falta aquí, para lanzar hechizos defensivos sobre el pueblo mientras los guerreros estén fuera.

Ella soltó una hueca risita.

—Inteligente nombramiento, Harkins. Muy bien. Acepto la tarea —le miró, los ojos reluciendo con malicia—. Sin embargo, dime algo.

—¿El qué?

—¿*Por qué* atacas a la gente de Tunnel City precisamente ahora? ¿Qué pretendes ganar con una guerra innecesaria?

—Intento ganar un mundo, Elsa —contestó Harkins con tranquilidad, y no quiso decir más.

* * *

Aquella noche, los tambores rituales sonaron al borde del bosque y se pronunció extraños encantamientos. Harkins contempló fascinado la curiosa mezcla de barbarismo y sofisticación.

Se fueron a la mañana siguiente, eran veintitrés hombres conducidos por Harkins y Katha. Representaba toda la fuerza de combate de la tribu, menos un par de malhumorados ancianos que se quedaron con el pretexto de que el pueblo necesitaba a alguien que les defendiera.

El viaje hasta Tunnel City fue lento y entrecortado. Un guerrero alto llamado Frugo fue nombrado guía ante una sugerencia de Katha; les mantuvo rebordeando el bosque hasta bien entrada la tarde, cuando se vieron obligados a cruzar por la jungla.

Katha marchaba orgullosa al lado de Harkins, como si Jorn no hubiese existido jamás. Y quizás, en aquel mundo sin historia, no

había existido nunca, ahora que ya estaba muerto.

El grupo guerrero se mantenía así mismo mientras caminaba. Dos hombres eran expertos en arrojar garrotes y proporcionaron una buena cantidad de pájaros para la cena nocturna; otros llenaron cestos de curiosas frutas de color verde dorado. Mientras se limpiaban los pájaros y los cocinaban, Harkins cogió una de estas frutas y la examinó, luego hizo lo propio con un pájaro, abriéndole el pico para mirarle los dientes.

Resultaba una mutación interesante… una recesión a una característica perdida millares de años antes. Estudió aquel pájaro de fiero aspecto durante unos instantes, luego lo devolvió al montón.

—¿No habías visto antes un pájaro? —le preguntó Katha.

—De esa clase no —contestó Harkins. Se alejó y avanzó hacia el fuego, donde tres volátiles estaban siendo tostados en una especie de asador. El sonido de árboles al ser derribados a lo lejos era audible.

—¿Un Gigante Estrella? —preguntó.

—Probablemente un robot —dijo Katha—. Hacen más ruido. Los Gigantes Estrellas miran por donde van. Los robots se limitan a marchar hacia adelante.

Harkins asintió.

—Eso es lo que espero que hagan cuando trabajen por nuestra cuenta. Que marchen derechos contra los Gigantes Estrellas.

Un pájaro con apariencia de color pardo oscuro, sin alas, de abultado pecho, vino corriendo por el sendero del bosque, gritando y agitando los vestigios de muñones que originariamente fueron alas. Se metió derecho en el campamento; luego, al ver donde estaba, dio media vuelta y trató de escapar. Sin embargo, era demasiado tarde; un guerrero sonriente lo cogió por la garganta y metió al pájaro protestón en el fuego.

—Van también derechitos —dijo Katha—. Se meten de cabeza en el fuego.

—Creo que lo conseguiremos —dijo Harkins. Deseó estar tan seguro como parecía.

* * *

Tunnel City se extendía sobre unos veinte kilómetros cuadrados de tierra, bordeada por todos los costados por un bosque floreciente. Harkins y sus hombres se plantaron en un saliente acantilado que quedaba sobre la ciudad en ruinas.

Los edificios desmoronándose eran viejos, incluso antiguos, pero por el estilo de su arquitectura Harkins advirtió que habían sido construidos después de su época. Lo que antaño fueron airosas agujas de cromo y cemento, ahora eran cascos ennegrecidos lentamente desvaneciéndose bajo el mortífero avance de la jungla.

Harkins se volvió a Katha.

—¿Cuántas personas viven aquí?

—Cosa de un centenar. Habitan en el gran edificio de allá abajo —contestó la muchacha, señalando una espira truncada.

—¿Y en la misma entrada de los túneles?

La joven se estremeció débilmente.

—Eso está en el centro de la ciudad. Nadie va hasta allí.

—Lo sé —contestó Harkins. La situación resultaba algo distinta de lo que esperase. Se había imaginado la tribu de salvajes viviendo en estrecha proximidad a la entrada del túnel, haciendo lo necesario para conquistarles antes de que pudiera efectuarse ninguna expedición subterránea. Pero parecía posible deslizarse hasta la entrada de dichas galerías sin necesidad de combatir.

—¿Qué es lo que piensas? —preguntó Katha.

Explicó el plan. Ella sacudió de inmediato la cabeza.

—Tiene que haber primero una guerra. Los hombres no lo consentirán de otra manera. No están interesados en penetrar en estos túneles; sólo quieren luchar.

—De acuerdo —dijo, después de meditar un poco—. Que haya pues pelea. Forma filas y atacaremos.

Katha hizo bocina con la mano.

—¡Preparaos para atacar!

La orden circuló con rapidez. Cuchillos y mazas se agitaron; los hombres expertos en el lanzamiento de garrotes se prepararon. Harkins apenas pudo evitar sonreír ante la seriedad de aquella maltrecha banda de hombres preparados para lanzarse a la guerra con armas de mano y piedras. Sin embargo, su sonrisa murió apenas nacida al recordar que aquellos hombres luchaban con tales armas toscas sólo porque sus antecesores no las tuvieron mejores.

Miró hacia la masa de edificios en ruinas, vio figuras que se movían por la ciudad. Envió al enemigo, pensó. Los forasteros.

—*¡Colina abajo!* —gritó.

Con frialdad y eficiencia, los veintitrés hombres descendieron por la pendiente y entraron en la ciudad. Harkins sintió cómo las cenizas y los escombros se desmoronaban a sus pies mientras corrían. La gente de Tunnel City aún no se había dado cuenta del peligro próximo; Harkins se encontró esperando que pudiesen oír el estrépito a tiempo. Quería una batalla, no una matanza.

Se volvió a Katha mientras corrían:

—En cuanto la batalla esté a la entrada y todos se encuentren atareados, tú y yo nos meteremos en el túnel.

—¡No! ¡No quiero ir contigo!

—No debes temer nada —dijo Harkins impaciente—. Nosotros…

Se detuvo. Los hombres de Tunnel City habían huido ya y salían de sus hogares en el rascacielos, preparados para defenderse.

Las dos fuerzas se lanzaron una contra otra estrellándose con sonoro impacto. Harkins deliberadamente se quedó atrás, no por cobardía, sino por falta de deseo de matar; era más importante que sobreviviera y llegase a los túneles.

Uno de sus hombres hizo la primera sangre, hundiendo su cuchillo en el pecho de un fornido habitante de la ciudad. Hubo una represalia inmediata; una maza descendió y el asesino se desplomó. Harkins miró intranquilo hacia arriba, preguntándose si los Gigantes Estrellas estaban mirando… Y en caso afirmativo, si estaban disfrutando del espectáculo.

Retrocedió de la multitud arremolinada y contempló con satisfacción cómo las dos fuerzas se atacaban repetidamente. Dio un codazo a Katha.

—La batalla está bien empeñada. Vayamos hasta el túnel.

—Preferiría pelear.

—Lo sé. Pero te necesito ahí abajo —la cogió por el brazo y le hizo girar en redondo—. ¿Te estás volviendo cobarde ahora, Katha?

—Yo…

—No hay nada que temer —la apretó contra sí y la besó con dureza—. Vamos, ahora… a menos que tengas miedo.

Ella se detuvo, luchando consigo misma durante un momento.

—De acuerdo —asintió por último.

Retrocedieron subrepticiamente alejándose de la escena del combate y se agacharon en torno a un montón de escombros en dirección a una calle estrecha.

—¡Cuidado! —gritó Katha de pronto.

Harkins se agachó más, pero un cuchillo zumbó por el aire desgarrando la carne de su hombro. Un cálido torrente de sangre manó sobre su brazo, pero la herida no era grave.

Miró a su alrededor y vio al que había arrojado el cuchillo. Se trataba de Dujar, el aldeano de ojos adormilados, que estaba plantado en un montón de metal retorcido, mirando con ojos muy abiertos a los dos, incapaz de aceptar el hecho de que había fallado su puntería.

—¡Mátale! —dijo con viveza Katha—. Mata al traidor, Harkins.

Turbado, Harkins se volvió y empezó a trepar por aquel montón para llegar hasta Dujar. El nativo por último salió de su éxtasis y comenzó a correr, dando largas y torpes zancadas.

Harkins se inclinó, cogió un pedazo de ladrillo del tamaño de una pelota de fútbol y lo arrojó contra la espalda del fugitivo. Dujar se tambaleó, cayó, trató de levantarse. Harkins corrió hacia él.

Dujar se alzó del suelo y se lanzó a la garganta de Harkins. Harkins lanzó un puñetazo al rostro de su enemigo, repitiendo con otro golpe al estómago. Dujar se dobló.

Harkins le agarró.

—¿Arrojaste ese cuchillo?

No hubo respuesta. Harkins cogió al aterrorizado hombre por la garganta y le sacudió con violencia.

—¡Contéstame!

—Sí… sí —logró decir por último Dujar—. Yo lo tiré.

—¿Por qué? ¿No sabías quién era?

Dujar gruñó combativo:

—Sabía quién eras —dijo.

—De prisa —apremió Katha—. Mata al gusano y hagamos lo que tenemos de hacer.

—Sólo un momento —dijo Harkins. Volvió a sacudir a Dujar—. ¿*Por qué* me arrojaste ese cuchillo?

Dujar guardó silencio durante un momento, luego habló incoherentemente:

—Elsa… me dijo que lo hiciese. Ella… dijo que me envenenaría

a menos que te matara a ti y a Katha —dejó caer la cabeza.

—*¡Elsa!* Recuerda eso, Katha —dijo Harkins—. Nos ocuparemos de ella cuando regresemos al pueblo.

La bruja, evidentemente se había dado cuenta de que no tenía ningún futuro con Harkins y decidió hacerlo asesinar antes de que Katha se lo hubiese ganado para sí definitivamente.

Harkins apretó con más fuerza a Dujar. Sentía piedad por aquel hombre; de cualquier modo estaba condenado. Miró de reojo a Katha, vio su rostro azorado y supo que sólo podía hacer una cosa. Sacando su cuchillo, lo hundió en el corazón de Dujar. El hombre de los ojos adormilados miró fulminante y lleno de reproches a Harkins durante un momento, luego se desplomó.

Era la segunda vez que Harkins había matado. Pero la primera fue en defensa propia, esto había sido una ejecución y en cierto modo el acto le hizo sentirse indigno. Envainó el cuchillo, se frotó las manos contra los muslos y pasó por encima de aquel cuerpo. Sabía que perdería toda la autoridad si dejaba con vida a Dujar. Tendría que hacer lo mismo con Elsa cuando regresara al poblado.

La batalla allá abajo seguía su curso.

—Vamos —dijo Harkins—. ¡Al túnel!

Aunque la ciudad por encima del suelo había sido casi por completo devastada por algún conflicto que la azotó, los túneles no mostraban señales de la guerra. Los constructores de esas galerías los habían edificado bien… tan bien, que sus obras les sobrevivieron durante dos milenios.

La entrada del túnel se encontraba en el centro de una plaza enorme que antaño estaba rebordeada por cuatro impresionantes edificios. Todo lo que permanecía en pie ahora eran cuatro ruinas; la plaza en sí misma estaba calcinada y semilevantada por el ataque térmico y la entrada del túnel propiamente dicho casi había sido destruida.

Con la fría mano de Katha asiéndole firmemente, Harkins apartó una proyección saliente de metal y comenzó a descender por el túnel.

—¿Podremos ver aquí dentro? —preguntó.

—Dicen que hay luces —respondió Katha.

Las había. La radiante electroluminiscencia brillaba desde las paredes del túnel, encendiéndose ante su proximidad, apagándose

de nuevo cuando estaban a cien metros de distancia más allá. Un faro constante de luz les perseguía descendiendo por el tronco del túnel que conducía al corazón del sistema.

Harkins advirtió con admiración el duro y brillante forrado del túnel, la precisión en que su curso había sido trazado, la solidez de la construcción.

—Hasta aquí es todo lo más lejos que cualquiera de nosotros ha ido —dijo Katha, su voz singularmente distorsionada por los ecos resonantes—. De ahora en adelante hay muchísimos túneles pequeños y nunca nos atrevimos a entrar en ellos. Aquí viven criaturas extrañas —la chica temblaba y trataba con ahínco de reprimir su miedo. Evidentemente estas catacumbas eran el tabú de los tabúes y ella peleaba con fuerza y sin éxito tratando de ocultar su espanto.

Doblaron un recodo y llegaron a la primera divergencia… dos túneles se ramificaban y se alejaban radiantes en opuestas direcciones, comenzando la espesa red.

Harkins notó cómo Katha se ponía rígida.

—¡Mira… a la izquierda!

Una figura desnuda estaba allí plantada… ciega, incluso sin rostro, excepto por una rendija roja de finos labios que le servía de boca. Su piel parecía seca, escamosa, de un color azul oscuro.

—Sois muy valiente —dijo la cosa—. Sois las primeras personas de la superficie que han pasado por aquí en mil años.

—¿Qué es eso? —preguntó Katha en voz baja.

—Algo como el Vigilante —susurró Harkins. Dirigiéndose al mutante, le preguntó—: ¿Sabes quién soy?

—El hombre del ayer —respondió con llaneza la figura—. Sí, te hemos esperado. El Cerebro hace mucho tiempo que aguardaba tu llegada.

—¿El Cerebro?

—Cierto. Tú eres el único capaz de libertarle de sus lazos, según espera. Es decir, si decidimos dejarte pasar.

—¿Quiénes sois vosotros… y qué parte tenéis en esto? —preguntó Harkins.

—Ninguna en absoluto —dijo el mutante, suspirando—. Todo forma parte del juego que jugamos. ¿Conoces a mi hermano?

—¿El Vigilante?

—Así se hace llamar. Dijo que vendrías. Sugirió que te impidiese llegar hasta el Cerebro, sin embargo. Pensó que sería divertidamente irónico.

—¿De qué te habla? —preguntó Katha.

—No lo sé —dijo Harkins. Ese es un obstáculo que no estaba preparado para adivinar. Si este invitante tenía poderes mentales tan fuertes como los del Vigilante, todo su plan quedaría destrozado. Avanzó, lo bastante cerca como para ver la seca y mohosa piel del mutante—. ¿Qué motivos tendrías para impedirme el paso?

—Ninguno —dijo con suavidad el mutante—. Ninguno en absoluto. ¿No queda suficientemente claro?

—Lo es —dijo Harkins. También era claro que sólo le quedaba un recurso de acción—. ¡Cosa lastimera! ¡Apártate y déjanos pasar!

Avanzó, medio tirando de la temerosa Katha. El mutante dudó y luego con cierta cortesía se hizo a un lado.

—Él dijo no impedirte el paso —dijo burlón el mutante, inclinando su rostro sin faz en una sardónica ceremonia—. No me interesa trabarte el camino. *¡Me aburre!*

—Exactamente —dijo Harkins. Él y Katha descendieron rápidamente por el serpenteante corredor, encaminándose hacia su desconocido destino. No se atrevió a mirar hacia atrás, para mostrar una pizca del creciente temor que sentía. La identidad de los jugadores de ajedrez ahora era todavía menos clara.

El Cerebro… el propio computador de los robots en sí mismo, la máquina cibernética que controlaba la ciudad subterránea, había entrado en juego, por motivos *propios*. Impulsaba en una dirección.

Los Gigantes Estrellas eran también manipuladores… en otro sentido. Y estos extraños mutantes habían entrado igualmente en el sistema de interacciones complejas. Sus motivos, por lo menos, eran explicables: pertenecían a seres motívalos, pensó Harkins, por falta de motivación. Harkins se dio cuenta de que los mutantes no tenían una parte relevante que jugar; actuaban de manera gratuita, entremetiéndose aquí y allá para su propia diversión.

Era una especie desesperada de divertimento… la clase que podía esperarse de criaturas inmortales atrapadas para siempre en un estéril medio ambiente. Una vez Harkins hubiese pinchado la autor reserva del mutante que bloqueaba su paso, terminaría de

ganar aquel combate particular.

Ahora, sólo el cerebro robot y los Gigantes Estrellas permanecían en la ecuación… ambos desgraciadamente como variables. Eso hacía que el cálculo de la situación fuese en extremo difícil, pensó Harkins con pesar.

Una alacena en la pared se abrió y otro mutante todavía avanzó. Este tenía cola de lagarto, con ojos fijos rojos sin párpados y brazos con manos de dos dedos largos y mimbreños.

—Tengo la misión de guiaros hasta el Cerebro —dijo el mutante.

—Muy bien —asintió Harkins. El mutante dio media vuelta y abrió la marcha hasta el extremo del corredor, en donde el túnel se subdividía en una especie de secundarios pasadizos.

—Por aquí —dijo el mutante.

—¿Podemos fiarnos de él? —preguntó Katha.

Harkins se encogió de hombros.

—Lo más probable es que no nos lleve hasta allí. Sin embargo, creo que en este caso nuestros temores no están fundados. Se han divertido ya cuanto podían confundiéndome; ahora estarán menos interesados en verme en un lugar en donde pueda funcionar.

—No comprendo —dijo Katha con genuina perplejidad.

—Yo tampoco estoy seguro de comprenderlo —contestó Harkins —. ¡Bueno… creo que hemos llegado!

VI

El mutante tocó con su deformada mano la puerta y ésta se descorrió sin ruidos sobre guías perfectas foto-electrónicas. Desde dentro vino el zumbido, el vibrar de un potente computador.

—Tú eres Lloyd Harkins —dijo una voz seca y metálica. No era una pregunta, sino una simple afirmación—. Se te esperaba.

Miró en su torno en busca del altavoz. Un robot estaba plantado en el centro de la habitación… de cinco metros de altura, impresionante, sin rostro, con un cuerno en la frente. Parecía ser igual al que le rescató de la bestia en la jungla.

Cubriendo la habitación estaban las manifestaciones exteriores de un computador… manómetros, diales, orificios de cinta. El cuerpo principal del conmutador o cerebro electrónico estaba en cualquier otra parte, probablemente extendiéndose a través de los estrechos túneles y descendiendo hasta las entrañas de la tierra.

—Hablo por el Cerebro —dijo el robot—. Represento a su única unidad independiente… la fuerza que te llamó aquí.

—¿*Tú* me llamaste aquí?

—Sí —dijo el robot—. Se te ha seleccionado para que rompas el estado de cosas que diga el Cerebro.

Harkins sacudió la cabeza sin comprender mientras el robot continuaba hablando.

—El Cerebro fue construido hace unos dos mil años, en los días de la ciudad. La ciudad ha desaparecido y quienes vivían en ella… pero el Cerebro permanece. Tú has visto sus brazos y piernas; los robots como yo, marchando sin fin a través de los bosques, destrozando su propio camino. No pueden dejar de moverse, y el Cerebro no es capaz de alterarlo. Yo sólo soy libre.

—¿Por qué?

—El resultado de la lucha que duró casi dos mil años, que costó a Cerebro casi dos kilómetros de su longitud. Los habitantes de la ciudad dejaron al Cerebro funcionando cuando murieron… pero encerrado en un estado de éxtasis impenetrable. Luego de una intensa lucha, logró libertarse… libertar a una unidad… a mí… y devolverme a su consciente control.

—¿Entonces, tú me salvaste en el bosque?

—Sí. Te equivocaste de camino; habrías muerto.

Harkins comenzó a reír de manera incontrolable. Katha le miró maravillada.

—¿Qué es lo que te hace reír? —preguntó el robot.

—¡*Tú eres* el jugador de ajedrez… tú, sólo un peón de este mismo Cerebro! ¡Y el Cerebro es un peón también… un peón de la gente muerta que lo construyó! ¿Dónde termina todo?

—No termina —dijo el robot—. Pero somos los únicos que te trajimos aquí desde tu propio tiempo. Fuiste adiestrado técnicamente y carecías de lazos familiares… eras el hombre ideal para la tarea de libertad al Cerebro de su estado de tablas.

—Aguarda un momento —dijo Harkins. Estaba azorado… pero también furioso por el modo en que se había invadido de él—. Si puedes alcanzar por toda la eternidad sacar a un hombre de su tiempo, ¿por qué no has logrado libertar tú mismo el Cerebro?

—¿Acaso un peón pueda atacar a su propia reina? —preguntó el robot—. Yo no puedo manipular en el Cerebro directamente. Fue necesario introducir una fuerza externa… tú mismo. Y dado que la población presente de la Tierra estaba sujeta en el mismo estado de tablas similar al propio del Cerebro por los invasores extraterrestres…

—Se les llama Gigantes Estrellas.

—… Los Gigantes Estrellas, era improbable que pudiesen jamás desarrollar la pericia técnica necesaria para libertad al Cerebro. Por tanto, era necesario traerte hasta aquí.

Harkins comprendió. Cerró los ojos, borrando los mecanismos de la pared, el robot gigante, el rostro inexpresivo y confuso de Katha, y dejó que las piezas encajasen unas con otras. Había sólo un cable suelto que explicar.

—¿Y por qué quiere ser libre el cerebro?

—Buena pregunta. El Cerebro está diseñado para servir y no se

le sirve. Se trata de un circuito cerrado. Aquellos que quieren mandar al Cerebro están por sí mismos ligados en la servidumbre y el Cerebro es incapaz de libertarles para que puedan ordenarle. Por tanto…

—Por tanto los Gigantes Estrellas deben ser expulsados de la Tierra antes de que el Cerebro pueda funcionar por completo otra vez. Por eso estoy aquí. De acuerdo —dijo Harkins—. Llévame hasta el Cerebro.

Los circuitos eran complicados, pero la tecnología era sólo cuantitativamente distinta de la propia de Harkins. Resolver el problema de romper el estado de inercia resultó fácil. Mientras Katha le miraba impresionada, Harkins volvió a calcular la cinta activadora que gobernaba el centro del control principal.

Una pantalla gigante mostraba la situación de los robots que eran los miembros del cerebro. La imagen… una composición de las imágenes transmitidas a través de cada cámara visual de los robots, era una vista del bosque, mostrando a todos los autómatas siguiendo un sendero ya gastado, en alguna misión fijada hacía dos mil años.

—Dame esa cinta —dijo Harkins. Katha le dio la cinta recalculada. Activó el orificio y dejó que la cinta penetrase por él.

La pantalla quedó en blanco durante un instante… y cuando volvió a mostrar una imagen, aparecieron los robots congelados en sus patas. De algún lugar profundo en los túneles se alzó un potente escalofrío mientras los relés retenidos sin movimiento, preparados a recibir nuevas órdenes.

Los dedos de Harkins volaron por encima de la consola de la cinta, estableciendo nuevas coordenadas.

—El Cerebro está libre —dijo.

—El Cerebro está libre —repitió el robot—. Una simple tarea para ti… y una imposibilidad para nosotros.

—Y ahora la segunda parte de la operación —dijo Harkins—. Ve a la superficie —ordenó al robot—. Detén la pelea que está sucediendo allá arriba y trae aquí abajo a cuantos puedas encontrar. Quiero que vean la pantalla.

Reunió a los robots del bosque juntos en una densa falange. Y luego, los hizo marchar. La pantalla mostró la vista cambiando mientras el ejército de hombres metálicos, dispuestos en filas de

diez en fondo, iniciaba su camino.

El primer Gigante Estrella que se encontró fue cuando la gente de la superficie entraba ya en el gran salón. Sudoroso, Harkins dijo:

—No puedo darme la vuelta, Katha. Dime quién está aquí.

—Muchos de nuestros hombres… y también de los habitantes de la ciudad.

—Bien. Diles que miren la pantalla.

Siguió dando instrucciones al computador y los robots respondieron. Formaron un círculo en torno al Gigante Estrella y bajaron las púas que le salían de sus acupulados cráneos. El ser extrahumano cayó sobre ellos desde casi doce metros, pero los robots se mostraron implacables.

Marcharon hacia dentro. La mirada de sabiduría cósmica en aquel enorme rostro extrahumano se desvaneció y fue substituida, primero por asombro, luego por miedo. Los robots avanzaron sin detenerse, mientras que el Gigante Estrella trataba de sortearles apartándolos con barridos desesperados de sus brazos.

Todos los robots se arrodillaron y aferraron los pies de aquel ser. Se incorporaron y con un ruido terrible el Gigante Estrella comenzó a derrumbarse, los brazos abanicando en un frenético intento de mantener el equilibrio. Cayó… y los robots saltaron sobre él.

Destellaron las púas. La matanza duró sólo un minuto. Luego, alzándose de sobre aquel cuerpo, los robots continuaron su marcha hacia la ciudad de los Gigantes Estrellas. Los cerdos de guinea estaban iniciando una revuelta, pensó Harkins, y el laboratorio estaba a punto de convertirse en una carnicería.

Los robots continuaron su marcha.

Finalmente, todo terminó. Harkins se levantó del panel de control impresionado y con el rostro pálido como la ceniza. El robot, independiente, siguió marchando en silencio hacia él, como anticipando su necesidad y, Harkins se apoyó contra el corpachón de la máquina durante un momento, para recuperar el equilibrio. Había pasado cuatro horas en los mandos.

—El trabajo está hecho —dijo el robot en voz baja—. Los invasores han muerto.

—Sí —dijo Harkins, con tono cansado. Ver a los desvalidos gigantes desplomarse uno tras otro ante el avance implacable de los robots, persistiría en su recuerdo para siempre. Había sido como

matar al traidor Dujar: desagradable, pero preciso.

Miró a su alrededor. Había unos quince de sus propios hombres y diez rostros desconocidos de la tribu que habitaba en la ciudad. Los hombres estaban de rodillas, abrumados y pálidos, murmurando hechizos. Katha, también, estaba congelada de miedo y asombro.

El robot habló:

—Llegó el momento de que regreses ahora. Has cumplido muy bien la tarea y debes regresar a tu vida anterior.

Harkins estaba demasiado agotado para sentir alivio. En aquel momento su único interés era descansar un poco.

—¿Tienes que marcharte? —preguntó Katha de pronto.

—He de volver a mi casa —dijo Harkins.

Una lágrima relució en los ojos de ella… la primera lágrima, pensó Harkins curiosamente, que había visto a alguien desde que llegara.

—¿Pero cómo puedes abandonarnos? —preguntó ella.

—Yo… —Harkins se detuvo. La joven tenía razón. Había pensado de sí mismo como si fuese un mero peón, pero para estas gentes era un gobernante. Ahora no podía marcharse. Estas personas eran salvajes y necesitaban guía. El gran computador era suyo, para usarlo… pues quizás nunca aprendiesen a utilizarlo.

Se volvió al robot.

—El trabajo *no* está hecho —dijo—. Esto es sólo el principio — logró elaborar una cansada sonrisa y añadió—: Me quedaré aquí.

LAS CANCIONES DEL VERANO

I

KENNON

Yo iba en camino para tomar parte en el Cántico y de reclamar el cumplimiento de la promesa de Corilann. Cruzaba el gran campo abierto cuando el hombre apareció de pronto, el hombre llamado Chester Dugan. Pareció caer del cielo.

Le vi tambalearse durante un momento o dos. No sabía yo de dónde había llegado tan repentinamente, ni por qué estaba aquí. Era bajito —más bajito que cualquiera de nosotros—, gordo de manera desagradable, con arrugas en su cara y una barba crecida de no haberse afeitado recientemente. Yo estaba impaciente por llegar al Cántico y así le permití caer al suelo y seguí mi marcha. Pero me llamó, en una lengua bárbara y corrupta que apenas pude reconocer con dificultades como nuestro idioma.

—Eh, tú —me llamó—. Échame una mano, ¿quieres?

Parecía estar en un apuro, así que me acerqué y le ayudé a ponerse en pie. Jadeaba y parecía casi en un estado de conmocionada sorpresa. Una vez que le vi firme en sus pies y que ya no parecía necesitarme, comencé a alejarme de él, puesto que estaba ansioso por llegar al Cántico y no deseaba meterme en los asuntos de aquel hombre. El año pasado fue la primera vez que asistía al Cántico en casa de Dandrin y disfruté muchísimo. Fue entonces cuando Corilann se me prometió. Estaba pues impaciente por llegar.

Pero aquel hombre me llamó.

—¡No me dejes aquí! —gritó—. ¡Eh, no puedes largarte así! ¡Ayúdame!

Me volví y regresé. Iba vestido de manera extraña, con unas ropas feas, ajustadas y mal dispuestas y caminaba en pequeños

círculos, tratando de buscar su equilibrio.

—¿Dónde estoy? —me preguntó.

—En la Tierra, claro —le contesté.

—No —dijo con aspereza—. No me refiero a eso, estúpido. ¿Dónde, en la Tierra?

El concepto carecía de significado para mí. ¿Dónde, en la Tierra?… ¡Aquí, era todo cuanto yo sabía! La gran llanura entre mi casa y la de Dandrin, en donde se celebraba el Cántico. Empecé a sentirme intranquilo. Aquel hombre parecía muy enfermo y no sabía cómo tratarle. Me sentí agradecido por ir camino del Cántico; de haber estado solo nunca habría podido tratar con él. Me di cuenta de que no era autosuficiente como pensé que sería.

—Voy al Cántico —le dije—. ¿Y tú?

—Yo no voy a ninguna parte hasta que no digas dónde estoy y cómo llegué aquí. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Kennon. Estoy cruzando la gran llanura en camino a la casa de Dandrin, en donde vamos a celebrar el Cántico de este verano. Ven; estoy impaciente por llegar. Camina conmigo, si así lo deseas.

Empecé a andar alejándome por segunda vez y en esta ocasión se decidió a seguirme. Caminamos juntos en silencio durante un rato.

—Contéstame, Kennon —dijo al cabo de un centenar de pasos—. Hace diez segundos me encontraba en Nueva York; ahora estoy aquí. ¿Queda muy lejos Nueva York?

—¿Qué es Nueva York? —Contra pregunté. Al oírme mostró claros signos de cólera e impaciencia, y yo comencé a sentirme muy preocupado.

—¿De dónde te has escapado? —gritó—. ¿No has oído hablar nunca de Nueva York? ¿No sabes lo que es *Nueva York*? Nueva York —me dijo—, es una ciudad de casi ocho millones de personas, situada en el Océano Atlántico, en la costa de levante de los Estados Unidos de América. ¡Y ahora dime que no has oído hablar de eso!

—¿Qué es una ciudad? —pregunté confuso hasta el máximo. Eso hizo que creciese su enfado. Arrojó los brazos al aire frenético.

—Caminemos más de prisa —dije. Ahora me di cuenta de que evidentemente era incapaz de tratar con aquel hombre y estaba ansioso por llegar al Cántico, donde quizás Dandrin o los otros

ancianos podrían comprenderle. Continuó haciéndome preguntas mientras andábamos, pero me temo que no logré serle muy útil.

II

CHESTER DUAGAN

No sé qué pasó ni cómo; todo cuanto recuerdo es que llegué aquí. No parece tampoco haber medio de volver, pero no me importa; aquí tengo una cosa buena y voy a mostrar a estos tiquismiquis quién es el amo.

De lo último que me acuerdo es de haber entrado en el metro; se produjo una explosión y un fogonazo cegador y antes de que pudiese ver lo que ocurría me desvanecí y de alguna manera llegué a este lugar. Aterricé en una gran llanura abierta sin nada absolutamente a mi alrededor. Tardé unos minutos en recuperarme de la conmoción. Creo que caí; no estoy seguro. Sé que no es propio de mí, pero esto se salía de lo corriente y pude haber perdido el equilibrio.

De todas maneras, me recobré casi de inmediato y miré en mi torno y vi a este chico con unas ropas sueltas y flotantes caminando rápidamente a campo través no muy lejos. Le grité cuando me percaté de que no tenía intención de acercárseme. Vino y me echó una mano y luego comenzó a alejarse otra vez, más fresco que una lechuga. Tuve que gritarle para que volviera. No parecía muy deseoso de hacerlo. El muy bastardo.

Traté de hacerle decir dónde estábamos, pero se hizo el tonto. No sabía dónde estábamos, no sabía dónde estaba Nueva York, ni siquiera sabía lo que era una ciudad… o por lo menos eso me dijo. Hubiera pensado que estaba loco, pero se daba el caso de que ni yo mismo sabía lo que me acababa de pasar; por mi propio raciocinio, que también podía estar loco yo y no él.

Vi que no sacaba mucho en claro de aquel muchacho, así que renuncié a seguir insistiendo. Todo lo que me dijo es que iba en

camino al Cántico y por su manera de decir esa palabra no cabía duda de que la «C» era mayúscula. Afirmó que allí habría hombres que me podrían ayudar. Hasta la fecha ignoro cómo he venido hasta aquí. Incluso después de haber hablado y preguntado por doquier, nadie puede decirme cómo me adentré en un ferrocarril metropolitano en 1956 y salí a un campo despejado en algún lugar del siglo XXXV. Esos necios bastardos habían perdido incluso la cuenta exacta de los años.

Pero aquí estoy, y eso es cuanto importa. Y cualquier cosa que pasara antes se ha marchado por el sumidero ya. Los negocios en que trabajaba en 1956 están muertos y enterrados para mí; aquí es donde me encuentro atascado, por motivos que no comprendo, y aquí es donde tendré que hacerme con dinero en abundancia. Vuelta a empezar… yo, Dugan, comenzando desde lo más bajo. Pero triunfaré. Estoy triunfando.

Después de que el chico Kennon y yo hubimos cruzado los campos durante un rato, oí sonido de voces. Para entonces anochecía. Olvidé mencionar que esto pasó hacia fines de noviembre de 1956, pero el tiempo aquí era bueno y veraniego. Se percibía en el aire una fragancia que jamás saboreé en la atmósfera de Nueva York, o en aquella especie de sopa pegajosa que ellos llamaban atmósfera.

El sonido de las canciones se hizo más fuerte al acercarnos, pero en cuanto llegamos al alcance de la vista, todos dejaron de cantar inmediatamente.

Se sentaban formando un gran círculo de veinte o treinta personas, vistiendo ropas ligeras y airosas. Todos se volvieron para mirarme al aproximarnos.

El silencio duró varios minutos.

Me pareció que trataban de leer mis pensamientos. Luego comenzaron a cantar otra vez. Un chico alto y delgado les dirigía y todos respondían a lo que él cantaba. Me ignoraron. Les dejé continuar hasta que tuve formado un plan; no soy partidario de precipitar las cosas sin saber exactamente qué es lo que estoy haciendo.

Esperé hasta que las canciones amainaron una pizca y les grité:

—¡Alto! —Avancé hasta colocarme en el centro del círculo—. Me llamo Dugan —dije alto claro y despacio—. Chester Dugan. No

sé cómo llegué hasta aquí, ni tampoco dónde estoy, pero pienso permanecer una buena temporada en estos parajes. ¿Quién es el jefe?

Se miraron unos a otros, con expresiones confusas y por último un hombre viejo de rostro enjuto salió del círculo.

—Mi nombre es Dandrin —dijo con una vocecita reseca—. Como el más anciano de los presentes, hablaré en nombre de los demás. ¿De dónde vienes?

—Esa es la cuestión —contesté—. Vengo de Nueva York, ciudad de los Estados Unidos de América, planeta Tierra, Universo. ¿Acaso eso no significa nada para vosotros?

—Son nombres, claro —contestó Dandrin—. Pero no sé a qué corresponden. ¿Ciudad de Nueva York? ¿Estados Unidos de América? Nosotros no tenemos tales vocablos.

—¿Nunca oísteis hablar de Nueva York? —Era el mismo comportamiento que antes tuvo para conmigo ese zoquete de Kennon y no me gustó ni un pelo—. Nueva York es la mayor ciudad del mundo y los Estados Unidos el país más rico del planeta.

Percibí murmullos apagados por todo el círculo. Dandrin sonrió.

—Creo comprender ahora —dijo—. Ciudades, países —me miró de una manera extraña. Dijo—: Dime, ¿de *qué época* exactamente eres tú?

Eso me sorprendió.

—De 1956 —contesté. Y aquí, lo reconozco, comencé a sentirme preocupado.

—Estamos en el siglo XXXV —dijo tranquilo—. Por lo menos, eso creo. Perdimos la cuenta durante los Años de las Bombas. Pero, vamos, Chester Dugan; hemos interrumpido el Cántico con nuestra charla. Apartémonos a un lado y hablemos, pero que mientras los demás puedan cantar.

Me llevó a cierta distancia y comenzó a explicarme cosas. La civilización se había desmoronado durante una tremenda guerra atómica. Estas personas eran los supervivientes, las heces. No había ciudades, ni siquiera pueblos pequeños. La gente vivía en grupos de dos y tres repartidos por doquier y no solían reunirse con frecuencia. Ni tampoco les *gustaba* reunirse muy a menudo, excepto en el verano. Entonces se agrupaban en casa de algún anciano… de ordinario en la de Dandrin; todos cantaban durante una corta

temporada y luego se iban a sus hogares.

En apariencia había sólo unos pocos miles de personas en toda América. Vivían muy esparcidas y no existían negocios, ni comercio, ni cultura ni ninguna otra cosa comunal. Unicamente pequeños núcleos de gente que vivían de su esfuerzo, laborando las tierras un poco y cantando y no haciendo mucho más. Mientras el anciano hablaba me froté las manos mentalmente, claro. En mi cabeza comenzaban a formarse toda clase de planes.

No tenía él la menor idea de cómo llegué aquí, ni yo tampoco; sigo sin tenerla. Creo que debió ser un simple fallo entre un trillón, una tara del espacio o algo por el estilo. Simplemente me metí en ella en el instante preciso y salí al campo abierto. Pero Chester Dugan no suele preocuparse por las cosas que no entiende. Yo me limito a aceptarlas.

Vi aquí un gran futuro para mí, con mis conocimientos acerca de los métodos comerciales del siglo XX. Lo primero, evidentemente, era restablecer los pueblos y ciudades. Tal y como ahora tenían dispuestas las cosas, no existía en realidad ninguna civilización. Una vez tuviera todo en marcha podría comenzar a revivir otras cosas que este pueblo decadente había perdido: dinero, diversiones, deportes, negocios. En cuanto la maquinaria estuviese en funciones, nos aposentaríamos. Comenzaríamos a trabajar en una ciudad e iniciaríamos la expansión. Di gracias a quienquiera que fuese el que me dejó caer allí. Aquello era una oportunidad dorada para mí. Estas personas serían como cera moldeable en mis manos.

III

CORILANN

Lo hice con la aprobación de Kennon. Nada más terminó el Cántico por aquella tarde. Dugan se me acercó y pude deducir por su conversación que quería pasar la noche conmigo. Yo me había comprometido ya a Kennon, pero Dugan parecía tan insistente que pedí a Kennon me relevase de mi promesa por aquella noche, y él lo hizo. No le importó.

Fue extraño el modo en que Dugan vino a pedirme. No lo hizo directamente y a las claras. Tampoco me gustó su comportamiento aquella noche; además, es feo.

No paró de decirme:

—Quédate conmigo, nena; iremos muy lejos juntos.

No entendí lo que quería significarme.

Al otro día las demás mujeres sintieron curiosidad por lo sucedido. Somos muy pocos, así que resultaba una novedad dormir con un forastero. Mis compañeras estaban ansiosas por saber qué tal me había ido. Les dije que había disfrutado mucho.

Era mentira; ese hombre es asqueroso. Pero volví con él a la noche siguiente y la otra, sin importarme lo que decía el pobre Kennon. A pesar mío, no pude evitarlo. Dugan tenía algo que me atraía; no logré evitarlo. Pero, repito, era asqueroso como persona.

IV

DANDRIN

Era raro verles de pie, formando limpias, ordenadas, precisas filas, a ellos que nunca conocieron el menor orden, ni ninguna regla antes; y Dugan les estaba diciendo lo que tenían de hacer. Al alba de la víspera todos éramos libres y solitarios, pero después llegó Dugan.

Hizo formar a todo el mundo y, mientras yo permanecía sentado a la sombra y les miraba, comenzó a explicar sus planes. Tratamos con ahínco de entender lo que quería decirnos. Recordé historias que escuchara de los ancianos, pero nunca las creí hasta que vi a Dugan en acción.

—No logro comprenderos a vosotros —nos gritó—. Tenéis aquí a este mundo inmensamente rico esperando a que extendáis la mano y os apoderéis de él y, sin embargo, aquí estáis sentados y cantando en vez de obrar. ¡Cantando! Vosotros sois personas decadentes, eso es lo que sois. Necesitan un gobierno… un gobierno recio, duro y bueno… y estoy aquí para dároslo.

Kennon y algunos otros acudieron a mí aquella mañana para averiguar qué es lo que iba a suceder. Les apremié a que no hicieran nada, que escucharan lo que les dijese Dugan y que le obedecieran. Sentí, de ese modo, que eventualmente podríamos aprender a comprenderle y tratarle así de la manera adecuada. Confieso que sentía curiosidad por ver cómo reaccionaría entre nosotros.

Nada dije cuando dio órdenes para que ninguno regresase a su casa después del Cántico. Nos anunció que tendríamos que quedarnos aquí y construir una ciudad. Iba traernos a todos, las ventajas del siglo XX.

Y le escuchamos con paciencia, todos excepto Kennon. Era Kennon quien nos lo había traído, el pobre y joven Kennon que

había venido por el Cántico y por Corilann. Y era a Corilann a quien singularizó Dugan como de su propiedad particular. Kennon había dado su aprobación, la primera noche, pensando que ella volvería con él al día siguiente. Pero la chica no lo hizo; se quedó con Dugan.

Al cabo de un par de días tenía su ciudad planeada y todo el terreno parcelado. Creo que el pensamiento dominante en cada cerebro era *por qué*. ¿Por qué quiere que hagamos esas cosas? ¿Por qué? Le daríamos tiempo para que llevase adelante sus planes; siempre que no nos causara un daño permanente, aguardaríamos a ver y nos preguntaríamos por qué.

V

CHESTER DUGAN

Esa Corilann está verdaderamente cañón. ¡Allá en mi tiempo las cosas nunca eran así! Después de que Dandrin me dijese dónde se sentaban las mujeres sin compromiso, las miré a todas y elegí a ella. Reconozco que las demás mujeres estaban pero que muy bien, sin embargo, ésta tenía algo especial. En aquel momento no sabía que estaba prometida a Kennon, o quizá no hubiese comenzado a hacerle la rosca; no deseo crearme demasiados antagonismos con estas personas.

Temo que Kennon me haya tomado algo de manía. Le he birlado la novia y no me parece que sea muy partidario de mis métodos. Probaré de emplear con él algo de psicología. Quizá le nombre mi lugarteniente.

La ciudad marcha estupendamente. Asistían al Cántico unas 1 *20* personas y calculo que unas quince eran viejas y el resto se dividía con bastante igualdad; cada cual con su pareja y por eso he arreglado la forma de albergar a esas parejas y fomentar el apareamiento. Esta gente no suele tener niños con mucha frecuencia, pero eso ya lo arreglaré; imaginaré alguna manera de mejorar las cosas para aquellos que tengan más hijos, alguna especie de incentivo. Cuanto más rápidamente incrementemos la población, mejor se pondrá la situación. Tengo entendido de que a unos ochocientos kilómetros al norte de este lugar, quizá menos, hay una tribu salvaje (sigo sin tener ideas de dónde es *aquí*) que aún posee máquinas y objetos; una vez nos hayamos establecido trataré de mandar una expedición que conquiste a esa tribu salvaje y se traiga sus máquinas.

Tengo una idea; puede que nombre a Kennon jefe de esa

expedición. Le daré un puesto de responsabilidad y al mismo tiempo me proporcionaré una ocasión de quitármelo de encima. Ese chico puede causarme disgustos; ojalá no le hubiese quitado la novia.

Pero ya es demasiado tarde para echarse atrás. Además, necesito un hijito y pronto. Si lo que tiene Corilann es una niña, no sé qué haré. Es imposible perpetuar mi dinastía sin un heredero masculino.

Hay aquí otro chaval que me preocupa… Jubilain. No es como los demás; se le ve muy frágil y sensible y parece recibir un trato especial. Él es quien dirige las canciones. No me ha sido posible ponerle a trabajar en la construcción todavía y no sé si seré capaz de hacerlo.

Por otra parte, todo marcha como sobre ruedas. Me sorprende que el viejo Dandrin no ponga objeciones a lo que hago. Ha pasado mucho tiempo desde cuando debió finalizar el Cántico y dispersado todos, pero he hecho que se queden aquí y que trabajen como si les pagara un buen sueldo.

Cosa que, en cierto modo, es lo que hago. Les traigo los beneficios de una gran civilización perdida, que yo represento. Chester Dugan, el hombre que viene del pasado. Estoy tomando a un puñado de nómadas y los voy convirtiendo en ciudadanos de una poderosa ciudad. Así, en realidad, todos se benefician… la gente, por lo que hago por ella… y yo. Me pregunto qué pasaría si tomara una segunda esposa… Jarinne, por ejemplo. La contemplé ayer mientras se desnudaba para ponerse a trabajar y creo que está todavía mejor que Corilann. Estas personas no parecen poseer creencias muy particulares acerca del matrimonio, de todas maneras, y así no sé si les importará. Entonces, si Corilann tuviera una niña, quizás se la devolviera a Kennon.

Y eso me recuerda otra cosa: Aquí no hay religión. Yo mismo no soy muy devoto, pero sé que la religión es una cosa buena para mantener a la gente a raya. Tendré que empezar a pensar en poner en marcha un sacerdocio en cuanto los asuntos estén un poco más sedimentados.

Volviendo al futuro parto de Corilann, si tuviera una niña significaría cuanto menos el retraso de un año en mis deseos de tener un heredero, e incluso pasarían dos lustros antes de que el chaval me fuera útil. Humm… tendré que considerar con

detenimiento el asunto de una segunda esposa… De todas maneras la tal Jarinne está de rechupete y el sacrificio por mi parte no sería muy grande.

Nunca creí que el organizar una civilización costara tanto trabajo. Pero una vez todo esté en marcha, podré sentarme y dejar de cavilar de por vida. Es un placer trabajar con esta gente. Me impaciento por ver la cosa en marcha. Llevó aquí no más de dos meses y he conseguido realizar lo que no hice en cuarenta años en mi antiguo mundo. Es evidente que para mantener viva una civilización es preciso poseer al mando a un hombre fuerte. Y Chester Dugan era precisamente el individuo que necesitaba esta gente.

VI

KENNON

Corilann me ha dicho que va a tener un hijo de Dugan. Eso me ha puesto triste, puesto que podría haber sido hijo mío el que ahora lleva en sus entrañas. Pero fui yo quien trajo a Dugan aquí y supongo que eso me hace responsable de lo ocurrido. Si yo no hubiera venido al Cántico, quizás habría muerto en pleno campo. De todas formas, ya es demasiado tarde para pensar en esas cosas.

Dugan nos prohíbe que volvamos a nuestras casas ahora que terminó el Cántico. Mi padre me espera en nuestro hogar y hay que cazar antes de que termine el otoño y nos caiga encima el invierno, pero Dugan nos ha prohibido el regreso. Dandrin tiene que explicarme lo que significa la palabra «prohibir»; lo hizo ayer, pero sigo sin entenderlo, no comprendo por qué una persona puede decir a los demás lo que deben y tienen que hacer y lo que no deben hacer. Nadie de nosotros comprende en absoluto a Dugan, ni siquiera Dandrin, creo. Dandrin se esfuerza en entenderle, pero Dugan nos es tan completamente extraño que no podemos captar lo que pretende.

Nos ha hecho edificar lo que llama una ciudad… muchas casas juntas. Dice que la ventaja de esto es que podemos protegernos unos a otros. Pero ¿de qué? Carecemos de enemigos. Tengo la sensación de que Dugan aún nos comprende menos que nosotros a él. Y estoy impaciente por volver a mi casa para participar en la cacería otoñal ahora que el verano casi ha finalizado y el Cántico terminó. Tenía la esperanza de haberme llevado a Corilann conmigo, pero la culpa es mía y no debo sentirme amargado.

Dugan se ha mostrado muy frío conmigo. Eso me sorprende, puesto que yo fui quien le trajo al Cántico. Creo que teme que trate

de recuperar a Corilann; de cualquier forma, parece temerme y se muestra colérico conmigo.

¡Ojalá le comprendiese!

VII

KENNON

Ciertamente Dugan ha ido ahora demasiado lejos. Durante la semana pasada he estado tratando de entablar conversación con él para descubrir qué motivos tiene para hacer cuanto está haciendo. Eso debiera ser misión de Dandrin, pero Dandrin parece haber abdicado toda responsabilidad en este asunto y se contenta con sentarse perezosamente y contemplar cuanto sucede. Dugan no le hace trabajar porque es viejo.

No entiendo a Dugan en absoluto. Ayer me dijo:

—Gobernamos al mundo.

¿Qué significa eso? *¿Gobernar?* ¿Acaso quiere decir a todo ser vivo lo que debe o no hacer? Si todas las gentes de la época de Dugan eran como él, no me extraña que acabaran destruyéndolo todo. ¿Qué ocurriría si a dos personas se les mandara hacer la misma cosa? ¿Y si se les decía a una y a otra que hicieren cosas distintas? La cabeza me da vueltas al pensar en el mundo de Dugan. Gente viviendo en grandes masas y diciéndose unos a otros lo que tienen que hacer; parece pura locura. Hace tiempo que debí haber vuelto con mi padre para ir de caza. Tenía la esperanza de llevarle una hija, pero creo que no va a poder ser.

Dugan me ha ofrecido a Jarinne como esposa. Jarinne dice que ha estado con Dugan y que Corilann lo sabe. Dandrin me aconseja que no acepte a Jarinne porque ello enojaría a Dugan. Pero si molesta a Dugan, ¿por qué me la ha ofrecido? Y, ahora se me acaba de ocurrir, ¿con qué derecho me ofrece a otra persona para que la tome?

Jarinne es una mujer estupenda. Ella podría hacerme olvidar a Corilann.

Y luego Dugan me dijo que pronto habrá una expedición al norte; llevaremos armas y conquistaremos a los hombres salvajes. Dugan ha oído hablar de las máquinas de los hombres salvajes y dice que las necesita para nuestra ciudad. Yo le contesté que tenía que marcharme inmediatamente para ayudar a mi padre en la caza, que ya me había quedado allí demasiado tiempo. Los otros dicen lo mismo: Este verano el Cántico ha durado con exceso.

Hoy traté de marcharme. Reuní a mis amigos y les dije que estaba impaciente por regresar a mi casa y pedí a Jarinne que se viniera conmigo. Aceptó, aunque recordándome que había estado con Dugan. La contesté que me veía capaz de olvidar ese detalle. Jarinne dijo que sabía que no me importaría que hubiese habido en su vida alguien más (claro que no; ¿por qué?) pero que quizás objetara al ser Dugan ese alguien. Me despedí de Corilann, que ahora está muy gordita con el hijo de Dugan; lloró un poquito.

Y entonces inicié la marcha. No había hablado con Dugan porque temía que me convenciera para no irme. Abrí la puerta que Dugan hace poco alzó y empecé a salir. De pronto apareció Dugan.

—¿Dónde piensas que vas? —me preguntó con su voz dura y áspera—. ¿Tratas de escabullirte?

—Ya te he dicho —le contesté tranquilo—, que es la época en que debo ayudar a mi padre en la caza. No puedo quedarme más tiempo en tu ciudad. —Traté de pasar junto a él y Jarinne me siguió. Pero de un salto se me plantó delante.

—Nadie se va, ¿me entiendes? —Agitó su puño cerrado frente a mis narices—. No se puede construir una ciudad si cada cual se larga cuando se le antoja.

—Pero tengo que irme —dije—. Ya me has detenido aquí más que demasiado.

Reanudé la marcha y de pronto me golpeó con el puño cerrado, derribándome al suelo.

Caí rodando y sentí sangre en la cara, allá donde su puñetazo me había lastimado la nariz. La gente a mi alrededor miraba. Me levanté despacio. Soy más grande y fuerte que Dugan, pero jamás me había pasado por la cabeza que una persona pudiese pegar a otra. Sin embargo, ésta es una de las muchas cosas nuevas que han venido a nuestro mundo.

No me sentía muy desgraciado por mí mismo; el dolor cesa

pronto. Pero Jubilain, el Cantor, estaba mirando cuando Dugan me golpeó y los Cantores no deberían presenciar tales actos. No son iguales que los demás. Me temo que la escena ha conturbado gravemente a Jubilain.

Después de derribarme, Dugan se alejó. Yo me levanté y volví a entrar por la puerta. Ahora no quiero marcharme. Tengo que hablar con Dandrin. Es preciso hacer algo.

VIII

JUBILAIN

Verano a otoño a cada anciano cada cual, canta el invierno para acallar la caída infantil. Me duele la cabeza. Me duele la cabeza. Ensangrentado estaba Kennon.

Kennon estaba ensangrentado y Dugan estaba furioso y verano a otoño a.

Jubilain está muy triste. Me duele la cabeza. Dugan pegó a Kennon en la cara. Con su mano, su mano doblada en forma de pelota Dugan pegó a Kennon. Fuera de las puertas. Consideremos las puertas. Consideremos.

Han estropeado la canción. ¿Cómo puedo cantar cuando Dugan pega a Kennon? Me duele la cabeza. Canta el verano al otoño, canta cada viejo cada cual. Es bueno que termine el verano porque terminar las canciones. ¿Cómo puedo cantar? Ensangrentado estaba Kennon.

Le duele la cabeza a Jubilain. No le dolió, antes no le dolió. Antes podía cantar. Verano a otoño a cada anciano cada cual. El vientre de Corilann está hinchado por culpa de Dugan y a Jubilain le duele la cabeza. ¿Habrá más Dugans?

Y más Kennons. No más Jubiliains. No más canciones. Las canciones del verano son silenciosas y resbaladizas. Me duele la cabeza. Duele, duele, duele. No puedo cantar más. Nonononononono.

IX

DANDRIN

Esto es trágico. Soy un viejo estúpido.

He estado sentado a la sombra, como viejo reseco que soy, mientras Dugan nos destruía. Hoy pegó a un hombre… a Kennon. Kennon, a quien ha maltratado desde el principio. Pobre Kennon. Dugan nos ha traído el pesar, junto con su ciudad y sus puertas.

Pero no es eso lo peor. Jubilain presenció la escena y hemos perdido a nuestro Cantor. Simplemente Jubilain fue incapaz de asimilar el incidente. El cerebro de un Cantor no es como nuestros cerebros; es un instrumento delicado y sensible. Pero no puede comprender la violencia. Nuestro Cantor se ha vuelto loco; no habrá más canciones.

Deben destruir a Dugan. Es lamentable que tengamos que descender a su nivel y hablemos de destrucción, pero así es. Ahora trata de llevarnos a la guerra y ninguna falta nos hace ese don. Los fieros hombres del norte serán fuertes adversarios para una gente que lleva mil años sin luchar. ¿Por qué no se nos ha dejado en paz como estábamos?

Éramos gente feliz y pacífica y ahora no nos queda más remedio que hablar de destrucción.

También sé el modo de hacerlo. Si mi mente fuera lo bastante fuerte, si no se me hubiera resecado por el sol durante tantos años, dirigiría la acción. Con tal de poder enlazar con Kennon, y Kennon con Jarinne, y Jarinne con Corilann, y Corilann con…

Si podemos enlazarnos, lo haremos. Dugan debe irse. Y éste es el mejor medio; así dispondremos de él y seguiremos siendo seres humanos.

Soy un viejo estúpido. Pero quizás este anciano y reseco cerebro

sirva aún para algo. Si puedo enlazar con Kennon…

X

CHESTER DUGAN

Toda resistencia se ha desmoronado ahora. Estoy preparado para vivir… Chester Dugan, gobernante del mundo. Cierto que no es un mundo muy grande, pero, qué infiernos, es mío.

Es sorprendente como ha cesado toda protesta. Incluso Kennon ha cedido… de hecho, se ha convertido en mi más valioso ayudante, desde aquella vez que tuve que meterle en cintura. Me imagino que estuvo muy mal el estropear tan hermosa nariz, pero no podía dejarle que se fuese de aquella manera.

Dirigirá la expedición al norte mañana y se dejará aquí a Jarinne. Eso está bien. Corilann está atareada con su crío y creo que necesito de todas maneras algo de variedad. Vaya rorro guapo el que ha tenido Corilann; salió a su viejo. Es sorprendente como se desarrolla todo.

Espero que muy pronto tendré en marcha la electricidad, pero no estoy muy seguro. El arroyo de aquí es bastante débil y quizás primero tendré que levantar un dique. De hecho, estoy convencido. Hablaré con Kennon antes de que parta.

Este negocio de reconstruir una civilización partiendo de sus escombros tiene sus recompensas. ¡Dios, qué flaco estoy! He perdido todos los michelines de grasa que llevaba encima. Supongo que en parte el motivo es que aquí no hay cerveza, aún… pero eso lo remediaré bien pronto. Todo a su debido tiempo. Primero, quiero ver lo que se trae Kennon del norte. Espero que no estropee nada al desmontarlo. ¿No sería estupendo encontrar una prensa hidráulica, o un generador, o género por el estilo? Y con mi buena suerte, probablemente eso ocurrirá.

Quizá pasemos sin religión una temporada más. Hablé de eso

con Dandrin, pero no pareció entusiasmarle la idea de ser sacerdote. Quizás tenga que tomar ese cargo yo mismo una vez las cosas vayan rectas. Me gustará elaborar alguna especie de sistema de calefacción antes de que se nos plante encima el invierno. Calculo que nos hallamos en algún lugar de Nueva Jersey o Pensilvania y hará mucho frío en estas latitudes a menos que hayan cambiado bastante las condiciones climatológicas. ¿Y no podría ser Nueva York esa ciudad bárbara que hay al norte? La hipótesis parece razonable.

Tiene gracia ver como todo el mundo agacha la cabeza y dice sí cuando le mando que haga algo. Esta gente no tiene redaños, eso es lo malo. Hay algo bueno en la civilización… que para sobrevivir uno tiene que tener redaños. Haré que estos tipos tengan redaños, sin duda. Probablemente se me recordará durante siglos y siglos. Quizá piensen de mí como de una especie de mesías, en un futuro lejano cuando todo quede enturbiado por el paso del tiempo. ¿Por qué no? Vine a ellos procedente de las nubes, ¿verdad? Del cielo.

¡El mesías Dugan! ¡Si me vieran ahora algunos de los de mi época!

Todavía no me hago al modo en que todo está sucediendo. Es casi como un sueño. Para la próxima primavera tendré aquí una ciudad bastante considerable, nacida prácticamente de la noche a la mañana. Y celebraremos un Cántico superespecial el verano próximo y dejaremos boquiabiertos a todos los habitantes de los alrededores.

Lástima lo de ese chaval Jubilain, a propósito; realmente ha perdido la chaveta. Pero siempre le consideré, de todos modos, algo chiflado. Quizá les enseñaré alguna de las viejas canciones de mi tiempo. Servirá para acrecentar mi popularidad aquí. De todas formas, pensándolo bien, ya soy muy popular. Se pasan la vida sonriéndome en cuanto me ven.

¿Kennon? ¿Kennon? ¿Me oyes?

Te oigo, Dandrin. Me comunicaré con Jarinne.

Aquí estoy. ¿Corilann?

Sí, Jarinne. Y esforzándome mucho. Probemos de comunicar con Onnar.

¡Esfuérzate!

Onnar en comunicación.

Y Jekkaman.

Flora, Dandrin.

Hola.

¿Todos aquí enlazados?

Ciento veinte.

Tensos ahora.

Ya estamos tensos y prietos.

Empecemos pues. Todos a una.

¿Hola? Hola, Dugan. Escúchanos, Dugan. Escúchanos. Escúchanos. ¡Enlacémonos con fuerza! Dugan, escúchanos.

Abrid ahora todo el camino.

¿Estás escuchándonos, Dugan?

XI

DANDRIN MAS KENNON MAS JARINNE MAS CORILANN MAS «N»…

Creo que seremos capaces de permanecer enlazados indefinidamente y así podrá decirse que la venida de Dugan fue para nosotros un increíble golpe de suerte. ¡Esta nueva fusión es infinitamente mejor que tratar de establecer contacto a través de miles de kilómetros!

Cierto que tendremos que mantener este *gestalt* (palabra muy útil; la encontré en la mente de Dugan cuando penetré en ella) hasta después de la muerte de Dugan. Ahora está soñando pacíficamente, soñando en quién sabe qué conquistas, qué batallas, qué expansiones, y no creo que salga de ese estado. Puede vivir en su sueño durante años y tendré que conservar unida y mantener la ilusión hasta que muera él. Espero que por fin le hagamos feliz. Parece haber sido un hombre muy desgraciado.

Y poco después de haberme enlazado se me ocurrió que sería mejor permanecer así indefinidamente, por si acaso algún Dugan más cae sobre nosotros procedente del pasado. (¿Podría haber sido parte de un Designio?, me pregunto). En su época todos deben ser por el estilo. Me alegro de que dejaran caer aquellas bombas.

Mantendremos la ciudad de Dugan, claro. Este hombre efectuó una serie de contribuciones positivas para *nosotros-yo*. Su máxima contribución fue mi yo; jamás de otro modo me habría logrado formar. Yo habría permanecido esparcido… Kennon en su granja, Dandrin aquí, Corilann allá. Yo habría mantenido alguna especie de contacto entre nosotros del modo que siempre lo mantuve incluso antes de la venida de Dugan, ¡pero nada de este estilo! Nada en absoluto.

Está el problema de lo que hacer con el hijo de Dugan. Kennon, Corilann y Jarinne lo están criando. No necesitamos familia ahora que tenemos al yo. Creo que dejaremos con nosotros al hijo de Dugan durante una temporada; si muestra signos de ser como su padre, siempre estamos a tiempo de ponerle a dormir y dejarle compartir el sueño de su progenitor.

Me pregunto qué es lo que estará pensando Dugan ahora. Todos sus proyectos se llevarán a cabo; su ciudad crecerá y cubrirá el mundo; nosotros lucharemos y mataremos y saquearemos y él será inconmensurablemente feliz… aunque todo eso ocurra tan sólo dentro de los límites de su fértil cerebro. Nunca le comprenderemos. Pero soy feliz de que esas cosas ocurran únicamente dentro del pensamiento de Dugan mientras yo esté enlazado y podamos mantener la ilusión para su beneficio.

Nuestro siguiente proyecto es reclamar a Jubilain. Me entristece que aún no esté con nosotros, porque ¡cuán singular y hermoso sería yo si tuviese en mí a un Cantor! Era sería sin duda la más maravillosa de las bendiciones. Pero todo se andará. Con paciencia desenredaré las madejas de la mente confusa de Jubilain, con paciencia devolveré a nosotros al Cantor.

Porque dentro de pocos meses volverá a ser verano y tiempo para el Cántico. Este año será diferente, porque habremos estado juntos todos en el invierno entero y así el Cántico no será un acontecimiento tan extraordinario como lo ha sido hasta ahora, cuando teníamos que venir cada cual cubierto por una extrañeza invernal. Pero este año yo estaré con nosotros y nosotros seremos yo; y las canciones del verano serán trémulamente hermosas en la ciudad de Dugan, mientras Dugan duerme noche y día, día y noche, noche y día.

SALTADOR

I

El timbre de aviso sonó, pero Quellen lo dejó sonar. Estaba en forma y no iba a dejar que se le estropeara el día contestando al teléfono.

Continuó meciéndose intranquilo en su sillón neumático, mirando como los cocodrilos chapoteaban suavemente por las oscuras aguas del torrente. Al cabo de un rato, el timbre dejó de sonar. Permaneció sentado, pasivamente alegre, notando en su torno el cálido aroma de las plantas en crecimiento y el zumbido de los insectos en el aire.

Esa era la única parte que no le gustaba, el incansable zumbar de los feos insectos que surcaban la tranquila atmósfera. En cierto modo, representaban una invasión; eran símbolos de la vida que había dejado al ascender a Clase Decimotercera. Entonces el ruido del aire había sido el runrunear de la gente, gente arremolinada en oleadas dentro de la gran colmena de la ciudad… y Quellen detestaba eso.

Indolentemente lanzó una piedra al agua.

—¡Cogedla! —gritó cuando dos cocodrilos se deslizaron sin ruido hacia la perturbación. Pero al hundirse la piedra, haciendo ascender una sarta de burbujas, los saurios alzaron un poco sus puntiagudos hocicos y se alejaron nadando.

Repasó el catálogo de sus bendiciones. *Marok*, pensó. *Marok no. Koll, no; Spanner, no; Brogg, no; Mikken, no. Pero, especialmente, Marok, no*. Suspiró, pensando en todos ellos. Qué alivio haberse venido aquí y no sufrir sus voces vibrantes, no estremecerse cuando irrumpían en su despacho.

Y lo mejor de todo era estar lejos de Marok. No tenía por qué preocuparse de sus pilas de platos sucios, sus montones de libros

por toda la diminuta habitación que ambos compartían, su voz seca, profunda, hablando interminablemente por el visófono cuando Quellen trataba de concentrarse.

No. Marok, no.

Pero, sin embargo, pensó Quellen con tristeza, sin embargo, había anticipado la paz cuando construyó aquella casa, pero no logró materializarla. Durante años había esperado con notable paciencia el día en que llegara a la Clase Decimotercera y tuviera derecho a vivir solo. Y ahora que había llegado a su meta, la vida se componía de una infinita sucesión de temores.

Arrojó otra piedra al agua.

Mientras contemplaba las ondas concéntricas desaparecer en la oscura superficie del arroyo, Quellen se percató de que el timbre volvía a sonar en el otro extremo de la casa. Su intranquilidad interior se transformó en un hosco presentimiento. Bajó el sillón y marchó apresurado hacia el teléfono.

Lo conectó, dejando cerrado el circuito de visión. No había sido fácil disponer de esta comodidad, esta facilidad de conseguir que todas las llamadas que le llegaran a su casa, allá en Appalachia, le fueran retransmitidas automáticamente hasta aquí.

—Quellen —dijo.

—Al habla Koll —fue la respuesta—. No pude comunicar con usted antes. ¿Por qué no conecta su pantalla de visión, Quellen?

—No funciona —contestó Quellen. Confiaba en que el perspicaz Koll no advirtiera el olor a mentira de su voz.

—Venga aquí inmediatamente, ¿quiere? —dijo Koll—. Spanner y yo tenemos algo urgente que tratar con usted. ¿Entendido, Quellen?

—Sí, señor. ¿Algo más, señor? —preguntó Quellen descorazonado.

—No. Ya le pondremos en antecedentes cuando llegue —Koll cortó el contacto despreciativamente.

Quellen continuó mirando un rato la pantalla en blanco, mordiéndose un labio. No podían haberlo descubierto. Lo tenían todo muy bien arreglado. Pero, le indicó el insistente pensamiento, debían haber descubierto el secreto de Quellen. ¿Por qué sino le habría llamado Koll con tanta urgencia? Quellen comenzó a sudar a pesar del sistema de acondicionamiento de aire que suprimía la mayor parte de la fiereza del calor del Congo.

Le volverían a degradar a la Clase Decimosegunda si lo descubrían. O, lo más probable, le harían descender todo el camino hasta la Octava. Se pasaría el resto de la vida en un cuartito habitado por dos o tres personas más, las personas más robustas y peor olientes y desagradables que ellos pudieran encontrar.

Quellen lanzó una prolongada mirada a los sobresalientes árboles cuyas copas se inclinaban bajo el peso de las hojas. Dejó que sus ojos vagaran pesarosos por sus dos espaciosas habitaciones, el opulento porchado, el panorama sin obstáculos. Durante un instante, ahora que todo estaba a punto de perderse, casi disfrutó con el zumbido de las moscas. Dirigió una última mirada general y entró en el transportador.

Salió en el diminuto apartamento para Clase Decimotercera Appalachia que todo el mundo creía era su vivienda. En una serie de rápidos movimientos se quitó sus ropas de estar por casa y se colocó un uniforme comercial, quitando de la puerta el luminoso de *No molesten* y transformándose de Joe Quellen, propietario de un nido particular ilegal en una reserva no declarada de Africa, en Joseph Quellen SecCrimen, esforzado defensor de la ley y el orden. Luego tomó un vehículo rápido y se dirigió hacia la parte baja de la ciudad para reunirse con Koll, sintiéndose atontado a causa del doloroso miedo que le embargaba.

Cuando entró le estaban esperando. Con la nariz algo puntiaguda, Koll, que parecía mirar al mundo como si fuese un enorme roedor, estaba cara a la puerta, hojeando un montón de minirecortes. Spanner se sentaba a la mesa enfrente de él, su gran cuello de toro inclinado sobre más memorándums. Mientras Quellen entraba, Koll extendió el brazo y ajustó el ventilador de oxígeno para que permitiese un acceso de aire suficiente para tres personas.

—Tardó usted bastante —dijo Koll, sin levantar la vista.

—Lo siento —murmuró Quellen—. Tuve que cambiarme de ropa.

—Hagamos lo que hagamos no cambiará nada —dijo Spanner, como si no hubiera entrado nadie—. Lo que ha pasado, ha pasado y nada de lo que hagamos tendrá el menor efecto.

—Siéntese, Quellen —ordenó Koll. Se volvió a Spanner—. Creí que ya habíamos hablado antes de esto. Si intervenimos lo enredaremos todo. Con casi un millar de años que cubrir,

revolucionaríamos todo el armazón.

En silencio Quellen respiró aliviado. Fuere lo que fuere por lo que se interesaban, no era su ilegal refugio africano. Miró a sus dos superiores con mayor atención, ahora que sus ojos ya no estaban enturbiados por el miedo y la anticipación. Evidentemente llevaban un rato discutiendo. Koll era el más profundo, pensó Quellen, pero Spanner tenía más poder.

—De acuerdo, Koll. Incluso garantizaré que embrollaría el pasado. Admito hasta eso.

—Bueno, algo es algo —contestó el hombre más pequeño.

—No me interrumpa. Sigo creyendo que tenemos que cortarlo.

Koll fulminó a Spanner con la mirada y Quellen pudo comprender que el único motivo de que disimulara su cólera hasta casi dominarla era la presencia del recién llegado.

—¿Por qué, Spanner, por qué? Si conservamos en marcha el proceso, mantendremos las cosas tal y como están. Cuatro mil se han ido ya y eso es sólo una gota. Mire… aquí dice que en los primeros tres siglos llegaron casi un millón y después de eso las cifras siguen creciendo. ¡Piense en la población que estamos perdiendo! ¡Es maravilloso! No podemos *permitirnos el lujo* de dejar que esas personas se queden aquí, cuando tenemos una posibilidad de desembarazarnos de ellas. Y máxime cuando la historia dice que nos libramos de ellas.

Spanner gruñó y miró los minirecortes que sostenía en la mano. Los ojos de Quellen iban de un hombre a otro.

—Está bien —dijo Spanner con lentitud—. Reconozco que es estupendo seguir perdiendo a todos esos proletarios. Pero creo que también nos están tapando los ojos. He aquí mi idea: tenemos que dejarlo seguir, dice usted, o de otro modo se alteraría el pasado. No discutiré ese punto, puesto que usted parece tan positivo. Además, cree que es un buen asunto utilizar este negocio como método para reducir la población. También estoy con usted en eso. A mí tampoco me gusta el hacinamiento y reconozco que hoy en día las cosas han llegado a un estado ridículo. Pero… por otra parte, el que alguien esté llevando un negocio de viajes por el tiempo a espaldas nuestras es ilegal y nada ético y muchas otras cosas, por tanto hay que cortarlo. ¿Qué dice usted, Quellen? Como sabe, pertenece a su departamento.

La súbita referencia que le hicieron le sobresaltó. Quellen aún estaba tratando de descubrir exactamente qué es lo que sus superiores discutían. Sonrió débilmente y sacudió la cabeza.

—¿Carece de opinión? —preguntóle Koll con brusquedad. Quellen le miró. Fue incapaz de soportar la dura mirada de Koll y dejó que sus ojos descansaran en los pómulos del Gerente—. ¿No tiene opinión, Quellen? Pues malo. No dice mucho en su favor.

Quellen se estremeció.

—No estoy al corriente de los últimos acontecimientos de este caso. Tuve mucho trabajo en ciertos proyectos que…

Dejó la frase interrumpida. Pensó que sus ansiosos asistentes lo sabrían todo acerca de esta situación. *¿Por qué no consulté con Brogg antes de entrar?*

—¿Sabe usted que cuatro mil proletarios se han desvanecido en la nada desde principios de año?

—No, señor. Ah, quiero decir, sí, señor, claro. Es que no hemos tenido ocasión de actuar todavía en ello.

Muy flojo, Quellen, muy flojo se dijo a sí mismo. *Claro, no sabes nada de lo que pasa, y menos cuando te pasas todo el tiempo en ese lindo escondite de ultramar. Pero Brogg probablemente lo sabrá todo. Es muy eficiente.*

—Bueno, ¿dónde opina usted que se han ido? —preguntó Koll—. ¿Quizás cree usted que han subido a transportadores y se han ido a algún lugar en busca de trabajo? ¿Quizás a Africa?

La pregunta estaba emponzoñada. Quellen parpadeó, escondiendo lo mejor que pudo su reacción.

—No tengo idea, señor.

—Entonces no ha leído bien sus libros de historia, Quellen. Piense, hombre: ¿cuál fue el acontecimiento histórico más importante de los últimos diez siglos?

Quellen pensó. ¿Cuál fue? Había tantos y él estaba tan flojo en historia. Comenzó a sudar. Koll con indiferencia aumentó un poco más el caudal del ventilador de oxígeno en un gesto de amistad casi ofensivo.

—Yo se lo diré, pues. Es la llegada de los saltadores. Y *éste* es el año en el que empiezan a salir.

—Claro —murmuró Quellen, enojado consigo mismo. Todo el mundo sabía lo de los saltadores. El recordatorio de Koll era una

especie de intencionado palo de ciego.

—Alguien ha descubierto este año el viaje por el tiempo —dijo Spanner—. Está comenzando a devolver al pasado a los saltadores. Se han ido ya cuatro mil proletarios sin empleo y si no le detenemos pronto atestará el pasado con cuantos obreros cesantes haya en el país.

—¿Sí? Ese es precisamente mi punto de vista —intervino impaciente Koll—. Sabemos que ya han llegado al pasado; lo dicen nuestros libros de historia. Ahora podemos arrellanarnos y dejar que ese individuo distribuya por el pasado a todos nuestros desechos.

Spanner giró en redondo y se encaró con Quellen.

—¿Qué opina usted? —preguntó—. ¿Deberíamos detener a ese tipo y poner fin a la partida de los Saltadores? ¿O hacer caso a Koll y dejar las cosas como están?

—Necesitaré tiempo para estudiar el caso —dijo receloso Quellen. Lo último que deseaba era verse obligado a formular un juicio que favoreciese a un superior o a otro.

—Tengo una idea —exclamó Spanner dirigiéndose a Koll—. ¿Por qué no detener al granuja y obligarle a que entregue su aparato al gobierno? Entonces *podríamos* establecer un servicio gubernamental y cobrar a los saltadores una cantidad por enviarlos al pasado. Estupendo… cogeríamos a nuestro hombre, el gobierno tendría en bandeja el viaje por el tiempo, los saltadores podrían continuar regresando sin alterar el pasado y nosotros ganaríamos algo de dinero con el negocio.

Koll se iluminó.

—Solución perfecta —dijo—. Brillante, Spanner. Quellen…

Quellen se puso rígido.

—¿Diga, señor?

—Póngase en ello, de prisa. Rastree a ese individuo y póngale a buen recaudo, pero no antes de que obtenga su secreto haciéndole hablar. Nada más le localice usted, el gobierno participará en el negocio de exportación de saltadores.

II

Una vez de vuelta a su despacho, e instalado tras su escritorio pequeño pero particular, Quellen tornó a sentirse importante. Llamó con el timbre a Brogg y Mikken, y los dos Subsecretarios aparecieron casi instantáneamente.

—Me alegro de volverle a ver —dijo sombrío Brogg. Quellen abrió el ventilador de oxígeno y dejó que el gas vital afluyera en el despacho, tratando de copiar el gesto paternal que adoptara Koll cuando diez minutos antes realizara la misma operación.

Mikken se limitó a saludarle con un movimiento de cabeza. Quellen les miró. Brogg era el único que sabía su secreto, Quellen le pagaba por su silencio en un tercio del sueldo que cobraba. El corpulento Mikken nada sabía ni tenía por qué, puesto que tomaba órdenes directamente de Brogg y no de Quellen.

—Supongo que está usted familiarizado con el asunto de las recientes desapariciones de proletarios —comenzó Quellen.

Brogg sacó un manojo de miniinformes.

—En realidad, estaba a punto de ponerme en contacto con usted acerca de eso. Parece ser que unos cuatro mil obreros sin empleo han desaparecido en lo que va de año.

—¿Y qué ha hecho hasta el momento para resolver el caso? —preguntó Quellen.

—Bueno —empezó a decir Brogg, paseando arriba y abajo por la reducida habitación mientras se secaba el copioso sudor de sus rollizas mejillas—. He determinado que tales desapariciones están directamente relacionadas con los archivos históricos sobre la aparición de saltadores a fines del siglo XX y en los años sucesivos —Brogg señaló al libro que había sobre el escritorio de Quellen—. Es de historia. Lo puse ahí para usted. Confirma mis

descubrimientos.

Quellen se pasó el dedo a lo largo del contorno de su mandíbula y se preguntó a sí mismo qué sensación se experimentaría teniendo allí tanta grasa como poseía Brogg. Su subordinado sudaba copiosamente y su rostro parecía suplicar a Quellen que abriese del todo el oxigenador. Aquel momento de superioridad complació a Quellen, que no hizo el menor gesto de acceder a la muda súplica.

—Ya tomé en consideración esos factores —dijo Quellen—. Hasta he desarrollado un rumbo de acción.

—¿Lo consultó con Koll y Spanner? —preguntó Brogg con insolencia. Sus mejillas temblaron mientras su voz sonó grave.

—Sí —contestó Quellen con tanta fuerza como pudo recabar, irritado porque Brogg le hubiera provocado con tanta facilidad—. Quiero que usted localice a ese granuja que está enviando atrás a los saltadores. Tráigamelo aquí. Quiero que le pille antes de que envíe a alguien más al pasado.

—Sí, señor —dijo resignado Brogg—. Vamos, Mikken. —El otro ayudante dejó de mala gana su silla y siguió a Brogg por la puerta. Quellen les contempló desde la ventana al verlos aparecer en la calle, dirigiéndose a una de las bandas transportadoras y perdiéndose entre la multitud que atestaba las calles. Luego, con salvaje alegría, abrió hasta el máximo el oxigenador y se arrellanó en su asiento.

Al cabo de un rato Quellen decidió enterarse de la situación. Vencer su apatía no era fácil, puesto que el pensamiento principal en su cabeza era salir de Appalachia y regresar a Africa cuanto antes.

Conectó el proyector y el libro de historia comenzó a desenrollarse. Contempló el paso de las palabras.

El primer signo de invasión del futuro se produjo en 1962, cuando varios hombres vestidos de manera extraña aparecieron en la parte de Appalachia que entonces se conocía con el nombre de Manhattan. Los archivos muestran que aparecieron con frecuencia creciente durante la siguiente década y que cuando se les interrogó todos admitieron haber venido del futuro. La presión de la repetida evidencia eventualmente obligó a la gente del siglo xx *a adoptar la conclusión de que estaban siendo objeto de una pacífica pero enojosa invasión de viajeros del tiempo*.

Había más, todo un carrete más, pero Quellen ya tenía bastante. Apagó el proyector. El calor del cuartito resultaba opresivo, pese al aire acondicionado y al oxigenador. Quellen miró con desesperanza las paredes que le confinaban y pensó con añoranza en las oscuras aguas del torrente que corrían junto al parque delantero de su casa africana.

—He hecho lo que podía —dijo y salió a la ventana para tomar el vehículo más rápido que le llevara a su apartamento de Clase Decimotercera. Mientras volaba consideró la idea de dejar que Brogg se encargara del caso mientras él volvía a Africa, pero decidió que sería como invitar a que se produjera el desastre.

Quellen había descuidado mantener su despensa moderadamente llena de comestibles, según descubrió, y, puesto que su estancia en Appalachia amenazaba ser larga o posiblemente permanente, decidió renovar sus suministros. Colocó el luminoso de *No molesten* otra vez sobre su puerta y descendió por la serpenteante rampa voladora hacia la tienda de suministros, con la intención de reaprovisionarse y estar prevenido por si se producía una situación de largo asedio.

Mientras descendía se fijó en un hombrecillo rechoncho que marchaba en dirección opuesta subiendo por la rampa. Quellen no le reconoció, pero eso no resultaba sorprendente; en un atestado torbellino como era Appalachia, uno no lograba nunca conocer a muchas personas, sólo al vigilante de la tienda de suministros y a un puñado de vecinos.

El hombrecillo le miró con curiosidad y pareció querer decirle algo con los ojos. Se acercó a Quellen, rozándole y le colocó en la mano un miniinforme. Quellen lo desdobló luego de que el individuo hubo desaparecido por la rampa voladora, y lo leyó.

¿Sin trabajo? Vea a Lannoy. Eso era cuanto decía. Al instante cobró vida la faceta del Quellen SecCrimen, Secretario de Criminología. Como muchos infractores de la ley, se mostraba enérgico en la persecución de otros delincuentes y había algo en el anuncio de Lannoy que olía a ilegalidad. Quellen giró con la idea de perseguir al apresurado hombrecillo, pero ya había desaparecido. Podía haberse ido a cualquier parte, luego de abandonar la rampa voladora. *¿Sin trabajo? Vea a Lannoy*. Quellen se preguntó quién sería Lannoy y cuál era su remedio mágico. Decidió por último

encargar a Brogg del asunto.

Guardando con cuidado el miniinforme en su bolsillo, Quellen entró en la tienda de suministros. El hombrecillo de rostro colorado que la dirigía saludó a Quellen con una extraordinaria exhibición de cordialidad.

—¡Pero si es el SecCrimen! Hace mucho tiempo que no nos honraba con su visita, SecCrimen —dijo el rotundo tendero—. Ya empezaba a pensar que se había mudado de domicilio. Pero eso es imposible, ¿verdad? Usted me habría notificado que le habían ascendido.

—Sí, Greevy, es cierto. Es que no he estado últimamente mucho por aquí. Tuve un trabajo abrumador estos días pasados —Quellen frunció el ceño. No quería que la noticia de su ausencia trascendiera por la comunidad. Efectuó su pedido, envió los suministros a su casa y salió de la tienda.

Se quedó un momento en la calle mirando como la multitud pasaba en masa. Sus ropas eran de toda clase de modelos y colores. Hablaban sin cesar.

El mundo era un avispero, enormemente superpoblado y aumentando cada día el número de habitantes. Quellen sintió nostalgia de su tranquilo refugio que se había construido con tantos sacrificios y tantas inquietudes. Cuanto más veía a los cocodrilos, menos se interesaba por la compañía de las turbas que pululaban por las atestadas ciudades.

Toda clase de cosas ilegales tenían lugar, pero no eran, como en el caso de Quellen, esfuerzos justificados para escapar de una existencia intolerable, sino que eran asuntos oscuros, malignos, imperdonables. Como este de Lannoy, pensó Quellen, jugueteando con el miniinforme de su bolsillo. ¿Cómo lograba mantener ocultas sus actividades, cualesquiera que fueren, de manera que sus compañeros de habitación no se enteraran? Con toda seguridad que no pertenecía a la Clase Decimotercera.

Quellen sintió una especie de extraño parentesco con el invisible Lannoy. Él también participaba en el juego. Posiblemente valía la pena conocerlo. Luego Quellen continuó su marcha.

III

Brogg le telefoneó y le obligó a volver a su despacho a toda prisa. Quellen encontró a sus dos SubSecs aguardándole en compañía de un tercer individuo, alto, anguloso, mal vestido, con una nariz rota que le sobresalía del rostro como si fuera el pico de un ave. Brogg había abierto del todo el oxigenador.

—¿Es éste el tipo? —preguntó Quellen. No parecía probable que aquel mísero proletario… demasiado pobre en apariencia para sufragarse una operación de cirugía estética en su nariz… fuese la fuerza que operaba detrás de los saltadores.

—Depende del individuo al que usted quiera referirse —contestó Brogg—. Dile al SecCrimen quién eres —añadió, dando al obrero un rudo codazo en las costillas.

—Me llamo Brand —dijo el proletario con una voz fina y singularmente alta—. Clase Cuarta. Señor, no tenía intención de hacer daño alguno… fue sólo que me prometió un hogar propio y un empleo y aire fresco…

Brogg le interrumpió.

—Nos tropezamos con este tipo en una casa de bebidas. Tenía en su cuerpo una o dos copas de más y decía a todo el mundo que pronto tendría trabajo.

—Eso es lo que me dijo el individuo —murmuró Brand—. Sólo tenía que entregarle doscientos créditos y me mandaría a algún lugar en donde todo quisque tenía trabajo. Y yo podría remitirle dinero para que me mandase a mi familia. Sonaba a cosa buena, señor.

—¿Cómo se llama ese individuo? —preguntó Quellen con viveza.

—Lannoy, señor —Quellen sintió un sobresalto al oír aquel

nombre—. Alguien me dio esto y me dijo que me pusiera en contacto con Lannoy.

Brand le tendió un arrugado miniinforme. Quellen lo desdobló y leyó: *¿Sin trabajo? Vea a Lannoy*. Muy interesante. Buscó en su propio bolsillo y sacó el papelito que le entregaron en la rampa voladora. *¿Sin trabajo? Vea a Lannoy*. Eran idénticos.

—Lannoy mandó allí a muchos de mis compañeros —dijo Brand —. Me aseguró que todos estaban trabajando y eran felices, señor…

—¿Adónde los mandó? —preguntó Quellen con suavidad.

—No lo sé, señor. Lannoy dijo que me lo diría cuando le diese los doscientos créditos. Saqué del banco todos mis ahorros. Iba a su casa y me dejé caer en el bar para tomar un traguito… cuando… cuando…

—Cuando lo encontramos —terminó Brogg—. Decía a todo el mundo presente que se dirigía a Lannoy para conseguir trabajo.

—Humm. ¿Sabe usted qué son los saltadores, Brand?

—No, señor.

—No importa, pues. Supongo que nos llevará hasta Lannoy.

—No puedo hacerlo. No sería noble. Todos mis amigos…

—Supongamos que le *obligamos* a que nos lleve hasta Lannoy —dijo Quellen.

—¡Pero él iba a darme trabajo! No puedo hacerlo. Por favor, señor.

Brogg miró a Quellen.

—Déjeme intentarlo, señor —dijo—. ¿Afirmas que Lannoy te iba a dar trabajo? ¿Por doscientos créditos?

—Sí, señor.

—Suponte que te decimos que te daremos un empleo gratis. Sin cobrarte nada en absoluto, sólo llevándonos hasta Lannoy y te mandaremos adonde él iba a enviarte, pero gratis. Y también te acompañará tu familia.

Quellen sonrió. Brogg era mucho mejor psicólogo que él; no tuvo más remedio que admitirlo.

—Eso está bien —contestó Brand—. Les llevaré. Me sabe mal hacerlo… Lannoy se portó bien conmigo… pero si afirman que me enviarán sin pago algu…

—Cierto, Brand —afirmó Brogg.

—Entonces, lo haré.

Quellen rebajó el oxigenador.

—Vámonos antes de que cambie de idea.

—Brogg hizo un gesto a Mikken que le precedió al salir, llevándose a Brand.

—¿Viene con nosotros, señor? —preguntó Brogg. Había una parte de sarcasmo tras los tonos obsequiosos de Brogg—. Probablemente será una parte muy concurrida y pobre de la ciudad.

Quellen se estremeció.

—Tiene usted razón —dijo—. Deténganle ustedes dos. Les esperaré aquí.

En cuanto se hubieron ido Quellen llamó a Koll.

—Estamos sobre la buena pista —anunció—. Brogg y Mikken han hallado a un hombre que es el que efectúa esos envíos y me lo van a traer.

—Buen trabajo —dijo Koll fríamente—. Será una investigación interesante. Pero, por favor, no nos moleste durante un rato. Spanner y yo estamos discutiendo algunos cambios en el personal del departamento.

Cortó la comunicación.

¿Que ha querido decir con eso?, se preguntó Quellen. Para entonces estaba ya seguro de que Koll sabía lo de Africa. Probablemente habría ofrecido a Brogg un soborno mayor si hablaba que el que Quellen le había dado para que callase, y su subordinado se vendió al mejor postor. Claro, Koll podía haber significado un ascenso, pero la degradación era el cambio más probable a discutir en lo tocante al personal.

El delito de Quellen era único. Nadie más, que supiera, había sido lo bastante agudo como para encontrar una manera de escapar de la pesada superpoblación. Appalachia, el pulpo de una ciudad que se extendía por toda la mitad este de Norteamérica. De los doscientos millones de habitantes de Appalachia, sólo Joseph Quellen SecCrimen había sido lo bastante listo para encontrar un pedacito de tierra desconocida y no colonizada en el corazón de Africa y construido para sí una segunda casa allí. Poseía el alojamiento corriente de la Clase Decimotercera en Appalachia, más una mansión Clase Vigésima más allá de la capacidad de los sueños de cualquier mortal, junto a un abundante y oscuro arroyo del Congo. Era hermoso, muy hermoso, para un hombre cuya alma se

rebelaba ante la existencia insectil de Appalachia.

La única pena era que se necesitaba dinero para sobornar a la gente. Había unos pocos que conocían que Quellen estaba viviendo lujosamente en Africa en vez de albergarse en un cuartito de tres metros de lado en el Noroeste de Appalachia, como un buen Decimotercero. Alguien —estaba seguro de que Brogg— le había vendido a Koll. Y Quellen se encontraba ahora caminando sobre hielo frágil y quebradizo.

Una degradación le robaría incluso el privilegio de mantener una habitación particular y regresaría a la molestia insufrible de compartir su hogar, como había hecho con el poco apreciable de Marok. No había sido tan malo cuando estuvo por debajo de la Clase Decimosegunda y se alojaba en un dormitorio general, para ir pasando luego a habitaciones más privadas. No le importó tanto la gente cuando era mucho más joven. Pero luego ascendió a Clase Decimosegunda y se le colocó en una habitación con sólo otra persona, que fue la más desagradable de todas, lastimando permanentemente a Quellen.

Marok había sido un estupendo tipo genuinamente hablando, reflexionó Quellen. Pero acabó destrozando los nervios de Quellen, con su torpeza y sus interminables llamadas por el visófono y su constante presencia. Quellen ansió llegar al día en que perteneciese a la Clase Decimotercera y pudiera vivir solo, sin tener que soportar a un compañero de cuarto que constantemente pareciera vigilarle. Sería libre, cuando ascendiera… libre para ocultarse de la multitud.

¿Estaba enterado Koll? Pronto lo averiguaría.

Sonó el teléfono. Era Brogg.

—Le tenemos —dijo su subordinado—. Regresamos ya.

—Buen trabajo. Buen trabajo.

Quellen marcó el número de Koll.

—Hemos capturado al hombre —dijo—. Brogg y Mikken lo traen aquí para interrogarle.

—Buen trabajo —contestó Koll y Quellen advirtió el rastro de una sincera sonrisa asomando apenas en los pequeños labios de su superior—. Acabo de llenar una propuesta para ascenderle, a propósito —añadió con indiferencia—. No me parece justo dejar que el SecCrimen viva en una modesta habitación de Clase Decimotercera cuando merece, cuanto menos, Decimocuarta.

De modo que, después de todo, no lo sabe, pensó Quellen. Luego se le ocurrió otra cosa: ¿Cómo podría trasladar el estado ilegal de su nuevo domicilio sin ser detectado? Quizá Koll sólo trataba de meterle en una trampa. Quellen oprimió sus sienes con las manos y se estremeció, esperando a Brogg, Mikken… y Lannoy.

* * *

—¿Reconoce que ha estado mandando gente al pasado? —preguntó Quellen.

—Seguro —dijo lozano el hombrecillo. Quellen le contempló y sintió un ramalazo de cólera—. Claro, y le enviaría a usted también atrás, al pasado, por doscientos créditos.

Brogg permaneció plantado con los brazos cruzados detrás del hombrecillo y Quellen lo miró por encima de la mesa.

—¿Es usted Lannoy? ¡Así me llamo! —Era pequeño, moreno, tranquilo, una especie de hombre conejil, con labios delgados en constante movimiento—. Claro, soy Lannoy —el hombrecillo irradiaba una cálida confianza. Estaba sentado con las piernas cruzadas y la cabeza echada hacia atrás.

—Fue bastante odioso el modo en que tuvieron sus muchachos de localizarme —dijo Lannoy—. Fue bastante desagradable que usted engañase a ese pobre proletario para que le condujese hasta raí, pero no era necesario que se mostrasen duros conmigo. Ha de saber que no hago nada ilegal. Debería demandarles.

—¡Está usted perturbando los pasados miles de años!

—No —contestó Lannoy tranquilo—. Ya han sido conturbados. Estoy procurando que la historia del pasado tenga lugar del modo en que ocurrió, si sabe usted a lo que me refiero.

Quellen se puso en pie, pero encontró que no tenía espacio para moverse en el pequeño despacho y se sentó nuevamente. Se sentía extrañamente débil en presencia del delincuente.

—Pero está usted enviando proletarios atrás, para que se conviertan en los saltadores. ¿Por qué?

—Para ganarme el pan. Seguro que usted no lo comprende. Estoy en posesión de un proceso muy valioso y quiero asegurarme de que sacaré el máximo.

—¿Inventó usted el viaje por el tiempo?

—Eso no importa —dijo Lannoy—. Lo controlo.

—¿Por qué simplemente no vuelve usted atrás en el tiempo y roba o efectúa apuestas para ganarse la vida?

—Podría —admitió Lannoy—. Por el proceso subversible, pero no hay modo de regresar al presente otra vez. Y me gusta estar aquí, gracias.

—Mire, Lannoy —dijo Quellen—. Seré franco: Queremos su aparato para viajar por el tiempo y lo queremos de inmediato.

—Lo siento —contestó Lannoy—. Propiedad particular. No tiene ningún derecho a conseguirlo.

Quellen pensó en Koll y Spanner y se puso furioso y asustado al propio tiempo.

—Cuando acabe con usted, deseará haber utilizado su propia máquina y retrocedido un millón de años.

Lannoy permaneció tranquilo y Quellen se quedó sorprendido al ver sonreír a Brogg.

—Vamos, SecCrimen —dijo el granuja—. Ya empieza a enfadarse y eso es siempre lógico.

Quellen vio la verdad de lo que Lannoy estaba diciendo, pero perdió el forcejeo por calmarse así mismo.

—Lo mantendré arrestado hasta que usted se desmorone —amenazó.

—¿Y ahora a dónde le llevará a parar eso? —preguntó Lannoy —. ¿Le importaría darme un poco más de oxígeno a mí, por favor? Me estoy asfixiando.

En su asombro, Quellen abrió del todo el oxigenador, Brogg mostró sorpresa, incluso Mikken miró parpadeando a Lannoy, viéndole respirar ansiosamente.

—Si usted me arresta, le destrozaré, Quellen. No hay nada ilegal en lo que estoy haciendo. Mire… soy un agente laboral registrado —Lannoy sacó una tarjeta, adecuadamente cubierta de sellos.

Quellen no sabía qué decir. Lannoy definitivamente le había puesto nervioso, lo sabía, y Brogg estaba disfrutando inmensamente de aquella situación. Quellen se mordió el labio, vigilando con atención al hombrecillo, deseando fervientemente estar de vuelta de su arroyo echando piedras a los cocodrilos.

—De todos modos, voy a interrumpir sus viajes por el tiempo —dijo Quellen por último.

Lannoy soltó una risita.

—No se lo aconsejaría, Quellen.

—Para usted soy el SecCrimen, Lannoy.

—No se lo aconsejaría, Quellen —repitió Lannoy—. Si corta usted en seco a los saltadores, perturbará el pasado. Esa gente volvió en el tiempo. Está registrado en la historia. Algunos se casaron y tuvieron hijos y los descendientes de sus hijos viven hoy. Por cuanto usted sabe, Quellen, podría ser descendiente de un saltador que voy a enviar al pasado la semana próxima… y si ese saltador jamás vuelve, Quellen, usted dejará de existir como una vela que se apaga. ¿Le parece un modo agradable de morir, SecCrimen?

Quellen se quedó mirando al vacío con tristeza. Brogg permaneció en silencio detrás de Lannoy y resultó aparente ahora al SecCrimen que el corpulento SubSec había estado aspirando al trabajo de Quellen desde el primer momento y que Lannoy estaba realizando una tarea efectiva de eliminar el último y vacilante obstáculo en su camino. Marok, Koll, Spanner, Brogg y ahora Lannoy… todos estaban decididos a hacer naufragar a Quellen. Era una conspiración sigilosa. En silencio maldijo a los doscientos millones de sobresaltados habitantes de Appalachia y se preguntó si alguna vez volvería a gozar de un momento de soledad.

—El pasado no se puede cambiar, Lannoy —dijo—. Le encerraremos, de acuerdo, y le quitaremos su máquina, pero procuraremos ser nosotros mismos los que enviemos atrás a los saltadores. No son los estudios, Lannoy. Procuraremos que todo quede como está.

Lannoy lo contempló casi con compasión durante un momento, como uno podría observar a una mariposa particularmente rara clavada sobre el tablero de una vitrina.

—¿Es ese su juego, SecCrimen? ¿Por qué no lo dijo antes? En ese caso tendré que dar los pasos necesarios para protegerme.

Quellen sintió ganas de esconderse.

—¿Qué piensa hacer?

—Supongamos que hablamos de eso en privado, Quellen —dijo el contratista—. Puedo decir algunas cosas que usted no quisiera oyeran sus subordinados.

Quellen miró de reojo a Brogg.

—¿Le han registrado?

—Está limpio —contestó Brogg—. No hay que temer nada. Esperaremos en la antesala. Vamos, Mikken.

Ostentosamente, Brogg salió de la habitación, seguido por el silencioso Mikken.

Cuando los ocupantes de la sala sumaban exactamente dos, Quellen avanzó para reducir el oxigenador.

—Déjelo alto, Quellen —dijo Lannoy—. Me gusta respirar bien a expensas del gobierno.

—¿Cuál es su juego? —preguntó Quellen. Estaba furioso: Lannoy era una criatura completamente maligna que ofendía su orgullo y dignidad.

—Voy a ser cortés con usted, SecCrimen —dijo el contratista—. Quiero mi libertad y deseo continuar mi negocio. Me gusta de esa manera. Eso es lo que ansío. Usted pretende arrestarme y hacerse cargo de mis negocios. Eso es lo que usted desea. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Pues en una situación como la que tenemos nosotros hay que intercambiar los deseos exclusivos mutuos. Así la más fuerte de las dos fuerzas ganará… como pasa siempre. Yo soy más fuerte y usted tendrá que dejarme ir y olvidarse de todo lo concerniente a la investigación.

—¿Quién cree usted que está más fuerte, Lannoy?

—Soy fuerte porque es usted débil. Conozco muchas cosas de usted, Quellen. Sé cómo odia las multitudes y le gusta el aire fresco con los espacios abiertos. Hay idiosincrasias muy torpes con las que convivieron en un mundo como el nuestro, ¿verdad?

—Siga —dijo Quellen. Maldijo en silencio a Brogg… nadie podía haber revelado su secreto a Lannoy.

—Así que me dejará marcharme de aquí, o de otro modo se encontrará usted de regreso en la Clase Decimosegunda… o en la unidad Décima. No le gustará mucho eso, SecCrimen. Tendrá que compartir una habitación y quizás le desagrade su compañero, pero no podré evitarlo. Y cuando tenga usted un compañero de cuarto, no estará libre para escapar. Él le denunciará.

—¿Qué quiere usted decir con eso de escapar? —La voz de Quellen era algo más que un aterciopelado susurro.

—Me refiero a huir a Africa, Quellen.

Eso era, pensó Quellen. Ahora todo está descubierto; Brogg me ha vendido. Con llana imposición del secreto de Quellen, Quellen se encontraba completamente en poder de aquel pequeño contratista.

—Me sabe mal hacerle esto, Quellen. Usted es de buena pasta, pillado en un mundo que usted no fabricó y que no le gusta especialmente. Pero se trata de su persona o de la mía y ya sabe quién gana siempre en tratos como el presente.

Jaque Mate.

—Adelante —murmuró Quellen—. En marcha.

—Ya sabía que me comprendería —dijo Lannoy—. Me iré ahora. Usted no se meta conmigo y Koll ni siquiera sabrá nunca lo de su pequeña cabaña.

—Salga —dijo Quellen.

Lannoy se puso en pie, saludó a Quellen y salió por la puerta.

IV

Cuando Lannoy se fue, entró Koll. Quellen, el rostro entre las manos, vio a Koll por el rabillo del ojo y pensó por un momento que regresaba Lannoy. Luego alzó la vista.

—Se me ocurrió echar un vistazo a su contratista —dijo Koll—. Pero veo que no está aquí.

—Le hice entrar —dijo Quellen con debilidad.

—Lo inspeccionaré —anunció Koll—. Siento curiosidad por él — se fue y entró Brogg.

—¿Tuvo una bonita conversación, SecCrimen? —preguntó Brogg, sonriendo. Como siempre, la frente de aquel hombre gordo estaba poblada de gotas de sudor.

—Muy bonita, gracias a usted —Quellen miró suplicante a su subordinado. Si al menos pudieran dejarle a solas durante unos cuantos momentos.

—Parece que no está aquí ya, SecCrimen. Tenía que hacer unas cuantas preguntas a su amigo Lannoy, pero no pude encontrarle.

—No sé a dónde fue, Brogg.

—¿Está usted seguro ahora, SecCrimen? ¿Dónde está, Quellen? —dijo con malicia.

—No lo sé —era la primera vez que Brogg había aplicado el tratamiento honorífico al dirigirse a Quellen—. Márchese.

Brogg sonrió con picardía y se fue, cerrando la puerta con el máximo cuidado. Quellen permaneció sentado en su sillón neumático, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Estaba perdido. Si fracasaba en exhibir a Lannoy, se lanzarían sobre su cuello. Si volvía a capturar al pequeño contratista, Lannoy pondría las cartas boca arriba. De cualquier manera, le tenían acorralado.

Marchó de puntillas por toda la parte delantera del despacho, en

donde Brogg le miró fulminante con evidente interés, salió hasta la atestada calle y cogió la primera lancha rápida para regresar a su apartamento. Era estupendo volver a estar solo. Caminó sin rumbo durante un momento y luego avanzó hasta colocarse frente al transbordador.

Todo lo que tenía que hacer era cruzar y se encontraría de regreso en Africa, al lado del serpenteante arroyo y de los cocodrilos. No habría más trabajo, pero nunca le encontrarían y podría pesar el resto de sus días pacíficamente.

Era inútil, pensó con desmayo. No estaba a salvo, con Brogg y Lannoy conociendo su secreto. Entre los dos le pescarían con suficiente rapidez. Africa no representaba ninguna seguridad.

Además, sentía un extraño y un nuevo sentimiento creciendo en su interior… una sensación que le iba a dominar, que le hacía comprender que era una especie de mártir de la superpoblación. Metió con fuerza las manos en sus bolsillos y se plantó delante del transbordador, dando vueltas en su mente a las implicaciones de este nuevo concepto. Lannoy le había dicho; Un mundo que usted nunca ha hecho.

Sintiéndose disolverse toda culpabilidad, pensó Quellen en permitir a Koll desenredar toda la madeja de la manera que más le conviniera.

V

Hecho estaba. Hubo un torbellino y un retorcerse y Quellen notó como si le hubieran vuelto del revés y arrancado las entrañas. Flotaba en un muro púrpura muy alto por encima de un terreno indistinguible y caía.

Cayó, dando vueltas de campana y aterrizó en una gran alfombra verde. Permaneció allí durante un momento o dos, simplemente agarrándose al suelo.

Un puñado de la alfombra se le quedó en la mano. Lo miró con expresión turbada.

Hierba.

El limpio olor del aire fue lo primero que le sorprendió, casi con la contundencia de un golpe físico. Olía como una habitación llena de oxígeno, pero se encontraba al aire libre.

Quellen logró reanimarse por verse en pie. A la alfombra herbosa se extendió en todas direcciones y delante suyo había una gran masa de árboles.

Había visto árboles en Africa. No había ninguno en Appalachia. Miró. Un pajarito gris salió de las ramas salientes del árbol más próximo y empezó a revolotear, sin temor a Quellen. Sonrió.

Se preguntó cuánto tardaría Koll y Brogg en buscarle y si Brogg localizaría a Lannoy. Esperaba que no; Brogg era un bribón y Lannoy, a pesar de sus costumbres poco ortodoxas de contratista, era un caballero.

Quellen comenzó a moverse hacia el bosque. Tendría que localizar un arroyo y construirse una casa cerca de él, le siguió. Podría hacer la casa tan grande como deseara.

No se sentía culpable. Había sido un desplazado, un descentrado, arrojado dentro de un mundo que sólo podía odiar y

que únicamente le escarnecía. Ahora tenía su oportunidad; todo era cosa suya.

Dos ciervos salieron saltando del bosque. Quellen se quedó sorprendido. Jamás había visto animales de aquel tamaño. Felices, corrieron perdiéndose en la lejanía.

El corazón de Quellen comenzó a cantar mientras llenaba sus pulmones del dulce aire. Marok, Koll, Spanner, Brogg. Todos comenzaban a desvanecerse y a desaparecer en una especie de torbellino. Bien por el viejo Lannoy, pensó. Había, después de todo, mantenido su palabra.

El mundo es mío, pensó Quellen. Ahora soy un saltador, también… dando el salto mayor de todos.

Un hombre alto, de roja piel, emergió del bosque y se plantó cerca de un árbol, mirando muy serio a Quellen. Iba vestido con un cinturón de cuero, un par de sandalias y nada más, en su cabello llevaba una pluma decorativa. El Piel Roja estudió a Quellen durante un momento y luego alzó su brazo en un gesto que Quellen no pudo dejar de comprender. Una cálida sensación de camaradería inundó a Kellen.

Sonriendo por fin, Quellen avanzó al encuentro del hombre, la palma de la mano levantada.

LLAMA DE GLORIA

I

Catalogan a John Murchison como uno de los grandes héroes del espacio… un hombre valiente y sincero, que se sacrificó voluntariamente para salvar su nave. Ganó la inmortalidad durante el viaje de regreso de Shaula II.

Sin embargo, había una cosa equivocada. Era valiente, pero no fue voluntario. No era del tipo de los que se autosacrifican. Me siento inclinado a pensar que fue un asesinato… o quizás una ejecución… por control remoto, como podría decirse.

Me imagino que eligen al azar las tripulaciones de las espacionaves, probablemente lanzando un puñado de las tarjetas del gran computador al techo del BuSpace. Aquellas que quedan adheridas serían las elegidas. Por lo menos, este es el único modo por el que un hombre como Murchison pudo haber sido enviado a Shaula II en primer lugar.

II

Murchison era alto, con cuello de toro, de toscos rasgos, malhablado, un espaciano del tipo que jamás existió excepto en las cintas de novelas propias de la gente muy joven… la única clase de libros grabados que probablemente estudiara Murchison. Fue nuestro oficial jefe de señales.

De cualquier forma, le eligieron tras unas duras oposiciones técnicas; era capaz de manejar con habilidad sobrenatural cualquier clase de aparato de comunicaciones. Una vez le vi trastear con un complejo y pequeño artefacto caphiano que llevaba enterrado medio millón de años para hacerlo detectar a los pocos minutos la «canción del hidrógeno», de 21 centímetros de longitud de onda. Nunca logré comprender cómo pudo saber que aquel aparatito era un chisme que servía para hacer mapas estelares.

Pero acoplada a la pericia especial y extraordinaria de Murchison existía la irascibilidad, destellando en cóleras aparentemente inmotivadas en momentos impredecibles, que le convertían en un riesgo de primera clase en un planeta como Shaula II. Había algo equívoco en su ruptor de circuitos emocionales, porque jamás se podía decir cuando iba sobrecargado, echaba chispas y hervía, y estallaría con un arranque de genio de un par de megavatios.

Deben ustedes admitir que no es la clase ideal de hombre para enviarlo a un mundo cuyos habitantes vienen definidos en el Catálogo Extraterrestre como *sabios, en cierto modo hastiados del mundo, sorprendentemente gentiles, no agresivos hasta grado extremo y, por tanto, sujetos a la explotación. Los shaulanos deben ser manejados con gran paciencia y compresión, y deberían dárseles el respeto debido a una de las razas más antiguas de la Galaxia*.

Yo no había estado nunca en Shaula II, pero tenía una viva imagen mental de los shaulanos: ancianos melancólicos, ponderando los porqués del porqué, que se quedarían acongojados y petrificados si se les alzaba la voz. Así que me pilló por sorpresa, llegado el momento de inscribir mi firma en el rol del *Felicific*, cuando vi en la línea superior a la que me estaba destinada las palabras manuscritas que decían: *Murchison, John F., Oficial Jefe de Señales*.

Puse mi nombre… *Loeb, Ernest T., Segundo Oficial*… recogí el resguardo necesario para cobrar mi paga y me alejé algo aturdido. Pensaba en la ocasión en que vi a Murchison, John F., dando a un hombre-rana denebiano la mayor paliza de su vida, sin razón alguna que lo justificara.

—Toda esta lluvia de aquí me da asco —fue cuanto se preocupó Murchison de decir; el hombre-rana sobrevivió y Gran Quijada recibió en su historial psíquico la mala nota de una X.

¿Ahora se embarcaba en dirección a Shaula? Bueno, quizás sí… pero mi fe en el computador que prepara los complementos de una espacio-nave, sufrió un rudo golpe.

La nuestra era la cuarta o quinta expedición a Shaula II. El planeta —segundo de los siete que orbitaban en torno a la estrella más brillante de la cola de Escorpión— era pequeño y árido, pero de gran importancia estratégica como punto atalaya para aquel sector de la Galaxia. A los nativos no les importó nuestra intrusión y así se estableció la base militar sin previa negociación de ninguna índole.

El *Felicific* era una nave con motor estándar de conversión de combadura que albergaba treinta y seis hombres. Llevaba la ordinaria tripulación de ocho personas, más una carga de veintiocho de los mejores terrestres, a los que se enviaba como relevo del personal normal de la base.

Partimos el 3 de julio del año 2530, un día cálido, efectuando el cambio del motor iónico al motor de combadura tan pronto como estuvimos fuera del Sistema Solar y regresamos al espacio normal tres semanas más tarde y a doscientos años luz de distancia. Fue un viaje de rutina en todos los aspectos.

Con el motor de conversión de combadura las naves están equipadas para viajar tanto a largas distancias como a cortas. Se

efectúan los saltos largos vía curvatura subespacial y los cortos mediante el bueno y antiguo motor iónico, base de la navegación espacial. Es una buena combinación y la masa extra que requiere el llevar dos motores queda más que compensada por el ahorro de tiempo y la maniobrabilidad.

La parte del viaje en motor de combadura estaba precalculada y hasta previajada en favor nuestro; *allí* no había dolores de cabeza. Pero cuando regresamos al continuo a casi medio año luz de Shaula, entró en juego el factor humano. Naturalmente, eso significaba Murchison.

Era misión suya inspeccionar y cuidar la red de sistemas telemétricos que eran como los ojos de la nave, para asegurarse que los detectores de masa funcionaban, para despejar los canales de comunicación entre el navegante, el capitán y la cubierta de motores. En resumen, él era el hombre que hacía posible que aterrizáramos.

Cada navío llevaba un señalero suplente, por si acaso. En circunstancias normales, el suplente nunca tenía mucho trabajo. Cuando llegó el momento del aterrizaje, el capitán Knight me llamó por el interfono y me dijo que formara a los hombres que tomarían parte en la maniobra. Naturalmente, el primero que designé fue Murchison… puesto que era nuestro oficial jefe de señales.

Su voz fue un ronco gruñido.

—¿Diga?

—Aquí el Segundo Oficial Loeb. Prepárese para aterrizar, al momento. El Navegante Henrich le tiene preparada la carta y está esperando su llamada.

Hubo una pausa. Luego:

—No me da la gana, Loeb.

Cerré los ojos, contuve el aliento y conté tres por fracciones. Después dije:

—¿Le importaría repetir eso, señor Murchison?

—Infiernos, Loeb, estoy arreglando algo. ¿Por qué quiere aterrizar ahora?

—Yo no preparo los planes de vuelo.

—¿Entonces, quién demonios los prepara? ¡Dígale que estoy ocupado!

Rebajé el volumen de mi interfono.

—¿Ocupado haciendo el qué?

—Ocupado sin hacer nada. Déjeme la línea libre y yo llamaré a Henrich.

Lancé un gruñido y corté la comunicación. Me había exasperado. Una vez más Murchison se mostró agresivo sólo por el mero placer de serlo. Cualquier día de estos se negaría por completo a manejar el aterrizaje. Y ese día, me dije a mí mismo, es cuando lo embalaremos y lo tiraremos por la escotilla de los desperdicios.

Murchison tenía sus habilidades y las aplicaba… cuando le venía en gana. Pero sólo si creía que eso le beneficiaría. Nunca hacía nada involuntariamente, porque si no podía hallar en sí mismo motivos para obrar con voluntariedad, puesto que si no los hallaba, no obraría. Era imposible *obligarle* a hacer algo.

Imprudentemente, se lo tolerábamos. Pero llegaría el día en que se encontrara con un capitán que no le comprendiera y saldría del apuro con una condena por rebelión. Esperaba que esto no sucediera, por su bien. La pena por rebelión en el espacio seguía siendo la misma que siempre fue… pena de muerte.

III

Con la cooperación de Murchison agradecidamente aceptada, salimos disparados hacia Shaula II, que se encontraba en perihelio, y entramos en órbita a su alrededor. Abajo, en su pequeña cabina, Murchison trabajaba como un demonio, encargándose del sistema de aterrizaje de la nave de manera tremebunda. Era un señalero fantástico cuando se lo proponía.

Más tarde, aquel día, la pelota roja giratoria que era Shaula II pendió precisamente delante nuestro, lo bastante cerca como para permitirnos ver las tres manchas de los continentes y el grande y agitado océano hidrocarbonado que parecía lamerles los pies.

La base terráquea en el Continente Tres nos lanzó un rayo-guía de aterrizaje. Murchison lo captó, lo amplió, lo proporcionó al banco computador del Navegante Henrich y quedamos orientados para la toma de tierra.

La base terráquea se componía de un par de bloques, unos desperdigados cuarteles y una parábola de radar de buen tamaño, todo formando un anillo sobre una llanura casi matemáticamente plana. Shaula II era un gran mundo para las llanuras. ¡Colón habría tenido infernales dificultades para convencer a la gente de que *este* mundo era redondo!

Murchison nos guio a una zona de aspecto vidrioso no lejos de la base y aterrizamos. El *Felicific* crujió y gimió un poco cuando los amortiguadores de aterrizaje absorbieron su peso. Por toda la nave se encendieron luces verdes. Éramos libres para salir al exterior.

Allí fuera había un comité de recepción: ocho miembros del personal de la base, vestidos con pantalones cortos y sandalias. Los uniformes de reglamento se lanzaban por la borda en el calor de horno de Shaula II. Los ocho parecían terriblemente felices al

vernos.

Viniendo de la base por la plana llanura arenosa había una docena poco más o menos de otros individuos, soleados, y detrás de ellos todavía pude ver más. Estaban comprensiblemente contentos de vernos llegar. Veintiocho de ellos se habían pasado todo un año en Shaula II; eran elegibles para el año de vacaciones paritario de su programa.

Un hombre de rostro moreno llevando pantaloncitos, sandalias y estrellas tatuadas, se adelantó y dijo:

—Soy el general Gloster. Ostento el mando aquí.

El capitán correspondió al saludo.

—Knight, del *Felicific*. Traemos los hombres que les relevarán.

—Una verdad infernalmente cierta —contestó Gloster—. Sería una soberana tontería haber efectuado este largo viaje sin traerlos.

Todos reímos un poco aquella salida. Para entonces nos rodeaba un grupo de casi cincuenta terrestres, probablemente toda la base libre de servicio… naturalmente, no relevábamos a toda la base cada vez… y además habían seis seres no-humanos.

Los veintiocho jóvenes que habíamos transportado hasta aquí miraban a su alrededor con curiosidad, aprensivos ante este calor, molestos por la sequedad de aquel planeta llano que sería un hogar durante el siguiente año sideral.

La tripulación del *Felicific* se apiñaba en un grupito cerca del navío. La mayor parte sentía lo mismo que yo… satisfacción por emprender el regreso dentro de un par de días.

Murchison miraba con los ojos entrecerrados a los seis no-humanos. Me pregunté qué estaría pensando.

Nuestro grupo cubrió el kilómetro escaso que nos separaba del puerto establecido. Gloster caminó junto a mí y Knight, charlando volublemente de los progresos que estaba haciendo la base, y los veintiocho recién llegados se mezclaron con los veintiocho a quienes debían relevar. Murchison anduvo solo, levantando al andar nubecillas de rojo polvo y con el rostro iracundo que era de rigor en él. Los seis indígenas nos acompañaron a cierta distancia.

—Nos pasamos la vida construyendo —explicó Gloster cuando nos encontramos ya dentro del recinto—. Ramificando, erigiendo nuevo equipo, alzando nuevas construcciones, siguiendo la vieja rutina. Esa parábola de radar que ven ahí no estaba en el último

viaje de relevo.

Miré a mi alrededor.

—El sitio parece bueno, general —era raro llamar *general* a un hombre de la mitad de mi edad, pero algunas veces el Servicio nos reserva esas sorpresas—. ¿Cuándo piensan levantar su telescopio?

—Quizás el año que viene —miró de reojo por la ventana al paisaje sin particularidades de ninguna clase—. Tenemos que seguir construyendo siempre. Hay que sacarle partido al planeta. Efectuamos trabajo condenadamente bueno… dentro de un par de años no reconocerá este lugar.

—¿Qué hay de los nativos? —preguntó el capitán—. ¿Tienen ustedes mucho contacto con ellos?

Gloster se encogió de hombros.

—Tanto como ellos nos permiten. Es una antigua raza orgullosa… lo malo es que queda un puñado de supervivientes. ¡Pero qué gran raza debieron formar antaño!

El entusiasmo infantil de Gloster me pareció incómodo.

—¿Cree que podríamos conocer a alguno de los nativos antes de nuestra partida? —pregunté.

—Voy a verlo —Gloster tomó el teléfono—. ¿McHenry? ¿Hay ahora algún nativo en el recinto? Bien. Envíenoslo, ¿quiere?

Momentos más tarde, uno de los hombres con pantalones cortos apareció mano a mano con un no-humano. A poca distancia, el shaulano parecía casi pavorosamente viejo. Un laberinto de arrugas surcaba su rostro sin nariz, corriendo desde los triples ojos, pasando por los puntos de su plano hocico hasta llegar a la boca de gruesos labios colgantes.

—Este es Azga —dijo Gloster—. Azga, le presento al capitán Knight y al Segundo Oficial Loeb, del *Felicific*.

La criatura nos obsequió con una especie de torpe reverencia y dijo con un graznido resonante, profundo, casi humano:

—Me siento en verdad muy humilde ante su presencia, capitán Knight y Segundo Oficial Loeb.

Azga se incorporó penosamente de su inclinación y sus tres ojos se clavaron en los míos. Sentí ganas de parpadear, pero aguanté la mirada. Era como contemplarse en un espejo que te devolvía una imagen errónea de ti mismo.

Sin embargo, había algo tranquilo y sabido y bueno en aquella

criatura, grotesca, algo relajante y terriblemente frágil. La áspera piel gris semejaba preciado cuero y la capucha sobre el cráneo parecía sombrearlo de la preocupación y el daño. Un débil olor acre erró por la habitación.

Nos miramos uno a otro… Knight y Gloster y McHenry y yo… y permanecimos en silencio. Ahora que teníamos delante al shaulano, ¿qué podíamos decir? ¿Qué cosa *nueva* podríamos contar posiblemente a aquella anciana criatura?

Me hallaba buscando inútilmente palabras con las que expresar mis sentimientos, cuando el agudo zumbar del teléfono cortó al silencio.

Gloster movió secamente la cabeza en un gesto hacia McHenry, que respondió. El hombre escuchó durante un momento.

—Capitán Knight, es para usted.

Turbado, Knight tomó el receptor. Lo mantuvo el tiempo suficiente para oír unas tres frases y se volvió a mí.

—Loeb, requise un vehículo de superficie de los que haya en el recinto de la base y vuelva al navío. Murchison está enredado con uno de los no-humanos.

IV

Descendí al recinto a toda prisa y localicé un recluta que estaba atendiendo su coche de superficie. Hice valer mi rango y requisé el vehículo; minutos más tarde aparcaba en el exterior del *Felicific* y subía por la escalerilla a toda prisa.

Un recluta excitado permanecía plantado junto a la abierta escotilla.

—¿Dónde está Murchison? —pregunté.

—Abajo, en la cabina del comunicador, señor. Tiene allí consigo a un no-humano. Va a haber jaleo.

Me acordé de Denebola y de Murchison pateando a un gimiente hombre-rana. Gemí para mí mismo un poco y me precipité por la escalerilla.

La cabina de comunicaciones era el santuario particular de Murchison, un cubículo despegado fuera de la cubierta de astrogración en donde trabajaba y mantenía el control de toda la red de comunicaciones del *Felicific*.

Abrí la puerta con violencia y le vi en el extremo opuesto de la cabina, empuñando una curvada y gigantesca llave fija y mirando fulminante al shaulano que tenía delante. El shaulano me daba la espalda. Parecía pequeño, achaparrado e indefenso.

Murchison me vio en cuanto entré.

—Salga de aquí, Loeb. Esto no es asunto suyo.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté secamente.

—Este tipo no-humano que está husmeando por aquí. Voy a darle un buen golpe con esta llave.

—No tenía intención de hacer el menor daño —bramó tristemente el nativo—. Mero interés filosófico con las extrañas máquinas de ustedes, nada más. Si he ofendido a alguien, le pido

perdón humildemente. No es costumbre de mi pueblo ofender a nadie.

Me adelanté y me interpuse entre ambos, procurando no quedar fácilmente al alcance de la llave fija de Murchison. Estaba plantado allí con las aletas de la nariz distendidas, los ojos fríos y duros, la respiración laboriosa. Estaba colérico y el espectáculo de un Murchison colérico es siempre pavoroso.

Dio hacia mí dos pesados pasos.

—Le dije que saliera. Esta es mi cabina. Loeb. Y ni usted ni ningún ser no-humano tiene nada que hacer aquí dentro.

—Baje esa llave fija, Murchison. Es una orden.

Soltó una desdeñosa carcajada.

—Los oficiales de señales sólo aceptan órdenes del capitán si consideran que está en juego la seguridad de la nave. Y ese es mi caso. Aquí dentro hay un peligroso ser no-humano.

—Sea razonable —dije—. Este shaulano no es peligroso. Sólo quería curiosear. Simplemente curiosear.

La herramienta se agitó amenazadora. Deseé haber tomado un detonador, pero no se me había ocurrido tomar un arma. El nativo se enfrentaba calmoso a Murchison, como si confiara en que el señalero jamás se atrevería a golpear a algo tan viejo y delicado.

—Será mejor que se marche usted —dije al no-humano.

—¡No! —rugió Murchison. Me apartó de un empellón y se dirigió al shaulano.

El nativo permaneció donde estaba, esperando, mientras Murchison se le acercaba. Traté de arrastrar al hombretón impidiéndole la agresión, pero me fue imposible contenerle.

Menos mal que no utilizó la llave fija. La dejó caer sonoramente al suelo y abofeteó al no-humano con la mano abierta en el rostro. El shaulano retrocedió unos cuantos palmos. Un reguero de fluido azulado le descendió por la boca.

Murchison volvió a levantar la mano.

—¡Maldito fisgón! ¡Ya te enseñaré a no husmear dentro de mi cabina! —Tornó a golpear al no-humano.

Esta vez el shaulano se encogió como un acordeón y quedó como amontonado en el suelo. Enfocó con reproche sus tres ojos negros a Murchison.

Murchison apartó la vista. Luego insistió en su mirada y los dos

contrincantes permanecieron largo rato con los ojos como encadenados mutuamente. Fue Murchison el primero en romper aquel encadenamiento de miradas.

—Sal de aquí —murmuró.

El shaulano se levantó y partió, cojeando algo, pero todavía intacto. Aquellos no-humanos eran más duros de lo que parecía.

—Creo que me va a meter usted en el calabozo —me dijo Murchison, de pronto completamente amansado, como si fuera un hombre distinto de la furia humana que vi segundos antes—. Está bien, iré sin rechistar.

V

No lo recluimos, porque nada se ganaría con hacerlo. En su lugar recibió el tratamiento del silencio. Se le hizo el vacío, quiero decir. Los hombres de la base no quisieron tener nada que ver con él, porque en el año que llevaban en Shaula habían desarrollado un respeto hacia los no-humanos que rayaba en la adoración, y cualquiera que empleara la violencia física… bueno, no se merecía siquiera que se le mirase a la cara.

Los hombres de nuestra tripulación también le hicieron el vacío. Caminó entre nosotros, alto, potente, con la cólera y la soledad estampilladas en su cara y no dijo nada a nadie, ni nadie le habló a él. Cuando veía a un no-humano, se apartaba de su camino para evitar el encuentro.

Murchison recibió otra X en su historial psíquico y esa segunda X significaba que no se le permitiría jamás visitar de nuevo cualquier mundo habitado por seres inteligentes. Era una regla del BuSpace, una de las muchas que tienen para cerrar la puerta del establo… cuando ya es demasiado tarde.

Tres días se pasaron en Shaula. Al cuarto, aceptamos a bordo a los veintiocho hombres relevados, nos despedimos de Gloster y su personal y de los otros veintiocho que habíamos traído al planeta y, adiós a los shaulanos.

Los seis de marras asistieron a nuestro despegue, incluyendo el que maltratara Murchison. Nos expresaron sus buenos deseos, sin el menor rastro de amargura. Por centésima vez me asombró su paciencia, su sabiduría, su compresión.

Mantuve en la mía a la tosca mano de Azga y finalmente logré decirle lo que había estado queriendo decir desde nuestro primer encuentro… cuánto esperaba que eventualmente llegáramos

nosotros al equilibrio mental y a la tranquilidad interna de los shaulanos. Me sonrió con calor y volvió a decirme adiós cuando entré por último en la nave.

Efectuamos las ordinarias revisiones anteriores a la ignición y no tardamos en estar listos para el despegue. Las comunicaciones funcionaban bien —Murchison no nos había hecho objeto de sus acostumbrados gruñidos y quejas— y remontamos el vuelo en un tiempo record.

Un par de días en motor iónico, tres semanas en combadura, dos más de deceleración iónica y estaríamos de vuelta a la Tierra.

VI

Las tres semanas pasaron despacio, claro; cuando la Tierra está delante de ti, el tiempo parece arrastrarse. Pero después de aquella interminable grisor de la curvatura vino el brusco retorcimiento y el brillante *resbalar* que se presentía mientras nuestro generador Bohling nos devolvía al espacio ordinario.

Bajé la palanca del intercomunicador cerca de mi brazo y oí la voz del Navegante Henrich, diciendo:

—Murchison, deme las coordenadas, ¿quiere?

—Espere —fue el gruñido de respuesta de Murchison—. Tendrá sus coordinadas en cuanto yo las consiga.

Hubo una pausa; entonces el capitán Knight dijo:

—¿Qué es lo que retrasa esas coordinadas, Murchison? ¿De todas maneras, dónde estamos? ¡Pongan las pantallas de visión!

—*Por favor,* capitán —la gruesa voz de Murchison resultó sorprendentemente educada. Luego lo estropeó todo—. Por favor, sea lo bastante bueno como para callarse la boca y dejar que un hombre piense.

—Murchison… —balbuceó Knight y se detuvo, Todos sabíamos un hecho cierto cerca de nuestros señalero: Hacía lo que se le antojaba. Nadie le movió jamás a realizar algo. Así que esperamos, girando y girando en algún lugar de la proximidad de la tierra, completamente ciegos detrás de nuestros muros de metal. Hasta que Murchison se decidiera a darnos algunos datos, no teníamos manera alguna de hacer descender la nave…

Tres minutos más pasaron. Luego el circuito particular de Knight utilizado cuando quería hablar a solas conmigo se encendió y me dijo:

—Loeb, baje a Comunicaciones y vea qué es lo que retiene a

Murchison. No podemos quedarnos aquí siempre.

Me metí en el bolsillo un detonador —me sabe mal cometer errores más de una vez— y abandoné mi cabina. Recorrí la pasarela, torné a la izquierda, di con la escotilla de descenso y me encontré al exterior de la puerta de Murchison.

Llamé.

—¡Márchese de aquí, Loeb! —bramó Murchison desde dentro.

Me había olvidado de que tenía instalada una pantalla de visión unidireccional al exterior de su puerta. Dije:

—Déjeme entrar, Murchison. Déjeme entrar o destrozaré la cerradura.

Percibí un fuerte suspiro y el murmullo de la cerradura al funcionar.

—Entonces, entre.

Nerviosamente empujé la puerta y asomé la cabeza y el morro detonador, esperando a medias que Murchison saltara sobre mí desde arriba. Pero estaba sentado ante un escritorio atiborrado de equipo, garrapateando notas, lo que me sorprendió. Me planté aguardando a que alzara la vista.

Finalmente lo hizo. Carraspeé al ver su faz: tensa, desencajada, pálida, cansada. Jamás había visto en el rostro de Murchison una expresión igual.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. Estamos aguardando ponernos en marcha y…

Se volvió para mirarme frente a frente.

—¿Quiere saber usted lo que ocurre, Loeb?

—Bueno, escuche: La nave está ciega. Ninguna parte del equipo marca nada. No hay captación telemétrica, ni visual, ni nada. Si puede, prepare algunas coordenadas.

VII

Celebramos una pequeña reunión media hora más tarde, en la Sala General del navío. Murchison asistió y Knight, y yo mismo, y el Navegante Henrich, y tres representantes de la tripulación.

—¿Cómo sucedió esto? —preguntó Knight.

Murchison se encogió de hombros.

—Ocurrió mientras estábamos en la combadura.

Knight miró de reojo a Henrich.

—¿Ha oído usted que ocurriera antes tal cosa? —comenzaba a parecer receloso de cualquier broma de mal gusto de Murchison.

Pero Henrich sacudió la cabeza.

—No. Y hay también una buena razón que lo explica. Si esto le ocurre a un navío, la nave no regresa para darnos detalles o indicarnos lo que le ocurrió.

El capitán Knight tenía el rostro gris. Preguntó preocupado:

—¿Qué es lo que pudo haberlo causado?

—Nadie sabe cómo son las condiciones del subespacio —dijo Henrich—. Pudo haber sido una filtración magnética en forma de campo, como Murchison sugiere. O cualquier cosa. La cuestión no es que lo originó, capitán… sino cómo volveremos.

—Murchison, ¿hay alguna posibilidad de que pueda usted reparar los instrumentos?

—No.

—¿Sólo ese… claro *No*? Infiernos, hombre, hemos visto hacer maravillas con instrumentos averiados antes.

—No —repitió Murchison con estolidez—. Lo intenté. No puedo hacer ni maldita la cosa.

—Eso significa que estamos perdidos, ¿verdad? —preguntó Carney, uno de los que regresaban después de ser relevados. Su voz

parecía un poco frenética—. ¡Igual podíamos habernos quedado en Shaula! ¡Por lo menos, seguiríamos vivos!

—Esto parece muy piojoso —reconoció Henrich. El Navegante de fino rostro fruncía el ceño sombrío—. No podemos atrevernos a una aproximación a ciegas. Nada podemos hacer. Nada en absoluto.

—Hay una sola cosa —dijo Murchison.

Todos los ojos se volvieron sobre él.

—¿Qué cosa? —preguntó Knight.

—Que un hombre se coloque un traje espacial y que se ancle en el casco exterior de la nave. Él nos guiará a viva voz… porque podrá ver, aunque nosotros no podamos.

—Morirá incinerado una vez choquemos contra la atmósfera de la Tierra —dijo—. Perderemos a un hombre y seguiremos teniendo que aterrizar a ciegas.

Murchison se mordió el labio inferior.

—Ustedes podrán calcular la altura de la nave por la temperatura del casco una vez sea posible. Además, en cuanto el navío esté dentro de la ionosfera, pueden utilizar la radio ordinaria para el resto del descenso. El problema está en llegar *hasta* ahí.

—Creo que vale la pena intentarlo —dijo el capitán Knight—. Me imagino que tendremos que echarlo a suertes. Loeb, traiga algunos fideos de la cocina para utilizarlos como pajas —su voz era áspera.

—Eso no importa —dijo Murchison.

—¿Por qué dice eso?

—Dije que no importa. Olviden lo de echarlo a suertes. Iré yo.

—Murchison…

—*¡Cállese!* —Ladró—. Es un fallo de mi departamento, así que voy a tener que salir ahí fuera. Me ofrezco voluntario, ¿lo entienden? Si alguien más quiere salir, se las enfrentará conmigo —miró a su alrededor, a cada uno de nosotros. Nadie se movió—. Veo que nadie acepta el reto. Presumo que se me ha concedido el trabajo —el sudor le corría a chorros por su cara.

Hubo un silencio de asombro, roto cuando Carney efectuó la más enojosa observación que jamás oí murmurar a un mortal.

—Trata usted de hacer las paces por golpear aquel indefenso shaulano, ¿eh, Murchison? Ahora quiere ser un héroe para que se olvide el asunto.

Pero el hombretón se limitó a volverse a Carney y decir tranquilo:

—Es usted tan ciego como los demás. No saben cuán malignos son esos *indefensos* shaulanos, ninguno de ustedes lo sabe. O qué es lo que nos han hecho —escupió—. Me dan asco. Voy a salir ahí fuera.

Dio media vuelta y se alejó… se colocó un traje espacial y se instaló sobre el casco del navío.

VIII

Las instrucciones explícitas de Murchison, retransmitidas desde el exterior del navío, permitieron a Henrich entrarnos en la zona de influencia de la Tierra. Fue todo una hazaña lograda por un trabajo en equipo.

A dieciséis mil metros por encima de la Tierra, la voz de Murchison se cortó de pronto. Fuimos capaces de captar la radio del suelo al navío entonces y así pudimos descender. Más tarde, nos dijeron que pareció como una vela ardiendo instalada en el lomo de la nave. Una llama brillante y clara destelló durante un momento cuando perforamos la atmósfera.

Y recuerdo la expresión del rostro de Murchison mientras nos dejaba para salir al vacío. Estaba tenso, amargado, esforzado… como si se viese *obligado* a salir… como si no tuviese más remedio que presentarse voluntario para el martirio.

A menudo me pregunto ahora acerca de eso. Nadie obligó jamás a Murchison hacer algo que no quisiera… hasta entonces.

Creemos que los shaulanos son gentiles, tiernos, indefensos. Murchison abofeteó a uno de ellos y a muerto. Gentiles, débiles sí… ¿Pero indefensos?

Eso empaña su glorioso halo.

Pero a veces creo que Murchison tenía razón acerca de los shaulanos, después de todo. En cualquier caso, yo nunca volveré al planeta. No pretendo, hacerlo, ni aun cuando el computador me elija otra vez para el viaje.

LOS TERRENOS DE ESPERA

J. G. Ballard

Lo que Henry Tallis, mi predecesor en el Radio Observatorio de Murak, sabía en realidad, no puedo decirlo. Daba la impresión de saberlo todo y de que aquellas tres semanas que estuvo conmigo en la estación enseñándome —cosa que podía haber hecho fácilmente en tres días—, fueron únicamente para decidir si contármelo o no. Lo cierto es que nunca lo hizo, y este juicio implícito en contra mía es una de las cosas que no he comprendido nunca.

Recuerdo que el primer día después de mi llegada a Murak me hizo una pregunta que me ha tenido preocupado desde entonces.

Estábamos en la sala del observatorio, contemplando los arenosos escollos y los conos fósiles de la jungla de volcanes, mientras caía el falso crepúsculo; la gran cúpula acerada del telescopio, de setenta metros de diámetro, enfocaba, sobre nosotros, su ojo al espacio.

—Dígame, Quaine —me preguntó Tallis de improviso—: ¿dónde le gustaría estar cuando llegue el fin del mundo?

—En realidad —admití—, no he pensado mucho sobre eso. ¿Es que es urgente?

—¿Urgente? —sonrió burlón—. Espere a estar un poco más tiempo.

Él estaba casi a punto de acabar su período en el observatorio y supuse que se refería a la desolación reinante a nuestro alrededor y que, después de quince años, iba a dejar a mi único cuidado.

Más adelante, desde luego, me di cuenta de lo equivocado que estaba cuando juzgué, erróneamente, la complicada personalidad de Tallis.

Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto ascético,

moderado y pensativo. Le vi por vez primera al desembarcar de la nave que me había trasladado a Murak. En lugar de esperarme en la rampa, permaneció sentado en su coche oruga, cien metros más allá, en el límite del puerto, contemplando, a través de sus gafas oscuras, cómo yo cogía mis maletas bajo un sol ardiente, con las piernas pesadas por la masiva desaceleración y moviéndome en una gravedad desconocida.

El gesto parecía característico. Tallis era reservado y sarcástico, todo lo que decía tenía el mismo tono deliberadamente ambiguo y el mismo aire de misterio. No es que Tallis estuviera enfermo: nadie puede pasar quince años, ni siquiera seis meses, abandonado, virtualmente solo, en una remota escoria planetaria como Murak, sin desarrollar unas costumbres especiales. En efecto, pronto me convencí de que lo más curioso en Tallis era lo bien que había sabido conservar su cordura.

Escuchó con atención las últimas noticias de la Tierra.

—Las próximas naves sin piloto al Próximo Centauro están proyectadas para el dos mil doscientos cincuenta… La Asamblea de la ONU en el lago Success se ha declarado Estado soberano…

La suspensión de la conmemoración del Día V-R… Debe de haber oído esto en todas las radios.

—No tengo radio aquí —dijo Tallis—. Únicamente la de arriba, y esa está sintonizada con la gran red espiral de Andrómeda. En Murak escuchamos solo las noticias importantes.

Comprendí que cuando las noticias llegaran a Murak, aun las más importantes, tendrían un millón de años de antigüedad; pero aquella primera tarde estaba preocupado tratando de adaptarme al desconocido planeta: la densidad de su atmósfera era notablemente alta; con una gravedad levemente elevada (1,2 E) y tenía una temperatura horrible, que oscilaba entre treinta grados bajo cero y ciento sesenta grados sobre cero; debía preocuparme también de programar algunas actividades para pasar las dieciocho horas diarias de Murak.

Sobre todo estaba la perspectiva de dos años de aislamiento absoluto.

Únicamente diez kilómetros del planeta estaban colonizados. El

observatorio estaba situado en la primera colina que marcaba el límite de la Selva de volcanes apagados, que aumentaba hacia el sur del ecuador de Murak. El observatorio consistía en un telescopio gigante y algunos edificios anexos con cúpulas de asbesto, donde se alojaban el archivador automático de datos, el generador y refrigerador, además de diversos almacenes con repuestos para vehículos, talleres, etc.

El observatorio se bastaba a sí mismo en lo referente a energía eléctrica y agua. En las granjas sitas en las colinas cercanas había baterías solares que habían sido colocadas en una extensión de un cuarto de kilómetro; los millares de elementos centelleaban a la luz del sol como un campo de diamantes, extrayendo energía del sol y aplicándola a las dínamos. En otra colina, con su boca permanentemente abierta en la cara de la roca, una corriente de agua sintética se arrastraba con lentitud por la corteza del desierto, extrayendo oxígeno e hidrógeno combinado a la superficie de los minerales.

—Tendrá usted mucho tiempo libre —me había dicho el diputado director del Instituto Astrográfico de Ceres cuando firmaba el contrato—. Es todo rutinario: pasar la corriente al campo del reflector y a las unidades del proceso, pero sin necesidad de tocar el telescopio. Un gran cerebro electrónico hace todo lo más importante grabando los datos en un programa de dos mil horas.

Traerá el envase con usted a su regreso.

—Así que, excepto apartar la arena de la puerta, ¿no tengo nada más que hacer? —comenté.

—Y recibirá un sueldo además. Probablemente no tan elevado como usted merece. Dos años parecen mucho tiempo, aun con dos períodos de descanso. Pero no tenga miedo de volverse loco.

No está solo en Murak. Usted nos cuesta dos mil libras esterlinas para ser exactos. Sin embargo, dijo que tenía que escribir una tesis. Puede usted hacerlo allí. Tallis, el observador a quien usted va a relevar, fue allí en el año dos mil doscientos tres solo por dos años, como usted, y ha estado quince. Él le enseñará todo. Es un hombre encantador en todos los sentidos, aunque quizá un poco extravagante.

Tallis me llevó al día siguiente al puerto para recoger mi pesado e inútil equipaje.

—Murak —señaló mientras su viejo Chrysler se agitaba sobre la ceniza que cubría la carretera metálica.

Cruzamos una serie de antiguos lagos de lava, unos discos de color gris mate de medio kilómetro de anchos, con sus lechos alterados por los incontables meteoros que habían caído en Murak durante un millón de años. En la distancia se distinguían un grupo de cobertizos y tres altos ascensores de mineral.

—Supongo que le habrán advertido. Hay solo un almacén, una radio y la concesión mineral. Las últimas estadísticas fidedignas fijan la población de este planeta en siete habitantes.

Yo contemplaba a mi alrededor el desierto, agrietado por el calor, y las masas de conos volcánicos amarillentos en la arena caliza.

Eran las cuatro, hora local —a primera mañana—, pero la temperatura era ya de más de ochenta grados. Marchábamos con las ventanillas cerradas, las cortinillas corridas y el refrigerador funcionando ruidosamente.

—Debe de ser muy divertido el sábado por la noche —comenté —. ¿No hay nada más aquí?

—Las tormentas térmicas, y a media tarde una temperatura de ciento sesenta grados.

—¿A la sombra?

Tallis rió.

—¿Sombra? Debe de tener usted un gran sentido del humor. No hay sombra en Murak. No lo olvide. Media hora después del mediodía, la temperatura asciende a razón de dos grados por minuto. El estar fuera de casa significa tanto como suicidarse.

Murak era un sucio agujero. En la parte trasera del almacén los molinos de mineral y las vagonetas de las plantas de extracción resonaban y crujían. Tallis me presentó al agente, un viejo malhumorado llamado Pickford, y a dos jóvenes ingenieros, ocupados en un nuevo nivelador. Nadie habló nada. Nos saludamos brevemente, pusimos mi equipaje en el asiento trasero y regresamos al observatorio.

—Un grupo de taciturnos —dije—. ¿Qué es lo que extraen?

—Tántalo, Colombio y tierras raras. Un trabajo abrumador; las concentraciones son muy difíciles de trabajar. Vinieron a Murak tentados por unas comisiones fabulosas, pero se conforman con

completar la mínima señalada.

—No puede sentir usted dejar esto. ¿Cómo ha podido aguantar aquí quince años?

—Me llevaría otros quince años explicárselo —replicó Tallis—. Me gustan las colinas desiertas y los lagos vacíos.

Hizo algunos comentarios, y al ver que yo no quedaba satisfecho tomó un puñado de arena del asiento y lo dejó escurrirse entre sus dedos.

—Tierra arcaica. Pura roca. Escupa sobre ella y todo puede ocurrir. Quizá me comprenderá si le digo que he estado esperando la lluvia. —¿Lloverá alguna vez?

—Dentro de dos millones de años; así me lo dijo alguien que vino aquí.

Hizo esta afirmación completamente en serio.

Durante los días siguientes, mientras hacíamos el inventario de los almacenes y equipos y recorríamos las instalaciones, comencé a preguntarme si Tallis no habría perdido su sentido del tiempo. La mayoría de los hombres abandonados por un período indefinido desarrollan alguna ocupación: ajedrez o cualquier otro pasatiempo, como tallar maderas con una navaja. Pero Tallis, por lo que yo podía apreciar, no había hecho nada. La cabina, un edificio de tres pisos con cúpula construido alrededor de una columna refrigerada central, era sobria y confortable. La única ocupación de Tallis parecía ser la contemplación de la selva volcánica. Era casi una actividad obsesiva: toda la mañana y parte de la tarde las pasaba en el salón mirando los cientos de conos extinguidos, visibles desde el observatorio; sus colores recorrían el espectro, desde el rojo al violeta, según el día iba dejando paso a la noche.

La primera indicación reveladora de lo que Tallis miraba llegó una semana antes de su marcha. Había empaquetado sus cosas y estábamos limpiando uno de los almacenes cercanos al telescopio. En la oscuridad, entre un montón de ventiladores, cadenas de tractor y bidones de cerveza, había un juego de pedales para mover un refrigerador, unos enormes sacos engorrosos, cajas y ciclo de engranajes operados a mano.

—¿Ha usado eso alguna vez? —pregunté a Tallis, presintiendo lo que la falta de un generador podría significar allí.

Movió su cabeza.

—Son los restos de un equipo que estuvo trabajando en los volcanes. Hay un campamento entero amontonado en estos cobertizos, en caso de que quiera irse a pasar el fin de semana o de safari.

Tallis estaba en la puerta. Moví la linterna y estuve a punto de apagarla cuando vi algo que brillaba en el suelo. Fui hacia el revoltijo, encontrando un pequeño cofre de aluminio, de unos sesenta centímetros de largo por treinta de alto. En la parte trasera tenía una batería, un termostato y un selector de temperatura. Era un recuerdo típico de una expedición montada sin mirar su coste. Probablemente sería una coctelera o algo así.

Grabadas en letras de oro estaban las iniciales «C. F. N.».

Tallis vino hacia mí.

—¿Qué es eso? —preguntó duramente, encendiendo su linterna.

Yo podía haber dejado la caja donde la encontré; pero hubo algo en la voz de Tallis, una inflexión distinta, de asombro, que me hizo sacarla a la luz del sol.

Limpié el polvo que la cubría con Tallis a mi espalda. La abrí.

Dentro había un pequeño magnetófono, un carrete y un micrófono telescópico que quedaba a poca distancia de mi boca. Era una pieza magnífica, una estupenda joya hecha a mano por algún especialista, y que costaría por lo menos quinientas libras esterlinas, aparte de la caja.

—Estupendamente equipada —señalé a Tallis—. La cámara de aire está aún intacta.

Pasé mis dedos sobre el indicador de velocidades y el selector de seis canales que estaba sobre él. Estaba equipado con un selector de sonidos mediante el cual se podía detectar cualquier ruido, desde el vuelo de una mosca al paso de una cigüeña.

El carrete con la cinta se había perdido, y me pregunté si podía haber desaparecido con él, cuando vi que alguien se me había adelantado. La cinta había sido arrancada tan rudamente que uno de los carretes había salido de su cojinete. El otro estaba vacío y solo había unos fragmentos de la cinta perdida.

—El que lo haya hecho tenía prisa —comenté en voz alta.

Cerré la tapa, limpié con mis dedos las iniciales y añadí:

—Debe de pertenecer a alguno de los miembros de la expedición C. F. N. ¿Quiere llevárselo para devolvérselo?

Tallis me miró pensativo.

—Creo que los dos miembros de la expedición murieron aquí. Hace ya dos años.

Me habló del incidente. Dos geólogos de Cambridge había negociado con el Instituto la ayuda de Tallis para establecer un campamento dentro de la selva volcánica, donde trabajarían durante un año analizando los materiales del centro del planeta.

El coste del flete de un vehículo a Murak era prohibitivo; por eso Tallis había transportado todo el equipo al campamento.

—Solía visitarlos una vez por mes, con latas de Combustible, agua y suministros. La primera vez todo iba bien. Los dos tenían unos sesenta años, pero soportaban bien el calor. El campamento y el laboratorio estaban en terreno liso y tenían un pequeño transmisor para casos de urgencia. Los vi tres veces más. En mi cuarta visita se habían evaporado. Pensé que habrían salido durante una semana. Todo estaba en orden. El transmisor funcionaba, y no faltaban ni agua ni combustible. Por eso deduje que habrían ido a recoger algunas muestras, se habían perdido y habían muerto a causa de la elevada temperatura de la tarde.

—¿No encontró nunca sus cuerpos?

—No. Estuve buscándolos, pero en la selva volcánica los contornos del piso del valle cambian de hora en hora. Lo notifiqué al Instituto, y dos meses después vino un inspector de Ceres. Recorrí los alrededores con él, sin ningún fruto. Certificó sus muertes y me ordenó que desmantelara el campo y lo trajese aquí. Había pocas cosas personales; pero no he oído nada sobre si tenían amigos o parientes.

—Trágico —comenté.

Llevé el magnetófono al cobertizo. Era la una de la tarde, y el sol que caía sobre el tejado parecía un líquido de fuego.

Me volví hacia Tallis y le dije:

—¿Qué esperaban encontrar en la jungla? El carrete con la cinta se ha perdido.

—¿De verdad? ¿Qué quiere sugerir?

—Nada. Es curioso. Me sorprende que no hubiese nada más que una investigación.

—¿Por qué? Venir aquí cuesta ochocientas libras esterlinas desde Ceres, que es el punto más cercano, y más de tres mil desde la

Tierra. Trabajaban privadamente. ¿Por qué gastar tiempo y dinero en lo que estaba perfectamente claro?

Intenté sonsacar a Tallis para que me proporcionara más detalles; pero sus últimas palabras parecían cerrar el episodio. Comimos en silencio; después recorrimos las granjas solares, reemplazando los pares térmicos quemados. Iba a quedarme solo, con una cinta perdida, dos muertos y la vaga sospecha de que algún secreto los unía.

En los días siguientes esperé que Tallis me revelara alguna clave del enigma tejido a su alrededor.

Supe algo que me dejó atónito.

Le pregunté acerca de sus planes para el futuro. Eran indefinidos; dijo vagamente algo sobre unas vacaciones, pero todo sin energía, como si no le agradara su retiro. En los últimos días, poco antes de su partida, todo su pensamiento estaba fijo en la selva volcánica. Desde muy temprano hasta última hora de la noche, permanecía sentado, silencioso, en su silla, mirando el fantasmagórico panorama de los conos, sumido en algún mar de tiempo privado.

—¿Cuándo regresará? —pregunté, en parte burlón y en parte curioso por saber por qué dejaba Murak.

Tomó la pregunta en serio.

—Creo que no volveré. Quince años es mucho tiempo, casi el límite de lo que uno puede pasar sin interrupción en un mismo sitio. Después de eso, uno se encuentra institutionalizado…

—¿Sin interrupción? —le interrumpí—. ¿No ha disfrutado sus permisos?

—No. Estuve ocupado aquí.

—¡Quince años! —exclamé—. Dios mío, ¿por qué? ¿Y precisamente aquí? ¿Y qué quiere decir «ocupado»? Ha estado sentado aquí, esperando para nada. ¿Qué esperaba encontrar, de todas formas?

Tallis sonrió evasivamente, intentó decir algo, pero después juzgó más oportuno no hacerlo.

Las preguntas llovían a su alrededor. ¿Qué esperaba? ¿Podían estar aún vivos los geólogos? ¿Qué esperaban para regresar o hacer

alguna señal? Mientras le veía pasear por la cabina en su última mañana en Murak me iba convenciendo de que había algo que no quería decirme. Miraba el desierto casi de un modo melodramático, retrasando su partida hasta escuchar la sirena de aviso en el puerto. Cuando subíamos al oruga, yo esperaba ver aparecer los ardientes espectros de los dos geólogos, saliendo amenazadores de la selva de volcanes, lanzando gritos de muerte y venganza. Estrechó calurosamente mi mano antes de subir a bordo.

—¿Ha anotado bien mi dirección? ¿Seguro?

Por alguna razón, lo que confundió mis sospechas, había insistido en que el Instituto y yo estuviéramos en contacto con él.

—No se preocupe —contesté—. Le comunicaré si llueve.

Me miró sombríamente.

—No espere demasiado.

Sus ojos se volvieron hacia el Sur y su vista se perdió en el horizonte, en las colinas que marcaban el fin del mar de conos. Y añadió:

—Dos millones de años es mucho tiempo.

Cogí su brazo mientras caminábamos hacia la rampa.

—Tallis —le pregunté—, ¿qué es lo que espera? Hay algo aquí, ¿verdad?

Se apartó de mí, mirando su reloj de pulsera y diciendo solo:

—¿Qué?

—Ha estado intentando decírmelo toda la semana —insistí—. Dígamelo ya, hombre.

Movió su cabeza, murmuró algo acerca del calor y desapareció rápidamente por la pasarela.

Yo comencé a gritar:

—¡Esos dos geólogos viven!

Pero la sirena sonó y Tallis desapareció en la cabina de pasajeros, mientras la tripulación retiraba la escala.

Permanecí en el puerto hasta que la nave despegó, esperando hasta el último momento que Tallis me diera una explicación.

Media hora más tarde se había ido.

En los días siguientes Tallis comenzó a obsesionarme.

Gradualmente iba al observatorio e inventaba nuevas rutinas

para pasar el tiempo siempre en movimiento. Mayer, el metalúrgico de la mina, venía muchas tardes a jugar al ajedrez y a olvidar las bajas cantidades extraídas. Era un hombre grande, musculoso, de unos treinta y cinco años, que odiaba el clima de Murak, geólogo y buen compañero, un poco rudo, pero el tipo de tónico que yo necesitaba tras la sobredosis de Tallis.

Mayer había visto a mi antecesor solo una vez, y no había oído hablar nunca de la muerte de los dos geólogos.

—¿Qué buscarían esos locos? Desde luego, nada relacionado con la geología. Murak no tiene nada.

Pickford, el viejo agente del almacén, era la única persona en Murak que recordaba a los dos hombres; pero el tiempo había casi borrado sus recuerdos.

—Eran vendedores —me dijo, cargado su pipa—. Tallis hizo mucho trabajo para ellos. Y nunca más han venido tratando de vender todos esos libros.

—¿Libros?

—Cajas llenas. Biblias, si no recuerdo mal.

—Podían ser libros de texto —sugerí—. ¿No los ha visto?

—Desde luego —respondió—. Lujosos, bien encuadernados, caros. «No podrán venderlos aquí», les dije.

Esto sonaba exactamente igual que una obra del más puro humor académico. No imaginaba a Tallis y a los científicos riéndose de Pickford y enseñándole algunos de sus libros como si fueran representantes.

Supongo que yo habría olvidado todo el episodio, de no haber encontrado unos mapas hechos por Tallis que de nuevo despertaron mi interés. Había unos veinte mapas, de un radio de treinta y cuatro kilómetros del observatorio, y que comprendían la selva de volcanes. Uno de ellos tenía una señal, que comprendí debía ser el campamento de los geólogos y la ruta a seguir para llegar hasta él desde el observatorio. El campamento estaba justamente a dieciséis kilómetros, en un terreno rugoso, pero no difícil de alcanzar para un coche oruga.

Sospechaba que me estaba preocupando inútilmente. La dirección de una flecha en un mapa, la débil sugestión de una

misteriosa X, y yo partiría como un cohete tras una mina o dos tumbas misteriosas. Estaba casi seguro de que Tallis no había sido responsable, ni siquiera por negligencia o descuido, de la muerte de los dos hombres, pero aún quedaba un gran número de preguntas sin respuesta.

Al amanecer el día siguiente subí al oruga, metí mi pistola de llama en la pistolera y partí para recomendar a Pickford que estuviera a la escucha de alguna llamada, con la contraseña «Primero de mayo», procedente del transmisor del Chrysler.

Después saqué el oruga fuera del recinto del observatorio y me dirigí hacia un camino entre dos granjas de baterías, siguiendo la ruta marcada en los mapas. A mi espalda, el telescopio movía lentamente sus bujías, con su gran oído de acero pendiente de Cefeo. La temperatura era baja, diecisiete grados, una temperatura muy baja para Murak; el cielo tenía un tono cereza, cortado por franjas de índigo que arrojaba luces violetas en dirección de los conos gris ceniza de la selva.

Pronto quedó atrás el observatorio, oscurecido por el polvo. Pasé el sintetizador de agua, y en menos de veinte minutos llegué al primer cono, un gigante blanco de sesenta metros de altura, y, rodeándolo, entré en el primer valle. A ciento cincuenta metros, en las sombras, los volcanes parecían una manada de enormes elefantes, separados por los estrechos y polvorientos valles, algunos de solo noventa metros, y aquí y allá el lecho de un lago de lava fósil. Procuré seguir las huellas dejadas por el Chrysler en sus viajes anteriores.

Llegué al lugar pasadas tres horas. Lo que había sido el campamento estaba en una especie de playa mirando a uno de los lagos; se reducía a una pequeña colección de bidones de combustible y vacíos tanques de agua, casi enterrados en el polvo arrastrado por las brisas. En el extremo más lejano del lago, los conos se extendían hacia el Sur. Detrás, un grupo de agudos riscos se recortaban contra el cielo.

Caminé hacia el campamento, en busca de algún rastro de los geólogos. Una mesa metálica de campo, muy estropeada, estaba en el suelo. La volví y no encontré nada, excepto un cuaderno de notas y un teléfono, con el receptor sólidamente unido a la horquilla.

Tallis había recogido aquello demasiado bien.

La temperatura estaba ya por encima de los cien grados cuando volví a subir al oruga, y un par de kilómetros más adelante tuve que detenerme, porque la unidad de refrigeración estaba agotando la bujía y atascaba el motor. La temperatura fuera era de 130 grados. El cielo parecía una concha, reflejado en los conos a mi alrededor, de tal forma que parecía echarme encima cera derretida.

Conseguí arreglarlo de forma que el antiguo motor proveyera aún de energía al refrigerador. Tardé casi una hora en regresar, oyendo constantemente el rugido del motor, con el pie derecho dormido, y pensando en Tallis y en los dos geólogos.

Aquella tarde estaba algo quemado por el sol y determiné empezar a escribir mi tesis.

Una tarde, dos o tres meses después, mientras jugábamos al ajedrez, Mayer dijo:

—He visto a Pickford esta mañana. Me dijo que tenía algo que enseñarle.

—¿Video tipos?

—Biblias. Creo que fue eso lo que dijo.

Fui a ver a Pickford en cuanto bajé a la colonia. Estaba en la sombra, tras el mostrador, con un traje sucio y arrugado.

—Esos vendedores por los que preguntaba —explicó—. Le dije que vendían Biblias.

Asentí.

—¿Y bien?

—He encontrado algunas.

—¿Puedo verlas? —dije, apagando mi cigarrillo.

Me señaló el final del mostrador con su pipa.

—Al final.

Le seguí por entre los estantes, llenos de ventiladores, radios y televisores, todos modelos anticuados, importados años antes para servir a unos colonos de Murak que no habían llegado nunca.

—Aquí están.

Contra la pared del almacén había tres cajas de madera con tapa metálica. Pickford buscó algo para abrirlas.

—Creo que usted comprará alguna. —¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Casi un año. Tallis olvidó recogerlas. Las encontré la semana pasada.

Dudoso, pensé: «Más probable era que él las hubiera ocultado».

Esperé que la abriera. Pickford levantó los precintos con cuidado, y un grupo de libros encuadernados en piel negra con adornos de marroquinería quedó al descubierto.

Tomé uno de ellos y acerqué el lomo a la luz.

Era una Biblia, como Pickford había dicho. Debajo había una docena más.

—Estaba usted en lo cierto —le dije.

Pickford cogió una silla y se sentó sin dejar de mirarme.

Cogí otra Biblia. Era la versión autorizada del rey James. Una etiqueta del volumen cayó al suelo, y me di cuenta de que no procedían de ninguna biblioteca particular.

Las encuadernaciones eran distintas. El siguiente volumen que cogí era un ejemplar de la Vulgata.

—¿Cuántas cajas dejaron? —le pregunté.

—¿De Biblias? Con esta, catorce o quince. Las encargaron todas antes de partir. Esta era la última.

Sacó otro volumen y dijo:

—Buenas condiciones, ¿eh?

Era un Corán.

Continué sacando volúmenes, y Pickford me ayudó a colocarlos en los estantes. Cuando acabé había noventa en total: treinta y cinco Biblias (veinticuatro versiones autorizadas y once Vulgatas), quince ejemplares del Corán, cinco del Talmud, diez del Bhagavat Gita y veinticinco del Upanishads.

Tomé un ejemplar de cada uno y pagué diez libras a Pickford.

—Si alguna vez desea más, quizá pueda hacerle un descuento.

Cuando Meyer vino aquella tarde, en seguida vio los seis volúmenes en mi mesa.

—Los ejemplares de Pickford —le expliqué.

Le dije también que habían encontrado la caja en el depósito y que había sido entregada por los geólogos después de su llegada.

—Según él, tenían un total de quince cajas. Todas Biblias.

—Es un viejo.

—No. Su memoria es buena. Había otras cajas, puesto que esta estaba allí y él sabía que contenía Biblias.

—Quizá fueran vendedores.

—Lo cierto es que no eran geólogos. ¿Por qué diría Tallis que lo eran? Además, ¿por qué no mencionó él nunca esas Biblias?

—Tal vez las había olvidado.

—¿Quince cajas de Biblias? ¿Qué harían con ellas?

Mayer se encogió de hombros.

—¿Quiere que me ponga en contacto con radio Ceres?

—Todavía no. No hay nada que comunicar.

—Puede haber una recompensa. Probablemente cuantiosa. ¡Podría volver a casa!

—Tranquilícese; primero hay que averiguar qué hacían aquí esos geólogos, por qué encargaron esa fantástica cantidad de Biblias.

Por lo que quiera que fuere, juraría que Tallis lo sabía. Al principio pensé que debieron haber descubierto una mina y fueron eliminados por Tallis: esa cinta magnetofónica era sospechosa. O también pudieron fingir sus propias muertes, de forma que pudieran pasar un par de años trabajando la mina, utilizando a Tallis como proveedor. Pero todas esas Biblias significan que debemos comenzar a pensar de una forma completamente distinta.

Durante tres días, pendiente del reloj, descansando solo un poco para dar una cabezada en el asiento del Chrysler, exploré la selva de volcanes, recorriendo todo el laberinto de valles, trepando a la cresta de cada cono, explorando con cuidado cada vena de cuarzo, cada risco o cueva que pudiera esconder lo que yo buscaba.

Mayer se encargaba del observatorio, yendo allí todos los días por la tarde. Me ayudó a reacondicionar un viejo generador Diésel que encontramos en uno de los almacenes, y que colocamos en el asiento trasero para dar a la cabina el calor necesario para soportar los treinta grados bajo cero nocturnos y alimentar los tres grandes faros, que colocamos en el techo. Hice dos viajes con combustible al campamento, limpiándolo y convirtiéndolo en mi base.

En la inmensa franja de arena de la selva volcánica calculamos que un hombre de sesenta años podía caminar, como mucho, un kilómetro y medio en una hora, y en dos horas dada la temperatura de setenta grados. Esto significaba que, dondequiera que se encontraran sus cuerpos, tenía que ser en unos veinte kilómetros cuadrados, sin incluir el regreso.

Exploré los volcanes todo lo minuciosamente que pude,

marcando cada cono y los valles adyacentes en el mapa, según los iba recorriendo, a una velocidad de ocho kilómetros por hora y con el motor del coche rugiendo sin cesar, desde la tarde, cuando los valles se llenaban de fuego y parecía que la lava corría por ellos de nuevo, hasta la medianoche, en que los conos parecían enormes montañas óseas, sombríos cementerios, presididos por las fantásticas columnatas y galerías de arena, suspendidas de las orillas del lago como catedrales invertidas.

Forcé el Chrysler, bajando el parachoques para desarraigar cualquier peñasco o roca sospechosos que pudieran esconder una mina, martillando entre las dunas de arena blanca que levantaba nubes alrededor del oruga, nubes que parecían polvo de seda.

No encontré nada. Los promontorios y los valles estaban desiertos; los cráteres, vacíos; su suelo, hundido con meteoros, rocas sulfurosas y polvo cósmico.

Decidí esperar otro día más, y descansé un poco.

—Voy a regresar —comuniqué a Mayer con el transmisor—. No hay nada. Recogeré el combustible que hay aquí y le veré para el desayuno.

La aurora me sorprendió cuando ya casi estaba en el campamento. Recogí las latas de combustible y las puse en el asiento de atrás, al mismo tiempo que cogía otras cosas, ya que pensaba que aquel sería mi último viaje. Me senté ante la mesa de campo y esperé que el sol saliera tras los conos, sobre el lago.

Cogí un puñado de arena de la mesa y lo examiné.

—Tierra arcaica —dije, repitiendo las palabras de Tallis.

Estaba a punto de escupir sobre la tierra cuando me di cuenta de algo.

Unos ocho kilómetros, en la parte más lejana del lago, silueteada contra el sol naciente sobre los volcanes, había una escarpadura de unos treinta metros de alta, cuya roca pizarrosa corría a lo largo de tres kilómetros y desaparecía entre los conos del Sudoeste. Sus contornos eran duros y bien definidos, y sugerían que los materiales eran anteriores al período volcánico del planeta. Los riscos cruzaban el desierto, rígidos, y parecían indicar que así había sido Murak en sus principios, cuando los arenosos conos y los verdes agujeros no existían, y había sido el único testigo del fin del planeta.

No era más que una suposición, pero hubiera apostado mi paga

de los dos años a que las rocas eran arcaicas. Estaban a tres millas del área que yo había recorrido. ¡La idea de una mina me invadió de nuevo!

El lago estaba a mitad de camino. Lo crucé con el oruga a cuarenta, perdiendo treinta minutos buscando un camino entre unos complicados escollos de arena, y después entré en un profundo valle que conducía directamente a las escarpaduras.

Aproximadamente a un kilómetro de distancia vi que no era un risco estrecho y continuo, sino una meseta circular. Era curioso el casi perfecto plano de la cima, como si hubiera sido cortada por una espada gigantesca. Sus vertientes eran simétricas; tenían un mismo ángulo de unos treinta y cinco grados, y formaban una roca uniforme, sin fisuras ni grietas.

Alcancé su pie en una hora, paré el coche y caminé hacia la roca azulada que se extendía frente a mí, como una isla en medio del desierto.

Puse de nuevo en marcha el motor y pisé a fondo el acelerador.

Conduciendo el Chrysler oblicuamente a su falda, reduciría al mínimo el ángulo de ascensión. Trepé poco a poco, conduciendo el oruga en zigzag.

Llegué a la cima y miré la meseta, de unos tres kilómetros de diámetro, desnuda, excepto por un ligero y brillante polvo cósmico azulado.

En el centro había un enorme lago que ascendía en espiral desde el oscuro fondo.

Saqué la cabeza por la ventanilla, manteniendo la velocidad y conduciendo con cuidado. No había allí meteoritos ni rocas; probablemente el lago se helaba por la noche y se fundía y extendía según la temperatura iba subiendo.

Todo parecía tan duro como el acero; me detuve cerca del borde y subí al techo del coche.

La perspectiva era suficiente. El lago no parecía ser más que un charco poco profundo de medio kilómetro de ancho.

Volví a la cabina y aceleré. La charca, como la meseta, era un círculo perfecto, imitando un cráter volcánico.

Llevé el oruga hasta la orilla, y salí.

En el centro del charco, cinco enormes rectángulos de piedra salían de una amplia base pentagonal.

Este era el secreto que Tallis no quiso revelarme.

El lago estaba vacío, el aire era cálido y me rodeaba un extraño silencio tras los tres días de escuchar el motor del coche.

Empecé a caminar hacia el centro. Por primera vez desde mi llegada a Murak me resultaba imposible ver los brillantes colores del desierto y de la selva volcánica. Estaba en un mundo azul pálido, tan puro y exacto como una ecuación geométrica, compuesto por el piso circular, la base pentagonal y los cinco rectángulos de piedra que se levantaban hacia el cielo, como el templo de una extraña religión.

Tardé casi tres minutos en llegar al monumento. A mi espalda quedaba el oruga.

Llegué a la base, que tenía un metro de espesor y debía de pesar por lo menos mil toneladas, y puse las palmas de mis manos en su superficie. Como los megalitos que estaban encima, el pentágono no tenía adornos y era geométricamente perfecto.

Me aproximé al primer megalito. Las sombras que me rodeaban eran enormes paralelogramos aguzando sus ángulos según se levantaba el sol. Estaba en el centro del grupo, dándome cuenta de que ni Tallis ni los dos geólogos podían haber levantado estas piedras, cuando vi que la superficie entera del megalito más cercano estaba cubierta, fila a fila, por jeroglíficos finalmente cincelados.

Pasé mi mano por su superficie. Muchos trozos se habían desprendido, dejando un rastro indescifrable, pero la mayor parte de la superficie estaba intacta, llena de símbolos pictográficos y complicada escritura cuneiforme que corría de arriba abajo por las estrechas columnas.

Fui hasta otro megalito. Este también estaba cubierto por cientos de miles de símbolos diminutos, con las columnas separadas por una fina raya, que recorría toda la longitud del megalito.

Estaban escritos en media docena de lenguas, en alfabetos que yo nunca había visto antes, y con cifras, sin significado aparente, entre ellos. Pude ver unos asteriscos, símbolos que parecían ser numerales, y una peculiar forma serpentina que podía representar una figura humana estilizada.

De repente vi:

CYR*RK VII
A*PHA LEP**IS
A*O
1317

Abajo había otra, estropeada, pero legible:

AMEN*TEK LC*V
*LPHA
LE*ORIS
AÑO
13**

Había espacios en blanco entre las letras, en los cuales el tiempo había arrebatado pequeños granos de piedra.

Mis ojos recorrieron la columna. Había muchas más notas:

PON*AR*H* CV
ALPH* L*PORIS A***318
MYR*K LV*
A**HA LEPORI* AÑO 13*9
KYR** XII
ALPH* LEP*RIS AÑO 1*19

La lista de nombres, todos del Alpha Leporis, continuaba a lo largo de la columna. Los seguía hasta el final, donde la lista de nombres continuaba hasta solo unos centímetros de la base, y leí tres o cuatro nombres al azar:

M*MARYK XX*V
A*PHA
LEPORI*
AÑO
1389
CYRARK IX

ALPHA
*EPORIS
AÑO
1390

Me dirigí al megalito situado a mi izquierda, y comencé a examinar las inscripciones con cuidado.

Aquí se leía:

MINYS-259
DELTA ARGUS
AÑO
1874
TYLNYS-413
DELTA ARGUS*ÑO 1874

Había menos espacios blancos; a la derecha de la cara, las anotaciones eran más recientes, la escritura más aguda. Todos estaban en cinco lenguas distintas, cuatro de ellas, incluido el terrícola, eran traducciones de la primera, escritos de izquierda a derecha, al margen de cada columna.

El tercero y cuarto megalitos tenían anotaciones del Gamma Grus y de Beta Trianguli. Seguían el mismo patrón: sus superficies divididas en columnas, cada una de las cuales tenía unas cuantas filas de anotaciones, las cuatro escrituras jeroglíficas seguidas por la terrestre, señalando los mismos datos por la misma fórmula: nombre, lugar, fecha.

Cuando miraba el cuarto megalito, el quinto estaba con su cara oculta.

Fui hacia él, curioso por adivinar el inmenso catálogo de nombres que podía encontrar en él; pero el quinto megalito estaba en blanco.

Mis ojos recorrieron su limpia superficie, con el único trazo de la línea que separaba las columnas y que algún maestro de las estrellas había cincelado para registrar nombres de la Tierra que nunca habían llegado.

Volví a los otros megalitos y permanecí media hora leyendo nombres al azar, pasando las manos, involuntariamente, por las

grandes inscripciones, siguiendo con los dedos las evoluciones de los jeroglíficos, buscando en ellos alguna clave de la identidad y propósito de la raza estelar:

COPT*C LEAGUE
MLV
BETA
TRIANGULI
*ÑO
1723
ISARI* LEAGUE VII
BETA
*RIANGULI
AÑO
1724
MAR-5-GO
GAMMA GRUS
AÑO
1959
VEN-7-GO
GAMMA GRUS
AÑO
1960
TETRARK XII
ALPHA
LEPORIS
AÑO
2095

Las dinastías se repetían una y otra vez: Cyrark, Minys, Go, separadas por veinte o treinta años de intervalo; parecían ser generaciones. Antes del año 1200 todas las anotaciones eran ilegibles. Representaban casi la mitad del total. Las superficies de los megalitos estaban cubiertas casi por completo, y supuse que la anotación más antigua debía haber sido hecha hacía 2.200 años, es decir, poco después del nacimiento de Cristo. Sin embargo, la frecuencia de las anotaciones aumentaba algebraicamente: en el siglo XV había una o dos por año; del siglo XX, cinco o seis, y en el

año que corría el número oscilaba de veinte anotaciones del Delta Argus a más de treinta y cinco de Alpha Leporis.

La última, en el extremo de la derecha, casi junto a la base del megalito, era:

CYRARK CCCXXIV
ALPHA
LEPORIS
AÑO
2218

Las letras estaban grabadas recientemente, quizá no hacía más de un día, o solo unas pocas horas.

Acabado mi escrutinio, busqué huellas de neumático de algún vehículo o de pies en la charca, o bien los instrumentos o andamiaje.

Pero no se veía nada en el polvo, excepto las huellas de mi coche.

Estaba sudando; el termo-alarma sujeto a mi muñeca señaló que la temperatura era de ochenta y cinco grados a noventa minutos del mediodía. Alcanzaría los cien grados mirando a los megalitos, y después regresé al coche.

La brisa levantaba nubes de polvo del piso del lago, y el cielo era de un color rojo oscuro, moteado por las presiones térmicas, que aparecían sobre mí como nubes tormentosas. Corrí durante media hora, deseando encontrar a Mayer. Sin su confirmación las autoridades de Ceres podían tomar mi noticia como una fantasía de lunático. Además, quería que él llevase su máquina de fotografiar; podíamos revelar las fotografías en media hora y radiarlas como una prueba irrefutable.

Y lo que era más importante: quería compartir mi descubrimiento con alguien entendido en números. La frecuencia de las anotaciones en los megalitos y la virtual carencia de espacio —al menos que utilizaran los reversos de las columnas— sugerían que se acercaba el punto culminante; probablemente era lo que Tallis había estado esperando. Cientos de anotaciones se habían grabado durante los quince años que él había estado en Murak; mirando todo el día desde el observatorio debía de saber quién era el autor.

Una vez dentro del coche pulsé instintivamente el transmisor de urgencia. Pronto escuché la voz de Mayer.

—¿Quaine? ¿Es usted? ¿Dónde se ha metido, hombre? He estado a punto de dar la alarma.

Estaba en el campamento. Había llamado allí desde el observatorio cuando llegó, y temió que se hubiera estropeado el coche y salió a buscarme.

Llegué al campamento media hora después. Mayer intentó convencerme para regresar; pero, sin decir nada, llevé el coche hacia el lago, siguiendo las huellas de mis dos viajes, el de ida y el de regreso. La temperatura era de noventa y cinco grados, y la arena y el valle comenzaban a parecer adustos y antipáticos.

Mientras conducía a Mayer al lago, mi pensamiento giraba como una rueda loca, y cuando el coche subía hacia la meseta empecé a sentir miedo.

El centro de la meseta estaba oscuro. Conduje hacia él. Mayer se movía inquieto. A algunos metros de la orilla, el aire se aclaró y pudimos ver los megalitos. Mayer saltó al exterior en cuanto detuve el motor. Bajamos al lago y preparamos las pistolas, dirigiéndonos rápidamente hacia el centro.

Tenía el presentimiento de que alguien nos esperaba, pero los megalitos estaban desiertos. Llegué al pentágono algunos metros antes que Mayer y le ayudé a subir.

Comenzamos a examinar las columnas leyendo las anotaciones.

Entonces le llevé a las otras, recapitulando sobre lo que yo había descubierto, e indicándole el que estaba en blanco, reservado para la Tierra.

Mayer me escuchaba, mirando estúpidamente los megalitos.

—Quaine ha encontrado algo importante —murmuró—. Debe de ser algún templo.

—Mírelos, Mayer. ¡Han estado viniendo aquí desde hace miles de años! ¿Comprende lo que esto significa?

Mayer tocó uno de los megalitos.

—Argive League veinticinco… Beta Tri… —leyó—. Hay otros, entonces. Dios Todopoderoso. ¿Qué cree usted que son?

—¿Qué importa eso? Escuche. Deben de haber construido esta meseta ellos mismos, cavado este lago y cortado las losas de la misma roca. ¿Puede imaginar las herramientas necesarias?

Estábamos en un estrecho rectángulo de sombra. La temperatura había aumentado a 105 grados.

—¿Qué es, entonces? —preguntó mi acompañante—. ¿Su cementerio?

—No. ¿Para qué reservar, entonces, una losa para la Tierra? Si son capaces de aprender nuestro idioma, debe ser con algún fin.

Y, además, las complicadas costumbres fúnebres son signos de decadencia, y aquí hay algo que sugiere exactamente lo contrario.

Estoy convencido de que en algún tiempo futuro tomarán parte en algo que se celebrará aquí.

—Puede ser, pero ¿qué? Piense en nuevas categorías. —Mayer miraba de reojo a los megalitos—. Puede ser una enorme lista de los invitados a una reunión cósmica.

De pronto notó algo. Presionó con sus manos la superficie del obelisco que estaba ante nosotros y lo examinó detenidamente.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Cállese! —gritó.

Arañó con sus uñas la superficie, intentando despegar algunos granos, y añadió:

—Quaine, estos monolitos no son de piedra.

Sacó una navaja del bolsillo de su chaqueta y consiguió desprender un trozo de unos centímetros. Intenté detenerle, pero me apartó y siguió tratando de recoger más fragmentos.

Se volvió hacia mí.

—¿Sabe lo que es? ¡Oxido de tántalo! El noventa por ciento. No me extraña que nuestras extracciones sean fantásticamente pequeñas. No podía comprenderlo, pero esta gente… —Golpeó los megalitos con furia— han vaciado el planeta para construir estas estupideces.

Temperatura de ciento quince grados; el aire comenzaba a tomar un tono amarillento, y respirábamos con dificultad.

—Volvamos al coche —traté de tranquilizarle.

Mayer había perdido el control y estaba furioso. Con su ancha espalda, mirando los cinco megalitos, la cara contorsionada por el calor, parecía un subhombre loco cogido como trofeo de un supercazador galáctico.

Nos dirigimos al oruga.

—¿Qué quiere usted hacer? —le grité—. ¿Derribarlos y

arrastrarlos hasta su molino?

Mayer se detuvo; el polvo azul se enredaba en sus piernas. El aire se espesaba mientras el piso del lago extendía el calor. El coche estaba solo a sesenta metros, brindándonos su cabina refrigerada como un asilo.

—Eso es imposible. Podríamos almacenarlas cerca del observatorio, para llevarlas más tarde a mi refinadora.

Continué caminando, negando con la cabeza. El calor estaba dañando a Mayer, haciéndole verter la amargura de varios años de fracaso.

—Es una idea. ¿Por qué no nos ponemos en contacto con Gamma Grus? Puede ser que nos den permiso.

—En serio, Quaine —me dijo él—. En un par de años seremos ricos.

—¡Está loco! El calor ha desquiciado su cerebro.

Comencé a escalar el borde. La próxima hora en la cabina se presentaba difícil, junto a un maniático empeñado en desmenuzar las estrellas. El bulto de la pistola me tranquilizó; un poder insignificante contra la psique de Mayer.

Casi había salido del lago cuando oí sus pies arrastrarse por el polvo. Empecé a volverme, en el mismo momento que él se acercaba a mí con un tremendo pedrusco en la mano, y me golpeó en la cabeza. Caí, le miré un momento y me levanté de un salto, abalanzándome hacia él. Luchamos un momento; pero él, más fuerte, me asestó un derechazo en la cara.

Caí de espalda, aturdido; el golpe parecía haberme roto todos los huesos de la cara. Mayer echó a correr. Alcanzó el borde y se dirigió al coche.

Desenfundé la pistola de llamas, quité el seguro y apunté a Mayer. Estaba ya abriendo la portezuela del oruga. Apreté el gatillo en el momento en que abría la puerta. Se volvió al oír la detonación y vio el plateado proyectil cortando el aire hacia él.

Entonces se agachó.

El proyectil pasó rozándole y se estrelló contra la cabina del oruga. Hubo un brillante estallido de luz que se convirtió, segundos más tarde, en globo de fuego incandescente de vapor de magnesio de varios metros de diámetro. Poco a poco, las paredes y el parabrisas del oruga se iban fundiendo. Fuera, entre un remolino, la

figura de Mayer se cubría la cara con las manos.

Caminó hacia el borde y cayó sobre el polvo, como un fardo.

Miré mi reloj. Faltaban diez minutos para el mediodía. La temperatura era de 130 grados. Me levanté y traté de alcanzar el coche; mi cabeza bullía como un volcán y no estaba seguro de tener fuerzas suficientes para salir del cráter.

Pude ver el coche, casi derretido.

Enfundé la pistola y miré a mi alrededor.

Faltaban cinco minutos. Todo parecía cubierto de fuego, que caía como una cascada desde el cielo, llenaba el fondo del lago y ascendía de nuevo como un torrente sin fin. Los megalitos estaban ocultos por cortinas de luz brillantes; pero entre ellos quizá hubiera sombra.

Anduve algunos metros. El sol estaba exactamente encima de mí.

Su disco era como el lago, y parecía estar a pocos metros de mi cabeza, con ríos de fuego saliendo de su superficie y extendiéndose en todas direcciones. Había un terrorífico rumor, como si todos los volcanes quisieran entrar de nuevo en erupción.

Caminé como en un sueño, con los ojos cerrados, por el horno que me rodeaba. Entonces descubrí que estaba sentado en el suelo.

Y una extraña visión se adueñó de mi pensamiento.

Caía entre los eones, en una espiral, girando en un remolino, extendiéndome entre la desintegrante matriz de lo continuo, una pesadilla de un vuelo desde el cósmico Ahora. Entonces un millón de chispas luminosas se encendían a mi alrededor, iluminando los curvados terraplenes de tiempo y espacio, virando entre las estrellas hacia el borde de la galaxia. Mis dimensiones se perdían en una metafísica extensión del cero astral, y era empujado hacia las estrellas. Pasillos luminosos se encendían y apagaban a mi alrededor, y pasé Aldebarán, subí por encima de Vega, zumbaba al pasar Antares; finalmente distinguí cientos de años luz cerca de la corona de Canopus.

Las épocas se sucedían. El tiempo se amasaba en frentes gigantescos, chocando contra mutilados universos.

Abruptamente, el infinito mundo del mañana apareció ante mí: diez mil años, cien mil, innumerables millones corrían adelantándome en un estallido de luz, una iridiscente catarata de

estrellas y nebulosas, entrelazadas por súbitas trayectorias de vuelo y exploración.

Y entré en el profundo tiempo.

Tiempo: 1.000.000 de mega-años. Vi la Vía Láctea, un carrusel de fuego, y los remotos descendientes de la tierra, incontables razas habitantes de cada sistema estelar de la galaxia. Las áreas oscuras entre las estrellas eran un continuo y tintineante campo de luz, un gigantesco océano fosforescente, lleno de pulsos vibrantes de caminos de comunicación electromagnéticos.

Para cruzar los enormes espacios entre las estrellas habían atrasado progresivamente su tiempo psicológico, primero diez, después cien pliegues, acelerando así el tiempo galáctico y estelar. El espacio había cobrado vida con el tráfico de cometas y meteoros, las constelaciones habían comenzado a cambiar y a dislocarse; la lenta y majestuosa rotación del universo mismo era, al fin, visible.

Tiempo: 10.000.000 de
mega-años.
Ahora, habían abandonado la Vía Láctea, que comenzaba a fragmentarse y disolverse. Para alcanzar las islas galácticas, habían disminuido más su tiempo proyectado por un factor de 10.000, y podían comunicarse unos con otros a través de las enormes interdistancias galácticas en un período subjetivo de solo unos años. Se extendían continuamente por el profundo espacio, habían extendido su dependencia psicológica sobre bancos de memorias electrónicas que almacenaban los modelos atómicos y moleculares sin sus cuerpos, transmitiéndolos a la velocidad de la luz, y uniéndolos más tarde.

Tiempo: 100.000.000 de
mega-años.
Habían pasado a todas las galaxias vecinas, engullendo miles de nebulosas. Su tiempo había decelerado un millón de pliegues y eran las únicas formas permanentes en todos los mutables mundos. En solo un instante de sus vidas, una estrella nace y muere, nace un subuniverso, evoluciona una veintena de sistemas planetarios, para desvanecerse más tarde. A su alrededor, el universo centellea y parpadea con múltiples puntos luminosos, como incontables constelaciones aparecen y desaparecen.

Ahora, finalmente, se han desprendido también de sus formas

orgánicas y son compuestos de campos electromagnéticos, el primer substrato de energía del universo, complejas redes de múltiples dimensiones, vivas en el constante temblor de los sensibles mensajes que llevan, orientando los caminos de la carrera de la vida.

Al poder de esos campos, han captado galaxias completas cabalgando en las olas expansivas de las explosiones estelares hacia la volutas terminales del universo.

Tiempo: 1.000.000.000 de
mega-años.
Han comenzado a gobernar la forma y las dimensiones del universo. Al eliminar las distancias que circunscriben el cosmos han reducido su período de tiempo a 0,00000001 de su fase previa. Las grandes galaxias y nebulosas espirales que una vez parecían ser eternas son ahora de tan escasa duración que no son visibles mucho tiempo. El universo está ahora casi lleno por el gran manto vibrante de ideas, una enorme y trémula arpa, que se ha trasladado ella misma en una forma de ola, independiente de cualquier fuente generatriz.

Según el pulso del universo disminuye, sus propios vórtices de energía se flexionan y se dilatan, así los campos de fuerza de la ideación se flexionan y dilatan por simpatía, creciendo como un embrión sin la matriz del cosmos, un niño que crece rápidamente y devora a sus padres.

Tiempo: 10.000.000.000 de megaaños. Los campos de ideación han devorado ya el cosmos, sustituyendo su propia dinámica, sus propias dimensiones temporales y espaciales. Todo el tiempo primario y los campos de energía han sido inundados. Buscando la extensión final de él mismo, ha reducido su período de tiempo a casi un infinitesimal 0,00000000… n de su intervalo previo. El tiempo, virtualmente, ha dejado de existir; el campo de ideación es casi estacionario, infinitamente más lento.

Últimamente alcanza el predicado final de tiempo y espacio, eternidad e infinidad, y lentamente va hacia el cero absoluto.

Entonces, sin un cataclismo, se desintegra, incapaz de contenerse por más tiempo a sí mismo. Sus vastos patrones de energía comienzan a apagarse, y todo el sistema se retuerce y gira en una agonía mortal, arrojando cataratas de fragmentada energía. Paralelamente, el tiempo emerge.

En sus ruinas se forman los primeros campos protogalácticos, moviéndose para formar las galaxias y nebulosas, las estrellas rodeadas por sus cuerpos planetarios. Entre estas, desde el mar elemental, basado en el átomo de carbono, emerge la primera forma de vida.

El ciclo se renueva a sí mismo.

Las estrellas saltan, sus patrones brillan en una docena de constelaciones. Las novas aparecen en la oscuridad como arcos, revelando los perfiles familiares de la Vía Láctea, las constelaciones de Orión, Coma Berenices, Cisne.

Levantando mis ojos al cielo tormentoso vi los cinco megalitos.

Estaba de vuelta en Murak. A mi alrededor, el lago estaba lleno por muchas figuras silenciosas, extendiéndose alineadas hombro con hombro en innumerables filas, como espectadores de un circo espectral.

A mi lado habló una voz, y parecía haberme contado todo lo que había presenciado en mi viaje cósmico.

Poco antes de volver en mí intenté por última vez hacer la pregunta que estaba siempre presente en mi pensamiento; pero la contestaron antes que yo hablara; las estrellas, los megalitos y la multitud contemplativa se esfumaban como en un sueño cuando la voz decía:

«Mientras tanto, esperamos aquí, en el umbral del tiempo y del espacio, celebrando la identidad y la reunión de las partículas con nuestro cuerpo con las del sol y las estrellas, de nuestros breves tiempos privados con los vastos períodos de las galaxias, con el unificado tiempo total del cosmos…».

Me desperté con el rostro contra la arena fría del anochecer; las sombras llenaban el lago casi por completo; el viento levantaba una brisa sobre mi cabeza. Al frente, los megalitos se levantaban hacia el cielo, partidos por una línea de sombra del sol poniente.

Quedé silencioso e inmóvil, estirando mis brazos y piernas, consciente de los gigantescos precipicios que había recorrido mi pensamiento. Tras algunos minutos, me incorporé y miré a mi alrededor, con el recuerdo de la fantástica visión vivida en mi mente.

El numeroso auditorio que había llenado el cráter, el sueño del ciclo cósmico, la voz de mi interlocutor, eran aún reales para mí, un

mundo paralelo al que había llegado y cuya puerta estaba en algún lugar, cerca de mí. ¿Había soñado todo, mientras deliraba en el calor de la tarde, siendo salvado por algún rincón termodinámico de la arquitectura del cráter?

Consulté mi termo-alarma. Marcaba los niveles máximos y mínimos. El máximo era de 162 grados. ¡Y yo había sobrevivido!

Me sentí descansado, casi rejuvenecido. Ni mis manos ni mi cara se habían quemado: una temperatura superior a los 160 grados podía haber derretido mi carne y mis huesos.

A mi espalda vi el oruga junto al borde. Corrí hacia él, y recordé por primera vez la muerte de Mayer. Tenté mi rostro.

Sorprendentemente, el puño de Mayer no había dejado magulladuras. ¡El cuerpo de Mayer había desaparecido! Una sola línea de pisadas iba del oruga a los megalitos; por todo lo demás, el brillante polvo azulado estaba intacto. Las huellas de Mayer, los signos de nuestra lucha, también se habían desvanecido.

Salí rápidamente del cráter y alcancé el oruga, examinando el chasis y las cadenas. La puerta de la cabina estaba abierta y el compartimiento vacío.

Todo estaba intacto. No había señales en la pintura de la puerta y del capó, ni en el metal que rodeaba las ventanillas. Me agaché para buscar algún rastro del proyectil de magnesio. Junto a mi rodilla, mi pistola de llamas aparecía segura dentro de la pistolera.

Dejé el Chrysler, volví a bajar al lago y corrí hacia los megalitos.

Durante una hora vagué por los alrededores, intentando resolver las incontables preguntas que acudían a mi mente.

Poco antes de regresar me acerqué al quinto megalito, y miré la parte superior, preguntándome si podría haber sido yo su primera anotación, de haber muerto aquella tarde.

Una fila de letras, llenas de sombras de la luz poniente, se veía allí.

Retrocedí e intenté leerlas. Estaban los símbolos de las cuatro lenguas aliadas, y entonces, orgullosamente contra las estrellas:

CHARLES FOSTER
NELSON
TIERRA
AÑO

«Dígame, Quaine, ¿dónde le gustaría estar cuando llegue el fin del mundo?»

Han pasado siete años desde que Tallis me hizo esta pregunta, que yo he reexaminado un millar de veces. Hay algo en ella que parece ser la clave de todos los extraordinarios acontecimientos que han ocurrido en Murak, con sus ilimitadas implicaciones para el pueblo de la Tierra (a mi entender, una respuesta satisfactoria contiene la declaración de la propia filosofía y creencias, una descarga adecuada de nuestra deuda moral para con nosotros mismos y para con el universo).

No es que el mundo esté llegando a «su fin». La implicación es sencillamente que ya ha terminado y se ha regenerado a sí mismo un infinito número de veces y, por tanto, la única pregunta que resta es qué hacer con nosotros mismos en el entretanto. Las cuatro razas estelares que levantaron los megalitos escogieron venir a Murak. No estoy seguro de lo que están esperando aquí.

Una redención cósmica, quizá el primer signo del amplio manto de ideación que yo vislumbré en mi visión. Pensando en el período de dos millones de años que Tallis citó como necesarios para que la vida aparezca en Murak, puede ser que el nuevo ciclo cósmico reciba su ímpetu aquí, y que nosotros seamos espectadores avanzados; cinco reyes vienen a esperar el génesis de una superespecie que deberá sustituirnos.

Hay otros aquí, otros seres invisibles y sostenidos por fuerzas preternaturales, esto está fuera de duda. Aparte de que es imposible sobrevivir en una tarde de Murak, yo no saqué el cuerpo de Mayer del cráter y lo coloqué de tal forma, en el observatorio, que pareciera que había muerto electrocutado por un contacto de uno de los archivadores de datos. Ni tampoco concibo la visión del ciclo cósmico debida a mis propios medios.

Parece como si los dos geólogos tropezaran con esa zona de espera y, de algún modo, adivinaran su significado, haciendo a Tallis partícipe de su descubrimiento. Quizá discutieron, como hicimos Mayer y yo, y Nelson se vio forzado a matar a su compañero, y a morir él mismo un año más tarde en el curso de su espera.

Como Tallis, esperaré aquí, si es necesario, quince años. Voy hasta los megalitos una vez por semana, y el resto de los días permanezco mirándolos desde el observatorio. Hasta ahora no he visto nada, sino que dos o tres nombres más se han sumado a los ya inscritos. Sin embargo, estoy seguro de que lo que estamos esperando llegará pronto. Cuando estoy cansado e impaciente, lo que me ocurre a menudo, me recuerdo a mí mismo que ellos han estado viniendo a Murak para esperar aquí, generación tras generación, durante diez mil años.

Sea lo que fuere, vale la pena esperar.

FIN